



CINCO
REFLEXIONES
SOBRE MARC
BLOCH

CARLO
GINZBURG

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

Grandes Obras de Amandamaría

Editorial Cuadernos de Sofía

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

CINCO REFLEXIONES SOBRE MARC BLOCH

CARLO GINZBURG

**Colección
Grandes Obras de Amandamaria
2021**

Cinco Reflexiones sobre Marc Bloch
Carlo Ginzburg
ISBN: 978-956-9817-47-2
Primera Edición Abril de 2021
Tiraje de 200 ejemplares
Impreso en Imprenta y Diseño Oveja Negra
Viña del Mar - Chile
<https://impovejanegra.cl/>



Portada y Contraportada
Graciela Pantigozo De los Santos
Cuadernos de Sofía
www.cuadernosdesofia.com

Referencia del libro: Ginzburg, Carlo. Cinco Reflexiones sobre Marc Bloch. Cuadernos de Sofía, Santiago, Chile. 2021.

CINCO REFLEXIONES SOBRE MARC BLOCH

PRESENTACIÓN PARA LA EDICIÓN DE CUADERNOS DE SOFÍA

El *Oficio de Historiador* es una de las aventuras académicas-investigativas inspiradas directamente por Clío y que tiene como misión la posta entre unos y otros, en una larga carrera que comienza con el ser humano y concluirá con él. El *logoi* entregado a Heródoto es un testimonio que toda persona lleva consigo. La historia personal y la historia de la sociedad se funden en ese bastón. Ese *logoi* es verbo y el verbo por antonomasia es vida. Y la Historia es Vida. Esa razón vital es una razón histórica, nos dirá el filósofo madrileño como al mismo tiempo, contradicción, en palabras del rector salmantino de la generación del noventaiocho hispano.

Historia magistra vitae et testi temporum, nos ha entregado en el siglo XX del segundo milenio un espacio para la reflexión, desde el asombro de ver una máquina voladora al desgarrar el rostro al contemplar las atrocidades de las guerras mundiales y los genocidios en África, Asia y en nuestra Abya Yala (anteriormente denominada América). Y es en una de esas terribles invenciones del ser humano donde se encuentran dos historiadores que han vivenciado el amor hacia el prójimo a través de la comprensión del presente por el pasado y el pasado por el presente. Ello, no excluye la condena que como persona y sociedad debemos hacer para que crímenes de lesa humanidad jamás se vuelvan a repetir. La historia como ente cíclico no es parte del diccionario del historiador o del amante de este oficio. Marc Bloch como Carlo Ginzburg son dos historiadores unidos por el desentrañamiento de lo vivido para el aprehendizaje de la humanidad. Y hemos dicho aprehendizaje, al ser la historia ese espíritu concreto que se hace uno solo con la persona. Uno, siendo víctima de la Gestapo en los campos de concentración nazi y el otro, viendo como tomaban prisionero a su padre por las calles de Roma en un adiós eterno. Un *ciao* diremos nosotros, ya que un adiós es una pérdida para siempre y un *ciao* es un encuentro muy pronto. Bloch y Ginzburg son un eterno *ciao*. Mamá, ¿qué es la historia?, es muy probable que el pequeño Carlo más de alguna vez haya preguntado a su madre. Papá, ¿qué es la historia?, preguntó un niño allegado a mí, nos dice el historiador de Annales. Este Oficio de Historiador es el que nos entrega Carlo Ginzburg en esta obra intitulada “*Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*” y de la cual Editorial Cuadernos de Sofía se siente orgullosa y halagada de editar gracias a la gentileza del historiador de *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500* y *Miti emblemici spie*, y de los buenos oficios del historiador mexicano Carlos Antonio Aguirre Rojas.

Creemos, al igual que Niethammer que la historia auténticamente democrática se construye desde abajo. La verdad estriba y brota de los sudores de las experiencias vitales de las personas. El conocimiento crítico ha de fundarse no en la vana obstrucción propia de los macrorrelatos, sino en los modestos y triviales libros de la gente común, subalternizada, cuyo sentido de libertad y de responsabilidad se constituyen en la única garantía tanto contra los peligros que previeron los adivinos de la poshistoria, como contra los que la pasaron por alto.

La historia es un fuego que no debe apagarse. Hoy, en medio de una pandemia galopante que apareció como una epifanía extraña, subrayamos que los ideales osados, los grandes sacrificios humanos, los esfuerzos heroicos desaparecen en la monótona rutina de compras y el delivery. Los cálculos técnicos reemplazan la imaginación. El grito de las lechuzas en la noche es triste.

La Historia llegará a su fin cuando desaparezca el último ser humano de la faz de la tierra, y quizás, tampoco sea ese su término, ya que arqueólogos intergalácticos desempolvaren los viejos libros en piedra, tela, cuero, papel y bits, para re-construir este hermoso tiempo y espacio de una civilización de un rincón de la vía láctea.

Juan G. Mansilla Sepúlveda
Juan Guillermo Estay Sepúlveda
Alessandro Monteverde Sánchez
Mario Lagomarsino Montoya
Editorial Cuadernos de Sofía

Acepto con mucho gusto la invitación, proveniente de Carlos Aguirre Rojas, para compilar en este libro este conjunto de escritos míos. Porque aprendemos de los vivos y de los muertos: y entre los muertos, Marc Bloch ha sido (junto a Erich Auerbach y Aby Warburg) el estudioso del cual más he aprendido yo. Sobre su obra he continuado interrogándome siempre, comenzando con la reseña crítica sobre una colección de sus ensayos traducidos al italiano, que aquí se reproduce como apéndice. A esta inmadura publicación (que fue, absolutamente, mi *primer* texto publicado), han seguido otros varios, inspirados directa o indirectamente por las investigaciones de Bloch. De modo que en las páginas que siguen, los lectores encontrarán las huellas (algunas huellas) de una conversación imaginaria que hoy dura ya más de cincuenta años.

Los días que pase en Guatemala en el año 2014, han sido inolvidables. Guardo un muy buen recuerdo de la jornada compartida con el Profesor Edelberto Cifuentes Medina, de modo que le agradezco por su cálida hospitalidad. También, le expreso un agradecimiento totalmente especial a mi amigo Carlos Aguirre Rojas, compañero de viaje, traductor, interlocutor, abogado del diablo.

Carlo Ginzburg, Bologna, agosto de 2015.

A modo de introducción: Marc Bloch, un historiador excepcionalmente agudo y creativo

Edelberto Cifuentes Medina

A lo largo de su rica y trágicamente interrumpida existencia, Marc Leopold Benjamin Bloch Epstein, produjo una impresionante y muy importante obra historiográfica. Pues al ser asesinado vilmente por los nazis, el 16 de junio de 1944,¹ Bloch tenía 57 años. Habiendo nacido en un ambiente de preocupación por los diversos temas y renglones de lo social-humano, dado que su padre Gustav Bloch, era un reconocido Profesor de historia en la Universidad de la Sorbonne, y además en una época de efervescencia por el conocimiento y por la explicación de la diversidad de los problemas sociales que se despliegan en el tiempo, Marc Bloch se dedica muy tempranamente al complejo pero gratificante oficio de historiador.

Así, en 1912, cuando cuenta con 26 años, escribe su ensayo “Les formes de la rupture de l’hommage dans l’ancien droit féodal”, y al año siguiente su trabajo sobre “L’Ile-de France (Les pays autour de Paris)”, republicado posteriormente dentro de la compilación de sus trabajos titulada *Mélanges Historiques*, texto del que inexplicablemente no existe aún traducción al español.² En 1920 presenta su trabajo de Tesis sobre el tema *Rois et serfs. Un chapitre d’histoire capétienne*, con el cual obtiene el título de Doctor, y que sólo será publicado póstumamente. En 1921 publica su agudo ensayo “Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la guerra”, texto que además de ser un verdadero “experimento de psicología social”, sigue siendo hasta hoy, casi a un siglo de su redacción, un texto profundamente original e incluso perturbador para los historiadores actuales.³

Y en 1924 es publicado su libro *Los reyes taumaturgos*, cuya primera edición en español sólo se conocerá hasta 1988.⁴ Unos años después, en 1931, publica su obra *Los caracteres originales de la historia rural francesa*, que se constituirá en un importante referente para la interpretación y explicación de la historia agraria de prácticamente todos los países del mundo, lo que se ilustra por ejemplo con el hecho de que también ha servido como marco para el estudio del desarrollo y la evolución del latifundio en México, a través de los trabajos de François Chevalier, quien además fue alguna vez, directamente, alumno de Marc Bloch en Francia. Por eso Carlos Antonio Aguirre Rojas afirma sobre este trabajo, que allí Marc Bloch “nos entrega en este libro sobre la *Historia rural francesa*, todo un modelo de lo que debe ser una historia verdaderamente integral, crítica y científica, del universo rural de

¹ Marc Bloch nació el 6 de julio de 1886.

² Bloch, Étienne, *Marc Bloch. El historiador en su laboratorio, Testimonios e Interpretaciones*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003, p. 116.

³ Cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, “A modo de introducción: el itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso del intelectual con su propio presente”, en *Marc Bloch. El historiador en su laboratorio, Testimonios e Interpretaciones*, citado, p. 21.

⁴ Bloch, Marc, *Los reyes taumaturgos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

una sociedad cualquiera del planeta”.⁵ Por su parte, Carlo Ginzburg afirmará en uno de los ensayos aquí compilados, que esta obra de la *Historia rural francesa* es “Uno de los libros más originales de Bloch”.

Además, al fundar con Lucien Febvre la célebre revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* en 1929, escribirá dentro de ella una considerable cantidad de artículos y ensayos que serán publicados en el transcurrir de los años, y que en su conjunto constituyen cientos y hasta miles de ricas y todavía muy estimulantes páginas de crítica y análisis históricos sobre diversos temas fundamentales del quehacer de los practicantes de Clío.

De acuerdo a la que informa Carlos Antonio Aguirre Rojas,⁶ es en estos años cuando inicia la elaboración de lo que será su obra más importante, *La sociedad feudal*, cuyo primer tomo es publicado en 1939 y el segundo en 1940, un trabajo *modélico* en lo que es la concepción de la *historia total*. En español, esta obra solo se conocerá en 1958.⁷ Dos trabajos más serán elaborados por Bloch antes de su incorporación a la Resistencia Francesa contra el nazismo, una terminada y la otra inacabada. Sobre las mismas, Étienne Bloch anotará: “De sus dos grandes libros póstumos, uno terminado, que es el de *La extraña derrota*, constituye un excelente ejemplo de lo que se llama la historia inmediata; y el otro, inacabado, el de *Apología para la historia o el oficio de historiador*, nos presenta al medievalista que cede el lugar al historiador que reflexiona sobre el sentido de la historia y sobre sus métodos”. Pero después de su muerte, y en razón de la revolución que sus escritos, propuestas, estudios, métodos y técnicas causaron a nivel mundial, han sido también publicados, tanto diversos Cursos que él impartió, a partir de sus propias notas de apoyo para la impartición de las clases, como distintas Conferencias o Ponencias presentadas en varios Coloquios o Instituciones.

Así, dentro de este horizonte de la original metodología y de las innovadoras perspectivas historiográficas desarrolladas y exploradas por Marc Bloch, Carlo Ginzburg nos ofrece, en los siguientes trabajos, un minucioso examen y seguimiento de varias de las propuestas, polémicas y conclusiones desarrolladas en torno a la obra de Bloch, sea a partir de su publicación en Italia o en Francia, en donde al igual que en todos los rincones del mundo son un referente importante del debate y la creación historiográficos, sea más en general a partir de su utilidad y su capacidad heurística todavía muy vigentes.

En el caso de los trabajos aquí presentados, elaborados por Carlo Ginzburg, encontramos un seguimiento refinado de las particularidades, aportes y planteamientos historiográficos de cada una de las obras o de las tesis blochianas aquí reseñadas, prologadas o comentadas. Pero como seguidor y conocedor, desde sus años más tempranos, de los autores y las obras más destacados de la historiografía italiana, francesa y europea, Carlo Ginzburg no solo los maneja con seriedad y erudición, sino que los utiliza para situar la originalidad y los aportes de

⁵ Carlos Antonio Aguirre Rojas, “A modo de introducción: El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso del intelectual con su propio presente”, citado, p. 25.

⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷ Bloch, Marc, *La sociedad feudal*, dos tomos, Ed. UTEHA, México, 1979.

cada una de las tesis y de los resultados de la rica obra blochiana que aborda en estos textos. En esta tesitura, todos los trabajos aquí incluidos se convierten en verdaderas palancas fundamentales para profundizar en las claves del pensamiento historiográfico blochiano, y además, enriqueciendo y tamizando esa profundización con la experiencia y la práctica de quien no solamente ha seguido esas principales lecciones y tesis de Marc Bloch, sino que además, las ha complejizado y prolongado, agregándoles su impronta, al utilizarlas y aplicarlas en sus propios trabajos, ricos y complejos.

De manera que al leer cada uno de los ensayos de Carlo Ginzburg incluidos en este libro, nos encontramos no solo con acuciosas evaluaciones y comentarios de los contenidos de los ya mencionados textos blochianos, sino también con múltiples informaciones y reconstrucciones teóricas y críticas de los aportes y los debates que la obra del historiador francés despertaron en los historiadores y en la historiografía italiana, francesa y europea que le fueron contemporáneas y también en las posteriores, dándonos así, varios verdaderos capítulos de la historiografía europea de los últimos sesenta o setenta años.

Entonces, en un primer trabajo, Carlo Ginzburg nos da cuenta con detalle y minuciosidad, de la manera en que Bloch abordó y desarrolló varios de los problemas históricos fundamentales y de la riqueza de su pensamiento en el tratamiento de estos temas históricos elegidos. Un especial énfasis se hace en el Bloch 'metodólogo', recuperando algunos de los principales planteamientos epistemológicos de Marc Bloch, así como las contrapartidas críticas que ellos mismos suscitaron. Y algo novedoso de este ensayo, es que a través de sus comentarios a los escritos de Marc Bloch incluidos en los dos volúmenes titulados *Mélanges Historiques*, Ginzburg no sólo muestra y subraya varios de los aportes centrales de estos trabajos, sino que al mismo tiempo los *actualiza* a partir de su trabajo propio como historiador que utiliza en la práctica y de modo magistral esos aportes y contribuciones, leyéndolos desde sus tesis explícitas, pero también desde sus contenidos subyacentes sólo detectables a partir de ciertos *indicios*.

Así, y por mencionar tan sólo un ejemplo, una lectura detenida de las propuestas y conclusiones de este primer ensayo, nos ofrece algunas claves importantes para el trabajo de todo historiador, al retomar el crucial problema de la cientificidad del conocimiento histórico, desarrollado a partir de la selección de los hechos históricos, y de los ejes que se consideran como los factores determinantes de los mismos: ¿Se trata de una creación, o tan sólo de una selección de los hechos históricos por parte del historiador? Y además, ¿cómo se establecen y ubican esos factores de determinación o multideterminación de dichos hechos históricos?

El segundo trabajo de Ginzburg en esta publicación, hace referencia a la edición italiana de una de las obras capitales de Marc Bloch, *Los Reyes Taumaturgos*. En esta obra, como suelen hacer los grandes historiadores, se aborda la realidad o los hechos históricos desde una mirada *a contrapelo* de las visiones o explicaciones anteriores. Por eso, esta obra constituye un verdadero parteaguas en la historiografía francesa, europea y mundial. En este sentido, podemos citar lo que Carlo Ginzburg afirma de este libro, planteando que "la temática de *Los Reyes*

Taumatúrgos es como un “gigantesco rumor o falsa noticia”, el ‘rumor’ de la creencia en el poder milagroso de los Reyes de Francia e Inglaterra para curar a los escrofulosos”.

Y sabemos que Bloch utilizó con extrema habilidad esta creencia, este fenómeno aparentemente insignificante, como un hilo conductor, o si se quiere como un sismógrafo muy sensible, para registrar con gran agudeza y elegancia ciertos fenómenos fundamentales de la historia europea, como los de los azares y los itinerarios del poder monárquico y de las ideologías a él relacionadas, y ello desde los tiempos del Medioevo hasta bien entrada la época de la sociedad moderna. Pues se trata aquí de toda una compleja y muy elaborada propuesta teórica y metodológica para la investigación del difícil tema de las representaciones colectivas. Y como podrá comprobarlo el lector, Carlo Ginzburg, siguiendo desde un emplazamiento metodológico y con su singular maestría el argumento central de esta obra blochiana, va a analizar uno de los factores menos considerados dentro del trabajo y la labor de la creación historiográfica, el factor del uso de las propias experiencias personales del historiador, las que en este caso se constituyen sin duda en una herramienta fundamental para la explicación, a falta de un laboratorio en donde experimentar, carencia que es uno de los hechos característicos de todo posible trabajo del historiador. De modo que más allá de las propias conclusiones que puedan derivarse de este ensayo, queda todavía abierto este debate que involucra tanto al campo de la psicología histórica crítica como también al de la historia cultural igualmente crítica.

En el tercer ensayo, Ginzburg nos ofrece un magistral ejemplo de las complejas implicaciones que conlleva el trabajo del historiador en el momento en que acomete el proceso de redacción y de presentación de sus resultados de investigación, a la hora de abordar la elaboración de sus propios textos escritos. Al respecto, Ginzburg anota: “Pues yo voy a tratar de demostrar, utilizando a Flaubert como estudio de caso, que el estilo y la historia, lejos de excluirse mutuamente, no pueden existir el uno sin el otro”. Y a partir de esta provocadora afirmación, Ginzburg despliega un cuidadoso y agudo análisis de un párrafo que Marcel Proust tomó de *La Educación Sentimental* de Gustave Flaubert, señalando que “la prosa de Flaubert toda entera, está fragmentada por múltiples espacios en blanco invisibles”.

Así que el análisis de esos ‘espacios en blanco’ dentro de la narración, lo hará en función de plantear las posibilidades y las particularidades de dicha dimensión narrativa de los escritos de historia. De modo que bien se puede afirmar que más allá de exponer los usos y los posibles significados de la técnica del espacio en blanco, el objetivo de este ensayo es también el de fundamentar la crítica y la ruptura con las narraciones planas y lineales, pero no sólo desde una perspectiva y una preocupación estrictamente literarias, sino más bien en tanto que preocupaciones y perspectivas novedosas que permitan modificar, complejizar y enriquecer de múltiples maneras, el proceso mismo de la construcción de los discursos historiográficos.

Por eso, y citando a Maurice Agulhon, Ginzburg anota que “Hace algunos años, Maurice Agulhon subrayó la importancia de *La Educación Sentimental* para

los historiadores: como documento, evidentemente, pero también como contribución a nuestra comprensión de la sociedad francesa de antes y después de 1848". Pero para agregar después, al final de su ensayo, una importante referencia sobre la forma en que Marc Bloch aborda esa *dimensión narrativa* de la construcción del discurso del historiador, al anotar: "¿Es que acaso Bloch, cuando escribía historia remontándose hacia atrás, se inspiraba en su bien conocida pasión por el cine? ¿O ha sido inspirado por Flaubert, cuando acepta los vacíos y las lagunas de los testimonios, como una parte normal y necesaria de esa narración de la historia?". Para rematar afirmando que, "Como he tratado de mostrarlo, mi conclusión debe aplicarse no solamente a la así llamada historia narrativa (un concepto que no me gusta para nada), sino también a toda forma de investigación histórica y de escritura histórica, incluida la más analítica. La obra de Marc Bloch, lejana de la historia narrativa en su sentido convencional presente, de la manera más clara y en el nivel más elevado, ofrece una ilustración ejemplar del argumento general que acabo de presentar en este ensayo". Por lo demás, vale la pena subrayar que este tercer ensayo, lo mismo que los ensayos primero y segundo, se publican en este libro, por *primera vez* en lengua española.

El cuarto ensayo, "Nuestras palabras, y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio del Historiador, hoy", es una compleja y muy rica exposición de algunas de las herramientas principales que hoy son necesarias para llevar a cabo, de manera científica, crítica y rigurosa, la investigación historiográfica.

Y para rescatar la esencia de este ensayo, es pertinente partir de la pregunta que plantea el mismo Ginzburg, de "¿Cuál es, desde la perspectiva del historiador, la relación entre las palabras —las palabras provenientes de las pruebas y evidencias— y la realidad?" Pregunta a partir de la cual expone el método de la comparación histórica propuesto por Marc Bloch, para situar de manera objetiva la propiedad de la construcción y del contenido de los conceptos, a partir de la lectura de los lenguajes aportados por los propios testimonios. El trabajo que toma como punto de partida, es el célebre y muy sugestivo ensayo blochiano "Para una historia comparada de las sociedades europeas". Más adelante, hace referencia a las dificultades lingüísticas que él mismo enfrentó cuando se dedicaba a la investigación en los Archivos de Friuli, dificultades que pudo confrontar y resolver inicialmente, auxiliándose con los escritos de Marc Bloch.

Después desarrolla con detalle las propuestas de los lingüistas y de los antropólogos, que insistieron en la necesidad de establecer claridad sobre estos conflictos semánticos y conceptuales, introduciendo la diferencia entre los niveles *emic* y *etic* del análisis. Finalmente, Ginzburg cierra este trabajo, haciendo referencia a lo que él considera como la esencia de la perspectiva historiográfica de la célebre microhistoria italiana, al reivindicar que ella es sobre todo una "mirada analítica" que permite construir una novedosa propuesta historiográfica para, desde el estudio intensivo y exhaustivo de los casos, avanzar en la compleja elaboración de generalizaciones históricas fundadas, plausibles, y sobre todo, más ricas y heurísticas que las anteriores.

El ensayo número cinco, hasta hoy inédito, y que en este libro se publica por vez primera en cualquier lengua, se titula “Revelaciones Involuntarias. Leer la historia a contrapelo”, y es una formidable reflexión sobre lo que Bloch llamó inicialmente “testimonios Involuntarios”: “que tienen en común un elemento: el de haber terminado por contribuir al conocimiento de un cierto pasado, sin desearlo” y que al compás de las lecturas e investigaciones de Carlo Ginzburg se constituyen en “revelaciones involuntarias”. Lo que inicialmente y desde el horizonte blochiano es una manera de ampliar el abanico de las fuentes a expresiones humanas antes no consideradas como tales, se trastoca en una actividad heurística, pues se trata de un proceso en donde con una mirada altamente refinada del historiador, se hace posible encontrar dentro de los testimonios voluntarios a las revelaciones involuntarias.

Para desarrollar sus ideas, Carlo Ginzburg parte de la premisa de que todavía hasta el presente, o al menos hasta la publicación de la *Apología para la historia o el Oficio de historiador* realizada por Etienne Bloch⁸, hijo del historiador francés, a partir del descubrimiento de ciertos borradores de esta obra antes no conocidos, de “una serie de textos intermedios”, es posible ahora entrar “dentro del taller del propio historiador”, el que es hasta el presente: “Un taller o laboratorio todavía en construcción”.

En el desarrollo de sus reflexiones, Ginzburg advierte cómo para Bloch el trabajo del historiador es semejante al del “detective perspicaz”, quien a partir de huellas o indicios y con “un esfuerzo de inteligencia”, puede reconstruir la verdad. Cuestión que no desarrolla en este ensayo, pero sí en su célebre y muy ampliamente conocido texto sobre los “Indicios”, que hoy es considerado como un texto realmente *imprescindible* para el trabajo de todo historiador seriamente comprometido con la recuperación de la obra de lo humano en el tiempo.

Ginzburg, con su ya conocida y aguda capacidad, expone cómo y por qué los argumentos trazados por Bloch hace más de setenta años, se hacen con el paso del tiempo, argumentos y pistas de reflexión cada vez más ricos y elaborados. Y en esta perspectiva, acude a los aportes que Arnaldo Momigliano realizó al recuperar el trabajo de los Anticuarios, de verificación de los Diplomas, que derivó después en la Anticuaria y la Diplomática. Porque para Momigliano, “El historiador comprende hombres o instituciones, ideas, fes, emociones, necesidades de individuos que no existen más. Pero comprende todo esto porque los documentos que tiene frente a sí, debidamente interpretados, se presentan como situaciones reales. El historiador comprende a los muertos del mismo modo en que comprende a los vivos. Aprende a transformar las fuentes en vida del pasado, desde Herodoto, Guicciardini, Buckhardt y Marc Bloch, mucho más fácilmente que a partir de los manuales del método histórico”. Dicho de otra manera, y recuperando esta tesis de que “El historiador transforma las fuentes en vida del pasado”, Ginzburg afirma que “El anticuario nos ha enseñado a analizarlos como documentos, y por eso el historiador

⁸ Bloch, Marc, *Apología para la historia o el Oficio de historiador*, edición crítica preparada por Étienne Bloch, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Fondo de Cultura Económica, México 1996.

alimentado por la Anticuaria, transforma esos documentos en indicios (“empreints”), de una vida real ya desaparecida”.

Para desarrollar y enriquecer las propuestas blochianas, Ginzburg retoma una parte de los debates sobre la historia antigua en torno a la lectura y la utilización de los textos sagrados y literarios. Y entonces recupera lo mismo la polémica entre Platón y Aristóteles sobre la utilidad historiográfica de los textos de Homero de *La Ilíada* y *La Odisea*, que la explicación y la ubicación de la antigua poligamia según San Agustín. Más adelante, y aunque inicialmente ha partido de los aportes de la Anticuaria para recuperar los “testimonios involuntarios”, Carlo Ginzburg se introduce también con erudición y maestría en los campos de la filología, la exégesis y la hermenéutica, como recursos para el desciframiento y explicitación de preguntas “sobre aquello que no está en el texto, pero que no está porque ha sido dado por descontado”.

En esta línea, Ginzburg amplía sus análisis de los testimonios involuntarios a través del estudio de la polémica que surge a partir del debate sobre la condición historiográfica de un texto como el de *Lancelot*, escudriñando su parte de verosimilitud histórica junto a su carácter más limitado y evidente como simple novela medieval. Pues según él, es aquí donde aparece ya el tránsito de los testimonios involuntarios, en el sentido de Marc Bloch, a las revelaciones involuntarias incluidas dentro de los testimonios involuntarios. Aunque subrayando que esas primeras lecturas sobre los testimonios involuntarios, o las revelaciones involuntarias, han sido posibles solo para aquellas mentes dotadas de una singular “perspicacia y de perseverancia”, como lo afirma el propio Manzoni.

De este modo y partiendo de las tesis de Marc Bloch, Ginzburg nos lleva, a través de los aportes de los Anticuarios hasta las raíces últimas, diversas y complicadas de este descubrimiento y recuperación de las verdaderas ‘revelaciones involuntarias’. Y al final de su ensayo, el muy conocido autor de *El queso y los gusanos*, llega a una conclusión que es central, y en la que haciendo referencia a la célebre y muy útil propuesta benjaminiana de analizar la historia con una mirada que pase sobre ella “el cepillo a contrapelo” (tesis XVII), nos recuerda: “Porque en un mundo como el nuestro, impregnado de mitos y de mentiras, la invitación a leer los testimonios entre líneas, para ser capaces de captar las “revelaciones involuntarias”, es más que nunca actual: enseña a reconocer la fuerza de los mitos y las mentiras, pero también a desenmascarar tanto los unos como las otras”.

El ensayo final que aquí se presenta, incluido como Apéndice de este libro, es una Reseña Crítica de la edición italiana del libro “Trabajo y Técnica en la Edad Media” de Marc Bloch, reseña escrita a la temprana edad de 20 años, y que es el *primer* texto publicado de Carlo Ginzburg. Y pensamos que en él se materializará, en cierto sentido, lo que alguien apuntara al afirmar que “Todo comienzo es la mitad del todo”, pues en esta reseña Ginzburg mostrará ya los pincelazos y las tonalidades de la profunda erudición y de la rigurosa científicidad crítica que acompañará a todos sus trabajos posteriores.

En suma, en los ensayos aquí presentados, no sólo encontramos varias ricas pistas para una renovada y más profunda lectura de muchas de las obras de Marc

Bloch, que nos dan el acceso a sus principales aportes metodológicos e historiográficos para la construcción de una verdadera historia crítica, y para la edificación de más complejos y elaborados discursos historiográficos, sino también varias reflexiones y contribuciones igualmente elaboradas y muy profundas del propio Carlo Ginzburg, las que al lado de la herencia magnífica de Marc Bloch, constituyen también sin duda, otras preciosas e invaluable herramientas para continuar practicando, de manera rigurosamente científica y crítica, nuestro noble oficio de historiar.

Capítulo 1. A propósito de la colección de ensayos históricos de Marc Bloch.⁹

A veinte años de la muerte del gran historiador francés, asesinado por los nazis, aparece la colección de sus escritos “menores”¹⁰. Ésta comprende, como advierte Charles-Edmond Perrin (que fue colega y colaborador de Marc Bloch) en su Prefacio, los ensayos de carácter historiográfico “publicados por Marc Bloch, o redactados por él, en vista de una eventual publicación” (p. IX), con excepción de algunos artículos circunstanciales publicados en un periódico (que no es identificado) durante la campaña electoral de 1928, y de un brevísimo escrito juvenil rechazado por el propio Bloch. Los ensayos han sido distribuidos en varias secciones, tituladas respectivamente: “La historia y los historiadores”, “Las sociedades de la temprana Edad Media”, “Las instituciones feudales”, “La servidumbre en la sociedad europea”, “Alemania y el Imperio Romano Germánico”, “Vida rural”, “Geografía histórica: L’Ile-de-France”, “Historia de la economía y de las técnicas” y “Aspectos de la mentalidad medieval”. Han sido también excluidas las numerosísimas reseñas y recensiones bibliográficas, a veces muy importantes, que se espera puedan ser compiladas y republicadas en un próximo futuro (véase la Introducción, p. IX). Los dos volúmenes, que por lo que se deriva de un señalamiento en la página 1031, han sido editados bajo la responsabilidad de Robert Mandrou, terminan con una bibliografía de la entera obra historiográfica de Bloch (incluidas las recensiones, las notas, las fichas, etc.) redactada por el Sr. C.L. Gassnault-Beis, pp. 1031-1104).

No se puede dejar de recibir con agradecimiento todo este trabajo, que nos da la posibilidad de leer o de releer ensayos publicados, a veces, en revistas de difícil acceso para los estudiosos, y no solamente italianos. Sin embargo, es nuestro deber, de cualquier manera, indicar la existencia de algunos pequeños errores o lagunas que están presentes en esta edición, la que de cualquier manera es muy bienvenida.

Comencemos con el señalamiento más grave. Por una desafortunada distracción, el ensayo *La Lucha por el individualismo agrario en la Francia del siglo XVIII*, publicado en 1930 en los *Annales d’histoire économique et sociale*, (uno de los ensayos más bellos de Marc Bloch, dicho sea de paso), ha sido reimpreso solamente en cuanto a su primera mitad. El ensayo aparece dividido en tres puntos, correspondientes a tres secciones intitoladas respectivamente: “La obra de los poderes del Antiguo Régimen” (y es esta la *única* parte impresa en esta colección, e incluso no integralmente, pues falta el cuadro estadístico reproducido en las páginas 382 y 383 del citado número de *Annales*), “Conflictos y resultados” y “La Revolución y la ‘gran obra de la propiedad’”. Pero estas últimas dos secciones no aparecen en este libro de los *Mélanges*, de modo que el lector que no tenga el ánimo para verificar la bibliografía de la página 1043, puede ser llevado a dudar de la capacidad de Bloch para obtener las conclusiones de una investigación iniciada con un análisis tan minucioso y detallado. Análogamente, el ensayo *Los planes parcelarios en Francia* ha sido reimpreso solamente en su primera mitad: falta la parte que corresponde a las páginas 390-398 de los *Annales d’histoire économique et sociale*, tomo I, 1929.

La bibliografía que cierra el segundo volumen es un utilísimo instrumento de trabajo. Indicamos, en algunas partes, unas pocas lagunas, en realidad fácilmente evitables (¿y por

⁹ Este texto es la Reseña Crítica que Carlo Ginzburg escribió sobre la amplia compilación de escritos de Marc Bloch, titulada *Mélanges Historiques*, editada en 1963, en dos tomos, por la Ed. S.E.V.P.E.N. de París. Al momento de escribir esta reseña crítica, Ginzburg tenía solamente veintiséis años, pero era ya un muy erudito y serio conocedor de la obra de Marc Bloch, como lo atestigua sin duda este mismo texto.

¹⁰ Marc Bloch, *Mélanges historiques*, Ed. S.E.V.P.E.N., París, 1963.

qué la revisión de los *Annales* se interrumpe en el año de 1945?), aunque sabemos bien, como ya se ha dicho varias veces, que toda bibliografía es necesariamente incompleta por definición¹¹. Sobre todo, no se comprende muy bien por qué no ha sido realmente seguido el criterio anunciado de republicar, con las excepciones ya mencionadas, todos los ensayos de Bloch. Y así, falta por ejemplo el ensayo titulado *Sobre el pasado de la nobleza francesa: algunos hitos de investigación* (1936), igual que las lecciones impartidas en 1939 en el Institut des Hautes Etudes de Belgique, de Bruselas, que aparecieron en 1953 en los *Annales* bajo el título *Mutaciones monetarias en la Antigua Francia*, lecciones que habrían podido muy bien incluirse al lado de otros ensayos publicados de manera póstuma (cómo el de las Invasiones, o el del Fin de la esclavitud en el mundo antiguo) que si fueron con justicia incluidos en esta compilación que ahora comentamos. Y falta, también, el texto *Crítica histórica y crítica del testimonio*, que apareció en un fascículo aparte en Amiens en 1914, y que fue luego reimpresso a partir de una copia mecanografiada en los *Annales* en 1950, con una breve nota introductoria de Lucien Febvre (aunque la Bibliografía final de esta compilación no registra esta reimpresión). Se trata del texto de un discurso pronunciado por Bloch, entonces Profesor del Liceo de Amiens, al final del año escolar de 1913 – 1914, frente a los alumnos reunidos para la ceremonia de entrega de premios. Y se trata de un escrito que no es para nada ocasional, de modo que vale la pena detenerse en él brevemente.

En 1948, aparecieron dos ensayos sobre el conjunto de la obra de Marc Bloch, uno de Charles-Edmond Perrin, *La obra histórica de Marc Bloch*, en la *Revue Historique*, CXCIX, 1948, pp. 161-188, y otro de Ph. Dollinger, *Nuestro Maestro Marc Bloch. El historiador y su método*, en *Revue d'histoire économique et sociale*, XXVII, 1948, pp.109-126. Ambos se detenían sobre todo, si no es que exclusivamente, en el tema de la importancia metodológica de esa obra blochiana. Tal sesgo era particularmente significativo, dado que no había todavía aparecido el libro incompleto que recogía las últimas meditaciones de Bloch sobre su propio oficio de historiador, el libro *Apología para la Historia u Oficio de Historiador* (París, 1949).

En sus escritos, tanto Perrin como Dollinger demuestran que se dan cuenta de que, más allá de las conclusiones a las que llegó Bloch en sus investigaciones singulares, era

¹¹ Véase *Ve Congrès International des Sciences Historiques. Sommaire des Communications*, edición provisional (Bruselas, 1923), *Qu'est-ce qu'un fief?*; *Vle Congrès International des Sciences Historiques, Résumés des communications présentées au Congrès*, Oslo, 1928, s. l., 1928, pp. 119-121 (*Pour une histoire comparée des sociétés médiévales*), pp. 264-65 (*Le problème des systèmes agraires envisagé particulièrement en France*) ; *De Florence a Boston :les vicissitudes d'un fonds d'archives commerciales* (reseña de G.R.B. Richards, *Some Medici manuscripts*, Boston, s. d., en *Annales d'histoire économique et sociale*, I, 1929, p. 417 – 18 ; *Une enquête sur l'habitat rural* (reseña de A. Demangeon, *Congrès Internationale de Géographie, Paris, 1931, Commision de l'habitat rural*, ibid, I, 1929, p. 421 ; nota a propósito de M. Scheele, *Wesen und Glaube in der Geschichtswissenschaft. Studien zum historischen Pyrrhonismus in Frankreich und Deutschland*, Heidelberg, 1930, en *Revue Historique*, CLXX (1932), p.553; *Types de maison et structure sociale*, en *Travaux du 1er Congrès International de Folklore tenu à Paris du 23 au 28 août 1937*, Tours, 1938, pp. 71 – 72 (Bloch participó en este Congreso en calidad de Director de la subsección 'Civilización Material') ; *Prix-Monnaies-Courbes*, en *Annales E.S.C.*, I, 1946, pp. 355 – 357 (se trata de una carta escrita en Montpellier en 1942, que contiene consejos e indicaciones para la investigación) ; *Comment et pourquoi finit l'esclavage antique*, ibid, II, 1947, pp. 30 – 44, 161 – 170 (el ensayo ha sido reimpresso en los *Mélanges* que aquí comentamos, pero falta en la bibliografía) ; *Mutations monétaires dans l'ancienne France*, ibid, VIII, 1953, pp. 145 – 158, 433 – 456. Obviamente, esta lista no tiene ninguna pretensión de ser totalmente sistemática ni completa.

importante el haber enfrentado desde un punto de vista histórico problemas nuevos, o desde un punto de vista nuevo, problemas tradicionales. De cualquier manera, esta importancia justamente atribuida al aspecto metodológico del trabajo de Bloch no está ausente, en los dos autores, de un cierto forzamiento, que es evidente sobre todo en el caso de Perrin, quien llega incluso a hablar de un “sistema histórico de Marc Bloch” (*Revue Historique*, 1948, pp. 182-186) expresión que Bloch, quien presentaba sus reflexiones sobre su propio trabajo, como el “cuaderno de notas de un obrero”, habría seguramente rechazado. Más acertadamente, Dollinger subraya la repugnancia de Bloch por las abstracciones de todo tipo, incluidas las formulaciones metodológicas generales: pero termina, también él, por considerar aquellos criterios de método como una cosa preformada y casi independiente de las investigaciones singulares concretas, y del progresivo proceso de manifestarse, dentro del propio Bloch, los nuevos intereses historiográficos.

De este defecto, no han sido tampoco inmunes los escritos de aquellos que, después de la aparición del *Oficio de Historiador*, se han ocupado del Bloch “metodólogo”: véase en este sentido, por ejemplo, el ensayo del sociólogo belga J. Stengers, republicado en los *Annales (Marc Bloch et l'Histoire)* en *Annales. E.S.C.*, tomo VIII, 1953, pp. 329-337), o más recientemente la recensión de L. Walker a la traducción inglesa de *La Sociedad Feudal*, que apareció en una revista dedicada, por lo demás, a los problemas de la metodología de la historia, *History and Theory*, vol. 3, núm. 2, 1963, pp. 247-255. Ahora bien, el discurso del veinteañero Marc Bloch frente a los estudiantes del Liceo de Amiens, nos da la posibilidad de observar estas reflexiones de método en una etapa que es todavía embrional. De una opinión distinta, realmente, son tanto Lucien Febvre como L. Walker: para el primero, este texto indica que en 1914 “las ideas directrices” de la actividad historiográfica de Bloch estaban ya, salvo algunos elementos particulares, “constituidas, y que él las formuló de la misma manera en que más tarde se concretaron en sus pensamientos de cincuentaño” (*Annales. E.S.C.*, 1950, p. 1); para el segundo autor, el discurso de Amiens “muestra hasta qué punto las ideas de la crítica histórica de Marc Bloch habían sido ya completamente formuladas, en una fecha tan temprana como esta de 1914” (*History and Theory*, 1963, p. 247, nota). En realidad, el itinerario “metodológico” de Bloch fue, como lo veremos, un poco más complicado.

Bloch inicia su discurso contraponiendo muy claramente el grado de certidumbre de la historia con el de las ciencias naturales: “nosotros [historiadores] no tenemos de los acontecimientos del pasado un conocimiento inmediato y personal, comparable, por ejemplo, al que su Profesor de Física tiene de la electricidad” (*Annales. E.S.C.*, 1950, p.2). Es una contraposición que reaparece, aunque de una manera un poco menos delineada, en algunas páginas del *Oficio de Historiador*, las cuales han sido remitidas, probablemente de un modo erróneo, a la discusión de la relación entre *ciencias del espíritu* y *ciencias de la naturaleza* (véase sobre esto, P. Rossi, *Legittimità e insicurezza della conoscenza storica* en *Giornale degli Economisti e Annali di Economia*, Vol. X, s/n, 1951, pp. 307 y 313-14).

Faltan por lo que parece, dentro de los escritos de Bloch, incluso aunque fuese de una manera mínima, discusiones realizadas a propósito de los autores neokantianos, desde Dilthey hasta Weber: un argumento *ex silentio* al cual se puede agregar la anécdota febvriana sobre el desinterés manifiesto de Bloch hacia el libro de Raymond Aron, *Introduction à la Philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, París, 1938, que retomaba entre otros puntos este problema y aquellas discusiones (véase Lucien Febvre, *Pro parva nostra domo*, en *Annales. E.S.C.*, tomo VIII, 1953, p. 516)¹². En

¹² Cfr. también Lucien Febvre, *Une nouvelle contribution de Marc Bloch à l'histoire rurale de la France*, en *Annales. E.S.C.*, tomo IX, 1956, p. 501, donde dice: “los hombres de mi generación no eran muy

realidad, tanto en el discurso de 1914 como en las páginas mucho más tardías del *Oficio de Historiador*, lo que está sobre todo presente es más bien la posición de Emile Durkheim, un estudioso que como se ha señalado ya, influyó muchísimo en la formación de Bloch (véase, por ejemplo, *Revue Historique*, núm. CXLV, 1924, p. 236 y también el *Métier d'Historien*, p. 109).

Durkheim se había propuesto tratar los hechos sociales como “cosas”, (sobre este punto, véanse *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1927, aunque la primera edición es de 1894), esto es, con la importancia que le daban los estudiosos de las ciencias naturales y reclamándose también como parte de los métodos de estas últimas. El “acontecimiento”, o lo irreductiblemente individual, a los cuales no eran aplicables estos métodos, eran el dominio de la historia. Bloch en 1914, trata de superar esta desvalorización de la historia, sin no obstante refutar estos presupuestos. También para él la “ciencia” es en realidad una sola, es decir, la ciencia o las ciencias de la naturaleza, y a ella o ellas y a sus métodos, a sus criterios de verdad, debe conformarse también la propia historia. Entonces él quiere demostrar que también el objeto propio del conocimiento histórico —los “acontecimientos”—, son factibles de un conocimiento genuino, “científico” y esto gracias a la filología y a la crítica, y aún más a la “crítica histórica”.

Pero a diferencia del físico, el historiador no puede servirse del método experimental, por lo cual está condenado a recurrir a los testimonios de otros, que derivan frecuentemente de un pasado muy lejano; entonces, valorando críticamente estos testimonios, es posible alcanzar igualmente conclusiones extremadamente probables, si no es que ciertas. De este modo, confrontando la narración de un supuestamente heroico recorrido a través de un río desbordante, hecha por el General Marbot en sus propias Memorias, con los testimonios contemporáneos sobre la magnitud de las crecidas de los ríos en aquel año, se puede concluir que esa narración de Marbot es una pura exageración. Análogamente, es posible demostrar la falsedad de un documento, o incluso de toda una serie de documentos (respecto de lo cual, Bloch cita el caso del famoso falsario Vrain-Lucas).

E incluso en el discurso de Bloch no falta una sombra de escepticismo, que aparece en el primero de los ejemplos que él mismo desarrolla. ¿Quién disparó primero, en la masacre que desencadenó la Revolución parisina de febrero de 1948, un guardia o uno de los manifestantes? se plantea (y este problema es muy característico). Para resolver esto, deberemos examinar y confrontar las narraciones de los testigos oculares, teniendo presente que incluso ellos (como Bloch observa más adelante), pueden ser también inexactos en la medida en que están influenciados por su grado de atención, por su emotividad, etc... La única cosa que podemos saber desde hoy es que es imposible conciliar las dos hipótesis, y que una debe ser necesariamente falsa. Magro resultado, como se ve. Lo que no impide que Bloch pueda concluir su discurso subrayando el valor civil de esta educación en su dimensión crítica: por ejemplo, cuando sus alumnos convertidos en adultos, serán llamados por ejemplo a ser parte de un jurado popular, y deberán recurrir a estos criterios elaborados precisamente por la crítica del testimonio.

Es claro a partir de este texto, en sí mismo bastante decepcionante, que el círculo de problemas en los cuales se movía Bloch en ese momento, era bastante restringido. Sólo por un instante, parece entrever una argumentación más compleja del problema de la crítica del testimonio: ahí en donde observa que los historiadores, en el pasado, buscaban en el

aficionados a las discusiones metodológicas, y se burlaban de buen grado de sus buenos maestros, siempre inclinados a hablarles con un respeto un poco cómico de “el método”... sobre este punto, entre Bloch y yo no había ninguna divergencia. Nada de metodología abstracta a la alemana”.

“espejo brumoso” de los poemas épicos medievales “el vago reflejo de acontecimientos inciertos”, mientras que ahora, disuelta gracias a la crítica, aquella apariencia de “malas o falsas crónicas”, estos poemas “nos ofrecen una imagen clara: la del alma heroica y pueril, ávida de misterios y turbulenta, del propio siglo que les vio nacer. Lo que constituye la belleza de esas leyendas y les da su propia verdad, es la de traducir fielmente los sentimientos y las creencias del pasado” (*Annales*, 1950, p. 8). Pero la línea principal del discurso es otra, y es precisamente la que ya hemos señalado antes.

En 1921, Bloch publicó en la *Revue de Synthèse Historique* dirigida por Henri Berr, un ensayo titulado *Reflexiones de un historiador sobre los rumores o falsas noticias de la guerra (Mélanges Historiques*, tomo I, pp. 41-57)¹³, que desde el inicio retomaba los problemas examinados siete años antes. Los historiadores, dice él, siguen con mucho interés los progresos de la investigación sobre la psicología de los testimonios. Esta ciencia, de otra parte, no ha podido dejar de inspirarse en una disciplina más antigua, que es la de la crítica histórica. “Los primeros testigos que fueron interrogados de una manera racional eran los documentos, manejados por los eruditos. Los psicólogos han debido, de esta forma, tomar como su punto de partida las reglas, aplicadas prácticamente más que formuladas en teoría, por los Papebroch, los Mabillon, los Beaufort y todos sus émulos” (*Mélanges*, tomo I, p. 41).

Pero esas investigaciones de los psicólogos demuestran que aún los testimonios sinceros están inevitablemente llenos de inexactitudes y de falsedades, que corresponden frecuentemente a hechos particulares que no son para nada irrelevantes o marginales: “todo sucede como si la mayor parte de los hombres circulara en la vida con los ojos semicerrados, en medio de un mundo exterior al que todos ellos despreciarían mirar con atención” (Ibíd., p. 42). Los psicólogos le imparten entonces a los historiadores una lección de escepticismo. Pero, observa Bloch, saliendo con este paso del terreno en el cual se había movido hasta este momento, “hay que agregar que ese escepticismo no afecta para nada más que a cosas muy superficiales; la historia jurídica o económica, o religiosa, no es afectada por él; porque lo que hay de más profundo en la historia, podría muy bien ser lo que ella tiene de más seguro”. Y remata: “...la obra crítica no lo es todo para el historiador. El error no es para él solamente ese cuerpo extraño que se esforzaría en eliminar con toda la precisión de sus propios instrumentos; él lo considera también como un objeto de estudio, sobre el cual se vuelca cuando se esfuerza en comprender el encadenamiento de las acciones humanas. Porque narraciones falsas han sido capaces de provocar el levantamiento real de multitudes enteras. Los rumores o falsas noticias, en toda la multiplicidad de sus formas, como simples recuentos, imposturas o a veces incluso leyendas, han llenado la vida de la humanidad. ¿Cómo nacen ellas? ¿De qué elementos obtienen ellas su sustancia? ¿Cómo se propagan, cómo ganan en amplitud a medida que pasan de boca en boca, o de escrito en escrito? Ninguna cuestión más que estas mismas preguntas, merecería apasionar a todo aquél que ame reflexionar sobre la historia” (*Mélanges*, tomo I, p. 43)¹⁴.

¹³ Aquel que se interese en este tipo de investigación, podrá confrontar esta argumentación del problema de los “rumores o falsas noticias” establecida por Bloch, con las páginas dedicadas por Ernest H. Gombrich al problema de la “copia de lo verdadero”, en su magnífico libro *Arte e Ilusión. Un Estudio de la Psicología de la Representación Pictórica*, Ed. Debate, Madrid, 1998, p. 64 – 67.

¹⁴ De un modo característico, y al hacer la reseña crítica, en estos mismos años, del libro *La Tierra y la evolución humana* de Lucien Febvre, Bloch lamentaba la falta de un capítulo sobre “las ilusiones geográficas”: “quiero decir, la influencia ejercida sobre las concepciones humanas y sobre la vida

Así se expresaba Bloch con el espíritu invadido, evidentemente, por el trabajo en torno del gran libro de historia que en esos mismos años él estaba escribiendo, y que es la historia de un error, de una impostura: *Los Reyes Taumaturgos* (1924). Así, la duda sobre el grado de certidumbre de la investigación histórica, en comparación con la de las ciencias de la naturaleza, duda sólo parcialmente disipada a partir del recurso a la crítica histórico-erudita, está ya resuelta aquí: esta duda no afecta a la historia más verdadera o “más profunda”. Aquí si podemos verdaderamente decir que Bloch (que desde dos años atrás respecto de esta fecha, era ya Profesor en la Universidad de Estrasburgo, y estaba entonces ya vinculado con Lucien Febvre), ha definido los intereses historiográficos y también los criterios de método en los cuales se inspirará toda su actividad futura.

Significativamente, la frase que hemos citado un poco más arriba, reaparece en el *Métier d’Historien* (p. 49), con pocas aunque muy características variantes: la historia económica permanece, pero se agrega a ella la historia de la técnica (lo que habría que vincular con las investigaciones como la del molino de agua, o también la que realizó sobre las invenciones medievales, y que aparecieron ambas en 1935: véase *Mélanges*, tomo II, pp. 800-821 y 822-832); la historia religiosa ha sido sustituida por la historia de la mentalidad y de la sensibilidad (casi contemporáneamente, en 1941, Febvre publicaba el notable ensayo *¿Cómo reconstruir la vida afectiva de los tiempos pasados? La sensibilidad en historia*, incluido en su libro *Combats pour l’Histoire*, París, 1953, pp. 221-38); desaparece la historia jurídica, que es sustituida por la historia social, lo que es testimonio del esfuerzo de tratar de ir más allá de las fórmulas de los juristas, hacia una realidad más espontánea y profunda (véanse, en este sentido, los ensayos reunidos en la Sección “La servidumbre en la sociedad europea”, de estos *Mélanges Historiques*)¹⁵. Pero el núcleo de la frase ha permanecido.

Análogamente, pasajes y páginas enteras de este ensayo sobre los rumores o las falsas noticias, han pasado a ser parte (como lo había ya notado J. Stengers, en *Annales*, 1953, pp. 331, en la nota 5) del texto del *Oficio de Historiador*. Pero al redactar este último, Bloch tenía a la vista también un escrito más antiguo, aquel que ya hemos examinado y que lleva por título *Crítica histórica y crítica del testimonio*. Por eso reaparecen también, en el *Oficio de Historiador*, los ejemplos planteados por Bloch más de 25 años antes frente a sus alumnos del Liceo de Amiens: la masacre que “desencadenó” la Revolución de febrero de 1848, las exageraciones del General Marbot, los documentos falsos de Vrain-Lucas. Pero es significativo que el primer ejemplo sea citado ahora, más bien, para banalizar los términos del problema: ¿Quién disparó en esa famosa masacre? ¿Un manifestante o un guardia? Y Bloch responde “nosotros, muy probablemente, no lo sabremos jamás... la Revolución de 1848, ese movimiento tan claramente determinado, que por una extraña aberración ciertos historiadores han creído poder considerar como el prototipo mismo del acontecimiento fortuito, está, por el contrario, determinado por numerosos factores, muy diversos y muy activos, los que casi desde que aconteció, Tocqueville supo entrever muy bien, y que lo habían preparado desde fechas muy lejanas. De modo que la masacre del Boulevard des Capucines ¿fue otra cosa que la última pequeña pincelada de este largo proceso?” (*Métier*, p. 48). Y aquí se inserta el pasaje ya recordado sobre la historia “más profunda”, la que es también con toda probabilidad, la más cierta.

Marc Bloch, cuando escribe el *Oficio de Historiador*, ha recuperado plenamente la certidumbre y la especificidad del oficio de historiador, de modo que si aún retoma la

misma de las sociedades, por la noción mal comprendida de ciertas pseudonecesidades geográficas”, en *Revue Historique*, CXLV, 1924, pp. 237-38.

¹⁵ Véanse también los *Mélanges d’histoire sociale*, tomo II, 1942, pp. 51-53.

confrontación entre historia y ciencias de la naturaleza, lo hace ahora en un contexto totalmente nuevo. Pues después de la mecánica de Einstein y la física de los *quanta*, él afirma que la imagen de la ciencia se ha convertido en algo mucho menos rígido que la idea que tenían de ella Durkheim y los historiadores positivistas de finales del siglo XIX: ahora las ciencias de la naturaleza han sustituido a lo cierto con lo infinitamente probable (*Métier*, p. XVI). Por eso, es clarísimo el distanciamiento frente a la generación de finales del siglo XIX, la que obsesionada por esa imagen rígida y comtiana de las ciencias de la naturaleza, y en el esfuerzo de aplicar este esquema a las ciencias humanas, ha dado origen a dos tendencias opuestas.

De un lado, Durkheim y su escuela, que nos han enseñado a “analizar más en profundidad”, pero al precio de dejar “fuera de las expectativas del conocimiento humano, muchas realidades muy humanas, pero que parecían ser desesperadamente rebeldes a encuadrarse dentro de un saber racional”. De otra parte, los eruditos positivistas, como el maestro del propio Bloch, Charles Seignobos, “trabajadores profundamente honestos, pero de mirada un poco corta” que “no lograban insertar la historia dentro de los marcos del legalismo físico, y que estaban particularmente preocupados, además y en razón de su educación inicial, por las dificultades, las dudas y los frecuentes recomienzos de la crítica documental... por lo que impulsarán, a partir de estas comprobaciones y por encima de todo, una lección de una humildad abierta” (*Métier*, p. XV).

¿No parece reconocerse en esta última posición, el modo de aproximación asumido fugazmente por Bloch mismo al inicio de su propia experiencia como historiador, aproximación de la que da testimonio el discurso pronunciado en Amiens en 1914? En cambio, el Bloch maduro trató de encontrar un acuerdo o punto intermedio entre el rigor filológico y erudito de un Seignobos, y el gusto por los grandes problemas y el análisis “en profundidad” de un Durkheim¹⁶. Al respecto, puede verse también por ejemplo, la nota necrológica sobre Charles-Víctor Langlois, amigo y colega de Seignobos: en ella Bloch subraya el desinterés de Langlois por la historia de las estructuras sociales, por la historia económica, por la historia religiosa e intelectual “vistas en profundidad”, a partir de su temor de interpretar “la historia de los sentimientos y de las ideas, que son, de entre todas las historias, las más difíciles de reconstruir y de comprender desde el interior”, concluyendo que “esas grandes corrientes encubiertas de la vida humana, de las que Langlois se separaba de modo tan deliberado, ¿cómo olvidar que han sido la fuente nutricia del entusiasmo romántico que inspiró, antes de Langlois, todo el sentido de la obra de un Michelet, e incluso de un Agustín Thierry?”. Ciertamente, el entusiasmo de este último no había permanecido inmune de ingenuidad y de “una falta chocante de rigor en el manejo de los testimonios” (*Annales d'histoire économique et sociale*, tomo I, 1929, p. 584). En este contexto, se comprende muy bien la importancia “metodológica” atribuida en el *Oficio de Historiador*, a la obra de los fundadores de la Diplomática, de un Papebroeck y de un Mabillon¹⁷.

El plano de las creencias, de los sentimientos, e incluso a veces hasta de los errores (de esos “rumores” o “falsas noticias” de la guerra), que había permitido entrever a Bloch

¹⁶ Típico de este problema, es el pasaje de una carta dirigida a Lucien Febvre, casi contemporánea del *Oficio de Historiador*: “Durkheim no era ciertamente un imbécil. Ni tampoco (¡cúbrase usted la cara!) el pobre padre Seignobos, ni Charles V [sobrenombre que le daban los estudiantes normalistas a Charles-Víctor Langlois]. ¡Cuán lejos, no obstante, estamos nosotros hoy, tanto del uno como de los otros!”, (*Annales d'histoire social*, tomo I, 1945, p. 31).

¹⁷ Véase también la nota a la reedición de la *Historia de la Historiografía Moderna* de Fueter (*Annales*, tomo VIII, 1936, p. 458).

una historia más profunda y más segura que la que planteaban Langlois y Seignobos, permanece desde este momento y hasta el final como el núcleo de sus intereses historiográficos. Este punto ha sido muy señalado (véase por ejemplo Philippe Dollinger, en el artículo ya citado, pp. 121-122 y L. Walker, también recientemente citado, la página 249), como para que sea necesario detenerse en él demasiado. Además, Bloch mismo ha sido extremadamente claro sobre este punto. Al respecto, podemos mencionar un pasaje característico del *Métier d'Historien* (p. 101): “Los hechos históricos son, en esencia, hechos psicológicos. Entonces, es en otros hechos psicológicos que ellos encuentran, normalmente, sus antecedentes”.

Pero Bloch no se detiene en esta afirmación de carácter general, sino que continúa para ejemplificarla: también en los casos en los cuales la acción ejercida por el mundo exterior es más evidente y brutal, ésta “no se ejerce más que orientada por el hombre y por su espíritu. El virus de la Peste Negra fue la causa inicial del despoblamiento de Europa, pero la epidemia no se propagó tan rápidamente más que en virtud de ciertas condiciones sociales —*las que, en su naturaleza profunda, son condiciones mentales*—, y sus efectos morales se explican solamente por las predisposiciones particulares de la sensibilidad colectiva (Ibíd., los subrayados son míos)¹⁸. Y esta tendencia a reducir todos los problemas históricos a problemas de historia psicológica, es evidente también en varios ensayos compilados en estos dos volúmenes de los *Mélanges*.

Por ejemplo, en el ensayo *Para una historia comparada de las sociedades europeas* (1928), al abordar el problema de la disminución del valor real de las rentas señoriales en la baja Edad Media, Bloch subraya la importancia del momento en el cual el fenómeno ha sido advertido, y concluye: “una vez más, parece ser que el problema económico se termina convirtiendo en un problema psicológico” (*Mélanges*, tomo I, p. 26, nota). Análogamente, al discutir los trabajos de estadística y de historia de los precios de François Simiand, en *El salario y las fluctuaciones económicas en el largo plazo*, de 1934 (*Mélanges*, tomo II, pp. 890-914), Bloch afronta la crítica que aquí es formulada, de la reducción del salario a su poder de adquisición, afirmando que más allá de las cifras de la estadística, es necesario interrogar a los documentos “capaces de revelarnos la opinión de la clase obrera”, “testimonios huidizos y preciosos”, que testimonian “los deseos, los temores, los prejuicios de los hombres, y todas esas ideas y todos esos sentimientos que nosotros reconocemos unánimemente como los motores profundos de la historia”.

Ciertamente, se trata de una imagen “borrosa y frecuentemente sospechosa”: y todavía agrega que “considerar que la imperfección de un documento nos ordena su abandono, equivaldría a nada menos que a renegar de la crítica del testimonio, que es una herramienta fiel de las ciencias humanas, y que por oposición a las ciencias de la naturaleza, es el instrumento original de nuestras experiencias” (*Mélanges*, tomo II, pp. 912-913). Donde se ve, entre otras cosas, que el interés volcado predominantemente a esos fenómenos vinculados a una documentación débil e indirecta, como los de la mentalidad y la sensibilidad colectiva, se vincula estrechamente a la acentuación ya señalada del momento crítico-filológico de la investigación (o sea, a la crítica de los testimonios).

Pero sobre todo es evidente en estos ensayos, y es un punto sobre el que Bloch regresa continuamente, la interpretación “subjetivista” del concepto de clase social, y la

¹⁸ Para pasajes o citas análogos de una fecha anterior, véase por ejemplo *Annales...*, tomo I, 1929, p. 241 (“...la historia, la historia profunda, aquella de los grandes movimientos del pensamiento y de la sensibilidad colectivas...”), o en la misma revista, tomo IV, 1932, p. 485 (“esta mentalidad humana, que es después de todo, en última instancia, la verdadera materia de toda historia digna de ese nombre...”).

reducción vinculada a esto, en último análisis, de la historia social a la historia de la mentalidad: “Siendo, las instituciones humanas, realidades de orden psicológico, una clase no existe nunca más que a través de la idea que nos hacemos de ella. De modo que escribir la historia de la condición servil, es ante todo reconstruir, en la curva compleja y cambiante de su desarrollo, la historia de una noción colectiva: la de la privación de la libertad” (*Liberté et servitude personnelles au Moyen Age, particulièrement en France. Contribution à un étude des classes*, 1933, en *Mélanges*, tomo I, p. 355)¹⁹.

Pero este último punto merece ser examinado aparte. En general, no hay duda de que esta acentuación de la importancia de las “representaciones colectivas” debe mucho a Durkheim, y también a algunos sociólogos que se remiten, al menos parcialmente, al propio Durkheim, como Charles Blondel y Maurice Halbwachs, ambos colegas de Marc Bloch en la Universidad de Estrasburgo (el segundo, incluso, también fue colaborador de los *Annales*)²⁰. E incluso el propio Blondel²¹ cita en su *Introduction à la psychologie collective* (Paris, 1946, 4ª edición, p. 40, aunque la primera edición es de 1927) esta frase significativa de Durkheim: “Todo lo que es social, consiste en representaciones, en consecuencia, es un producto de las representaciones”, frase que encontramos casi parafraseada en el pasaje ya recordado del *Métier d’Historien* (p. 101: “Los hechos históricos son, en esencia, hechos psicológicos. Entonces, es en otros hechos psicológicos que ellos encuentran, normalmente, sus antecedentes”).

Esta influencia decisiva de Durkheim sobre Bloch²², parecería dar razón a aquellos que señalan, en la obra del historiador francés, un límite sociológico, del que daría testimonio una cierta tendencia a la abstracción y a la generalización. Entre estos críticos se puede ubicar (y esto podrá asombrar a algunos), al propio Lucien Febvre, quien al hacer la reseña crítica de *Los Caracteres Originales de la Historia Rural Francesa*, lamentaba que el hombre, “ese verdadero sujeto del libro y de la historia”, no hubiese estado “llevado más abiertamente hacia el primer plano de la escena, plano quizá demasiado ocupado, a veces, por las técnicas o por las instituciones” (*Revue Historique*, vol. CLXIX, 1932, p. 194), y aún más abiertamente a propósito del libro *La Sociedad Feudal*, respecto del cual Febvre escribió: “El individuo se encuentra aquí casi completamente ausente... la psicología no está ciertamente ausente de este bello libro. Pero siempre es sólo la psicología colectiva la que aquí nos es dada... diría con gusto, si me atreviera, que este libro marca, dentro de la obra de Bloch, una especie de regreso hacia el esquematismo. O digámoslo con su propio nombre, hacia el defecto del sociologismo, que es una forma seductora de lo abstracto” (*Pour une histoire à part entière*, París, 1962, pp. 424-425; texto publicado originalmente en los *Annales d’histoire sociale*, 1941).

Aquí el gusto por una historia hecha de descripciones y de una psicología subrayada muy enfáticamente, un poco a la Michelet, termina dominando a Lucien Febvre: pues es

¹⁹ Véase también el ensayo *Un problème d’histoire comparée: la Ministerialité en France et en Allemagne*, 1928, en *Mélanges*, tomo I, pp. 503-528, además de la reseña al *Curso de Economía Política* de François Simiand, en la *Revue de Synthèse Historique*, Vol. LI, 1931, p. 256.

²⁰ Véase la recensión de Bloch a la *Introducción a la Psicología Colectiva* de Blondel en la *Revue Historique*, vol. CLX, 1929, pp. 398-399, y también a *Los marcos sociales de la memoria* de Halbwachs, en la *Revue de Synthèse Historique*, vol. XL, 1925, pp. 73-83.

²¹ Respecto de Blondel, véase también el Prefacio al libro *Les Rois Thaumaturges* (Nueva edición, París, 1961, p. VI): “...mis colegas Lucien Febvre y Charles Blondel, encontrarán demasiado de ellos mismos en ciertas páginas que siguen, para que yo pueda agradecerles de otro modo que señalando estos préstamos, hechos de una manera totalmente amistosa, a sus propios pensamientos”.

²² Sobre este punto, cfr. el artículo ya citado antes de Charles-Edmond Perrin, pp. 183-184.

cierto que ningún lector de *La Sociedad Feudal* admitirá que en ella falten “gestos humanos, de los hombres particulares” (Lucien Febvre, *Pour une histoire...*, p. 424). ¿Cómo no recordar, por el contrario, las observaciones tan realistas de Bloch, sobre los periodos históricos que aparecen documentalmente como “sin individuos” (*Métier*, p. 23), observaciones que retornan también en varias reseñas críticas, como por ejemplo la del libro *Federico II* de Ernest Kantorowicz (en la *Revue Historique*, vol. CLVIII, 1928, p. 116) o en la de una biografía alemana de la Emperatriz Inés (*Revue Historique*, vol. CLXXXI, 1937, p. 440)?

Aunque es verdad que Bloch afirmaba no ver ninguna incompatibilidad entre las aproximaciones, de un lado del historiador, y del otro del sociólogo (véase *Mélanges*, tomo II, p. 892): sin embargo, no deja de ser significativa la duda expresada a propósito del término “cómodo pero un poco ficticio” de “memoria colectiva” (*Mélanges*, tomo I, p. 12, y véase también la reseña crítica del libro de Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, en *Revue de Synthèse Historique*, vol. XL, 1925, p. 78). Esta discrepancia respecto del concepto sociológico, excesivamente abstracto e indeterminado, de “colectividad”, se refleja también en las observaciones hechas a propósito del libro *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga, que es “desafortunadamente, un estudio de psicología de toda una época vista en su conjunto, y no, lo que permitiría acotar mucho más de cerca la realidad, de la psicología de los diversos medios sociales, en una época determinada” (*Revue Historique*, vol. CLX, 1929, p. 399, nota, aunque no he podido revisar la reseña dedicada por Marc Bloch a este mismo libro de Huizinga, que apareció en el *Bulletin de la Faculté de Lettres de Strasbourg*, vol. VII, 1928-29, pp. 33-35)²³.

Aun más claramente, al reseñar el libro *La población y el trazado de los caminos en París, desde hace un siglo* (París, 1928), de Maurice Halbwachs, Bloch criticaba la tesis allí formulada, según la cual el desarrollo urbanístico de París habría sido determinado por fuerzas colectivas inconscientes, lo mismo que por la obra consciente de un grupo de especuladores, afirmando sobre esto: “¿Presión de la colectividad? Cierto. Pero esta colectividad parisina ¿es verdaderamente una unidad? No habría más bien que concebirla como constituida por toda una serie de grupos diferentes y frecuentemente opuestos (entre los cuales habría que darle un lugar a esos “grupos de administradores” y de “especuladores” que al principio han sido demasiado fácilmente desdeñados y enviados hacia la sombra)...?” (*Annales d'histoire économique et sociale*, vol. I, 1929, pp. 435-436). De modo que frente a un problema concreto, en resumen, Bloch logra casi siempre huir de la contraposición abstracta entre “colectividad – individuo”.

Tal vez ningún criterio de método ha sido subrayado con tanta insistencia por Bloch como el ya señalado del carácter “psicológico”, “subjetivo”, del concepto de clase social. Se trata de un punto de vista sin duda bastante discutible, que corre el riesgo, por otra parte, de convertirse en algo esquemático frente a aquello a lo cual se opone. Así, criticando desde un punto de vista marxista rígido la posición de Bloch, Giuliano Procacci la ha vinculado a las corrientes revisionistas, señalando un paralelo de ella con las tendencias expresadas dentro de la Escuela Económico-Jurídica (en el artículo *Marc Bloch*, en la revista *Belfagor*, vol. VII, 1952, p. 670). Es una observación aguda, que tal vez se puede profundizar un poco más.

Pues la impostación “subjetivista” psicológica del concepto de clase social presenta, por ejemplo, analogías no despreciables con la “interpretación psicológica del movimiento obrero y del socialismo” formulada por uno de los representantes más influyentes del

²³ Véase también, para críticas análogas, la reseña crítica al libro *Kaiser, Rom und Renovatio*, de P. E. Schramm, en la *Revue critique d'histoire et de littérature*, vol. LXV, 1931, p. 11.

revisiónismo, que es H. De Man (*Au delà du Marxisme*, traducción francesa, 2ª edición, París, 1929, p. XIII; se trata de la traducción, revisada por el propio autor, del libro *Zur Psychologie des Socialismus*, Jena, 1926)²⁴. “En último análisis” afirmaba De Man, “la inferioridad social de las clases trabajadoras no reposa ni sobre una injusticia política ni sobre un prejuicio económico, sino sobre un estado psicológico. La característica esencial de esta inferioridad es su propia creencia en esta inferioridad. La clase obrera es inferiorizada porque ella se *siente* inferiorizada; lo contrario no son más que apariencias... el origen del hecho psicológico es siempre otro hecho psicológico. Una creencia diferente crearía un hecho social diferente” (*Au delà...*, pp. 65-66).

Con palabras muy similares, Bloch concluía una reseña crítica de diversos estudios sobre el feudalismo (aunque citas análogas podrían fácilmente multiplicarse): “el error de muchos historiadores, ha consistido en atribuir a las clases una especie de existencia en sí. ¿Pero qué es, no obstante, una clasificación social, sino la idea a la vez cambiante y terriblemente difícil de traducir en términos lingüísticos, que los hombres en sociedad se hacen de su propia jerarquía?” (*Féodalité, Vassalité, Seigneurie: à propos de quelques travaux récents*, en *Annales d'histoire économique et sociale*, tomo III, 1931, p. 253).

No me ha sido posible encontrar indicaciones de relaciones directas entre Bloch y De Man. Pero vale la pena notar que los *Annales* han hablado favorablemente sobre la actividad de este último, subrayando por ejemplo sus relaciones con Henri Pirenne, del cual De Man había sido alumno en la Universidad de Gante (reseña crítica de H. Fuss al libro citado de De Man, y también a E. Vandervelde, *Le marxisme a-t-il fait faillite?*, Bruselas, 1928, en *Annales d'histoire économique et sociale*, tomo I, 1929, pp. 452-453; para otro señalamiento sobre De Man y la “crisis del marxismo”, véase *Annales...*, vol. II, 1930, p. 628). De Man por su lado señala, atribuyéndole mucha importancia para su sucesiva evolución ideológica y política, una discusión que tuvo sobre el materialismo histórico con Henri Pirenne (*Au delà du marxisme*, pp. 87-88). Las relaciones estrechísimas que ligaban a Pirenne con Bloch, y con el grupo de los *Annales*, han sido de otra parte ya señaladas. De modo que tal vez las analogías señaladas precedentemente no son del todo insignificantes; pero es posible reencontrar en los escritos de Bloch un eco más preciso de la argumentación y construcción de De Man.

Atribuyendo, escribe en un cierto punto De Man, todo progreso “a la causa última del progreso técnico”, Marx, de una manera que no es distinta a la de los representantes de la economía clásica, ha elevado al rango de ley natural un elemento particular del régimen capitalista. “Pero no es difícil probar que la evolución de los métodos de producción está condicionada, tanto en su magnitud como en su dirección, por esas mismas circunstancias sociales e intelectuales en las cuales el marxismo no ve más que un reflejo de dichas condiciones de producción”. ¿Por qué la antigüedad clásica, no obstante sus grandes conquistas en el campo del espíritu, no inventó la máquina de vapor y no disfrutó entonces de la posibilidad de la electricidad? “Simplemente porque las personas de esta época no tenían ninguna necesidad ni de máquinas de vapor ni de electricidad. Toda su concepción de la vida y de la civilización no implicaba ninguna necesidad de máquinas que hubiesen estado ahí para satisfacerlos”. Una cosa similar sucede en la Edad Media: “el azar, la curiosidad, la búsqueda del menor esfuerzo, la disposición particular de algunos espíritus de élite animados por la sed de conocimiento, todo eso los ha llevado a realizar toda una serie de descubrimientos técnicos que no han sido utilizados económicamente”.

²⁴ El influjo de De Man en esta dirección no puede de cualquier modo ser exclusivo: véase por ejemplo el ensayo *Serf de la glèbe* (que es de 1921), en *Mélanges*, tomo I, p. 368 (donde, no obstante, la acentuación de este punto es menor).

Así, “mientras más se preveían o experimentaban las consecuencias de las invenciones ya mencionadas, más los hombres se alejaban de ellas como si se tratara de obras diabólicas”, y cita el caso de los métodos semimecanizados adoptados por la industria textil de la ciudad de Flandes y de Italia septentrional en los siglos XII y XIII, que fueron abandonados después en el curso del siglo XIV. “Se ha renunciado a eso no porque ellos no fuesen suficientemente productivos en el sentido actual de estos términos, sino porque lo eran demasiado... no se quería dejar implantar métodos de producción que eran contrarios a la moral social de la época”. Contra estas innovaciones, se levantarán no solamente los tejedores proletarizados o transformados en obreros a domicilio, sino también la Iglesia, las órdenes religiosas, los artesanos, en suma, “todos los representantes del orden corporativo feudal que se sentían amenazados en sus fundamentos morales”. Para que la evolución técnica tuviese lugar era necesaria la disolución del régimen feudal, el acrecentamiento del poder de los mercaderes, y la centralización operada por la monarquía. Y De Man concluye estas páginas con palabras que Bloch habría seguramente suscrito: “a fin de cuentas, encontramos siempre que es un elemento humano el que reacciona sobre otro elemento humano; porque el equipamiento técnico no es en sí mismo más que el resultado de un estado social nacido de un deseo humano” (*Au delà...*, pp. 55-58).

Por lo demás, Marc Bloch había ya reaccionado con argumentos similares a una tentativa groseramente determinista de explicar la desaparición de la esclavitud de Europa Occidental por las transformaciones del enganche de los animales de tiro²⁵. Y en el célebre ensayo *Advenimiento y conquista del molino de agua* (en *Mélanges*, tomo II, pp. 800-821) Bloch parece dar un ejemplo concreto a la tambaleante construcción de De Man. El molino de agua, que nació con toda probabilidad en el último siglo antes de Cristo, logró afirmarse plenamente sólo al final de la época del Imperio Romano, en un contexto social completamente diferente. Pues mientras existió una mano de obra servil numerosa, y un buen mercado de esta mano de obra, una invención que ahorraba la fuerza motriz animal, o más frecuentemente la fuerza motriz humana, necesarias para el funcionamiento de los molinos tradicionales, no tenía ninguna posibilidad de imponerse.

Para que esto sucediese, debían crearse las condiciones favorables: la disminución de la población, y en consecuencia, la menor disponibilidad de mano de obra servil, debida de un lado a la menor potencia militar de Roma, y del otro a la progresiva afirmación de la concepción cristiana, que prohibía hacer esclavos a los adeptos de la nueva fe. “La invención nació, posiblemente, de un destello del genio individual. Pero el progreso efectivo, que fue el de utilizar esta idea, no se llevó a cabo más que bajo la presión de fuerzas sociales. Debido a que estas dos etapas aparecen muy claramente separadas, es que esta historia del molino de agua, observada desde el punto de vista de la evolución general de las técnicas, adquiere todo el valor de una suerte de experimento espontáneo, revistiéndose así de trazos casi universales” (véase *Mélanges*, tomo II, p. 808).

Pero si De Man, que perseguía únicamente polemizar contra un presunto determinismo marxista, subrayaba la función decisiva de una “moral social” no precisada mejor que el punto de vista que pretendía criticar, Bloch en cambio, en este texto que se encuentra entre los más bellos del conjunto total de sus ensayos históricos, arroja luz y documenta el complejo modo de entrecruzarse de los diversos fenómenos de orden distinto. Por eso, y asumiendo los resultados de su investigación (*Technique et évolution sociale: réflexions d'un historien*, 1938), Bloch observaba que la afirmación de ese molino de agua fue condicionado por la acción de “factores completamente extraños a sus virtudes

²⁵ Véase, en este sentido, la reseña crítica al texto de Lefebvre des Noëttes, en *Revue de synthèse historique*, vol. XLI, 1926, sobre todo pp. 98-99.

intrínsecas: la derrota de un Imperio, una creencia, una estructura nueva de poderes que gobernaban”. Y de aquí extraía una conclusión de carácter general: “no existe ninguna conjunto de líneas causales privilegiadas. Ni tampoco ningún orden de hechos que siempre y en todas partes sean los determinantes, opuestos a epifenómenos que lo serían también perpetuamente (...) por el contrario, toda sociedad, como todo espíritu, ha nacido de constantes y muy variables interacciones. El verdadero realismo en historia es el de saber que la realidad humana es múltiple” (véase *Mélanges*, tomo II, p. 838).

En este “realismo”, en este rechazo de toda explicación prefabricada, consiste ciertamente la grandeza del Bloch historiador; pero véase que también aquí la polémica se encuentra dirigida, implícitamente, en contra de una interpretación banalmente determinista del materialismo histórico (“...ningún orden de hechos que siempre y en todas partes sean los determinantes, opuestos a epifenómenos que lo serían también perpetuamente”). No obstante, no diremos que Bloch no había afirmado, tendencialmente, un “conjunto de líneas causales privilegiadas”: véase por ejemplo su discusión sobre *El problema de los regímenes agrarios* (1932, en *Mélanges*, tomo II, p. 648-669), que retoma algunos temas ya desarrollados en *Los caracteres originales de la historia rural francesa*. Bloch subraya ahí la significativa coincidencia entre el área de difusión de los campos de forma estrecha y alargada, y el área de difusión del arado con ruedas.

Ahora bien, este último, a diferencia del arado normal, gira con dificultad: se podría entonces suponer que para reducir el número de giros se han trazado campos muy alargados, aunque, para no dar lugar con esto a la existencia de campos de trabajo demasiado grandes, se les construiría al mismo tiempo como campos muy estrechos. Pero Bloch no se contenta con esta hipótesis: “la explicación técnica subsiste ciertamente, pero ella no tiene más que un valor de algún modo secundario. Está lejos de agotar toda la complejidad de lo real” (en *Mélanges*, tomo II, p. 659). ¿Por qué de hecho no se escogió la vía de asignar a todos los cultivadores un pequeño número de campos muy largos pero también muy anchos? Porque, responde Bloch “antes que nosotros, los campesinos del pasado juzgaban que la dispersión era (...) el único sistema natural y al mismo tiempo equitativo. De donde se derivó la necesidad, dado que el arado con ruedas imponía campos largos, de definirlos al mismo tiempo de una anchura mediocre. Pero aquí, ¿quién podría no verlo?, nosotros salimos ya del dominio de la pura técnica” (Ibíd.). Y concluye que lo que caracteriza fundamentalmente a esta zona de campos estrechos y de forma alargada, sujeta a la *vaine pâture*, es una particular “mentalidad social”, un sentimiento comunitario particularmente vigoroso (véase *Mélanges*, tomo II, p. 660).

Los estudiosos de estos problemas juzgarán la validez de la interpretación de Bloch. Lo que aquí nos interesa en cambio, es subrayar como una vez más, él acentúa el valor determinante de los factores psicológicos, de la “mentalidad”, y a esa mentalidad conecta también las particularidades de la estructura social y de las técnicas adoptadas. No parece arriesgado hipotetizar respecto de este punto, un influjo (ciertamente no exclusivo) de De Man, cuyo nombre, no obstante, no parece aparecer nunca en las páginas de Bloch (se sabe además que más adelante, De Man terminó colaborando con los nazis, mientras que Bloch combatió e incluso murió dentro de las filas de la Resistencia francesa: pero esta es obviamente una historia distinta).

Recorriendo los títulos de las distintas secciones en las cuales han sido distribuidos los diversos ensayos de Bloch, nos encontraremos una vez más, dentro de una gran variedad de intereses, también una laguna notable (sólo parcialmente colmada por el pálido texto sobre la idea de Imperio bajo los Hohenstaufen, véase *Mélanges*, tomo I, pp. 531-59): la de la historia política. Esta laguna ha sido señalada en la obra de Bloch desde puntos de

vista muy diferentes (véase, por ejemplo, Charles Edmond Perrin, *L'oeuvre historique de Marc Bloch*, citado, p. 185, y también Giuliano Procacci, *Marc Bloch*, ya citado, p. 669-670). Por lo demás, criticar el menosprecio de la historia política por parte del grupo de los *Annales* (expresada explícitamente, sobre todo en las teorizaciones recientes de Fernand Braudel), se ha convertido casi en un lugar común (véase para este punto, la Comunicación de G. Ritter al Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado recientemente en Roma).

Todo esto es válido, en cierta medida, para Bloch, quien en su reacción frente a una muy unilateral acentuación de la historia político-diplomática²⁶, se cargó quizá demasiado en el sentido opuesto. Además, sobre este punto, debemos tener también presente la definición que Bloch da en su primer gran libro de historia, *Los reyes taumaturgos*, al que define como “una contribución a la historia política de Europa, en el sentido verdadero del término” (*Les Rois thaumaturges*, nueva edición, París, 1961, p. 21). “Imperio, Realeza, ¿qué resonancia tenían estas grandes palabras, en aquel entonces, dentro de las almas? No la misma, seguramente, que la que tienen hoy”, afirmaba algunos años después Bloch, haciendo la reseña crítica de un libro de Louis Halphen sobre la historia política de Europa en los siglos XI y XII (*Annales d'histoire économique et sociale*, tomo V, 1933, p. 70).

Los Reyes taumaturgos quieren, precisamente, contribuir a escuchar esta “resonancia”, que no es el último de los motivos del tenaz persistir del poder monárquico. Más allá de los mecanismos de la organización administrativa, judicial, financiera, impuesta por el Rey a sus súbditos, se trata una vez más de alcanzar un estrato más profundo, espontáneo, aquél de las “creencias y... fábulas que florecieron en torno de las casas principescas” (op. cit., p. 19). Pero el fin es, como se ha dicho, el de entender mejor un gran problema de historia política. Pero no solamente, pues Bloch muestra también como estas “creencias”, estas “fábulas”, se difundirán por medio de un muy preciso propósito dinástico, que era el de reforzar, gracias a ese mito de las curaciones de las escrófulas por parte del rey, el poder de los Capetos en Francia, y el de Enrique I de Inglaterra.

Y aquí aparece aquello que Bloch llama, sintomáticamente, el “azar” (o el “acontecimiento” de François Simiand), es decir, la intervención de la voluntad individual, que orienta en una determinada dirección a una tendencia previa ya existente. Al mostrar el modo de interrelacionarse la voluntad política de los monarcas para imponer el mito de su poder taumátúrgico, y que es el elemento que Bloch define como “volteriano”, con las “corrientes de fondo o profundas de la conciencia colectiva” que sería el elemento “romántico” (“Uno de los grandes servicios que nos ha legado el romanticismo ¿no ha sido el de acentuar vigorosamente, dentro de las cosas humanas, la noción de lo espontáneo?”, p. 86) lo que obtenemos es la grandeza y la novedad²⁷ de *Los Reyes taumaturgos*. Pero al

²⁶ Charles Seignobos afirmó en 1924 (en el Prefacio a su *Historia Política de la Europa Contemporánea*), que la crisis europea iniciada en 1914 obligaba “a reconocer hasta qué punto los fenómenos superficiales de la vida política dominaban a los fenómenos profundos de la vida económica, intelectual y social” (citado por P.H. Wolff, en *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961, p. 850). Los términos de la contraposición aquí renovada polémicamente son, como se ve, los mismos que tantas veces fueron planteados por el propio Bloch.

²⁷ Sobre este punto, véase el artículo ya citado de Charles-Edmond Perrin, p. 168, y también la reseña crítica de G. Tabacco en *Critica Storica*, vol. I, 1962, pp. 203-207. Respecto de la “novedad” de *Los Reyes taumaturgos* véase, por ejemplo, la reseña de R. Fawtier que apareció en *Le Moyen Age*, segunda serie, vol. XXVII, 1926, sobre todo la página 241: “una gran parte del libro sale del marco de los estudios a los cuales está consagrada esta revista, e incluso sale del marco más general de los estudios históricos” (y véase también la respuesta del mismo Bloch a esta misma revista, en el volumen XXVIII, de 1927, sobre todo la página 34).

final un interés por la historia política sí existe, aunque subordinado: y se pueden ver también a este respecto las bellas páginas del ensayo, no obstante mutilado en esta compilación, sobre *El individualismo agrario*, en el cual Bloch analiza, subrayando además su importancia decisiva, las diversas aproximaciones de los funcionarios del Antiguo Régimen frente al movimiento en pos de la transformación de la agricultura francesa, señalando entonces tanto la cautela de un Bertin o de un Trudaine, como también el entusiasmo fisiocrático, no separado de un inteligente empirismo, de un D'Ormesson.

Capítulo 2. Prólogo a la edición italiana de *Los Reyes Taumaturgos de Marc Bloch*.²⁸

La suerte del libro que aquí presentamos al lector es bastante singular. La amplitud y la novedad de la investigación en él contenida atrajeron inmediatamente la atención y el elogio de los estudiosos de las más variadas disciplinas —estudiosos de historia de las religiones, como l'Alphandéry o Guignebert, historiadores de la ciencia como Thorndike, psicólogos como Blondel, por no hablar del propio Huizinga—. Sin embargo, parece que el libro no ha tenido la influencia que merecía dentro del campo de los estudios históricos. Pues aún tomando en cuenta una cierta prolijidad y desorganización de su estructura, que ha sido evidenciada en más de una ocasión, posiblemente exista algo más. Así que no es por lo tanto inútil reconstruir brevemente la génesis y el significado de esta obra.

Les rois thaumaturges aparece en un momento muy preciso de la biografía intelectual, pero no sólo intelectual, de Bloch. Éste es su primer trabajo de largo aliento, después de la Tesis de Doctorado, no muy original, sobre *Reyes y siervos* (1920). Además, es una muestra de la ampliación de los intereses de Bloch más allá de los confines de la historiografía tradicional —inclusive, según la opinión de uno de sus críticos (R. Fawtier), más allá aún de la historiografía en sí misma—, mediante la asimilación de las lecciones de Durkheim. Justamente en 1924, o sea en el mismo año en el que aparecieron *Los reyes taumaturgos*, Bloch, en su recensión de *La tierra y la evolución humana* de Lucien Febvre, en la *Revue Historique*, subraya la influencia que tuvieron, sobre toda una generación de historiadores franceses, dos grandes maestros: primero, Vidal de la Blache, lo que para el propio Bloch se hace evidente desde su trabajo juvenil sobre la región de 'L'Île de France' hasta su libro sobre *Los caracteres originarios de la historia rural francesa*. En segundo lugar Emile Durkheim, cuya amplitud de relaciones con el trabajo de Marc Bloch es algo más complejo.

Para comprender este último punto, podemos tomar como primer referencia el discurso pronunciado por Bloch, a sus 28 años, en el Liceo de Amiens, al final del año escolar de 1914, y en ocasión de la entrega de diplomas a los alumnos, que fue publicado posteriormente con el título *Crítica histórica y crítica del testimonio*. A pesar de las apariencias, no es un discurso ocasional, y contrariamente a lo que afirmó Lucien Febvre, en el momento de su reedición, casi cuarenta años después, las posiciones defendidas en este texto difieren notablemente de aquellas que Bloch fue madurando más adelante. Ya que lo que importaba al joven Bloch de 1914, era la reivindicación de la validez de la investigación histórica frente a las ciencias naturales, y más precisamente, la reivindicación de las posibilidades de una conciencia crítica, científica, de cada hecho histórico.

Apoyarse en el modelo de las ciencias naturales era en aquellos tiempos, sin duda, un lugar común positivista. Pero la postura de Bloch la podemos entender plenamente si tomamos en cuenta el célebre prefacio de Durkheim al número inicial del primer año de la revista *Année Sociologique* (1896). En este escrito, Durkheim había contrapuesto tajantemente los hechos históricos, que constituyen la "biografía sea de los individuos, sea de las colectividades", y que como tales carecen de interés científico, a los "hechos... que parecen en cambio susceptibles de ser, dentro de un futuro cercano, incorporados por la

²⁸ Este texto es la traducción del Prefacio que Carlo Ginzburg escribió para la edición italiana del bello e importante libro de Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos*, edición que fue publicada en 1973, por la Editorial Einaudi, en Turín. Y este Prefacio fue un elemento importante de la revaloración crítica y de la mucho mayor difusión que tendrá el libro de Bloch después de esta edición italiana, en el contexto intelectual europeo posterior a la revolución mundial de 1968, y de los cambios culturales e historiográficos que la misma implicó.

ciencia, es decir, que pueden entrar dentro de diversos procesos de comparación”, hechos sin duda si incorporables a la sociología.

En otras palabras, para Durkheim, la historiografía o no era científica, y por lo tanto quedaba marginada en última instancia a la simple anécdota, o sí era científica, y susceptible de comparaciones tales que llevaban a la enunciación de leyes, y por lo tanto se identificaba con la sociología. Entonces, para salvar a la investigación histórica de esta condena, Bloch insiste en la “cientificidad” del trabajo del historiador. Considera que el historiador, a diferencia del físico o del biólogo, sí debe trabajar sobre la base de huellas, de testimonios. Pero existe una “crítica histórica”, una “crítica de los testimonios”, la cual, en principio, permite al estudioso decidir, por ejemplo, si en febrero del 1848 el disparo que desencadenó la revolución de París salió de un centinela o de un manifestante. Pero solo en principio, justamente, porque en la práctica, Bloch admite que la evaluación de los testimonios, aun los más circunstanciales, es muy difícil e insegura.

Sería suficiente este ejemplo y el inevitable escepticismo resultante, para mostrarnos hasta qué punto Bloch, en 1914, estaba atado todavía a aquella historiografía “événementielle” que se condensa en los nombres de Langlois y Seignobos, y contra los cuales más adelante, el mismo Bloch y Lucien Febvre deberán combatir y ganar una de sus más significativas batallas. Pues bastaría para probar esto, una rápida comparación entre el discurso de Bloch y el capítulo VII del libro II del famoso manual de Langlois y Seignobos, *Introducción a los estudios históricos* (1898), titulado “Crítica interna negativa de sinceridad y exactitud”. Muchos años después, insertando materialmente oraciones y ejemplos sacados de aquel remoto discurso escolar, en las reflexiones de método publicadas sólo después de su muerte, bajo el título de *Apología para la Historia u Oficio de Historiador*, reflexiones cuya gran fortuna conocemos, Bloch, de un modo característico, resolvió ese dilema sobre la paternidad del famoso disparo que permitió “desencadenar” la revolución de febrero de 1848, observando que Tocqueville ya había entendido que las raíces de aquel movimiento eran mucho más profundas.

Y esta corrección, junto a un rechazo argumentado de la contraposición esquemática entre ciencias de la naturaleza e investigación histórica, junto al reconocimiento de lo específico de esta última, parecen resumir como epigrama todo el proceso de maduración historiográfica e intelectual de Bloch. Este proceso aparece como algo ya cumplido en 1921, cuando publicó en la *Revue de synthèse historique*, dirigida por Henri Berr, un brillante ensayo titulado “Reflexiones de un historiador sobre las falsas noticias de la guerra”, texto que puede considerarse como un verdadero Prólogo a *Los reyes taumaturgos*.

También aquí el punto de partida es la crítica de los testimonios, o más bien, la lección de escepticismo dada a los historiadores, por los psicólogos que hicieron experimentos e investigaciones sobre el problema del testimonio. Ellos demostraron que quizá incluso los testigos oculares no ven, o ven de forma incorrecta, lo que nos permite imaginar qué valor se pueda atribuir a los testigos y a los testimonios indirectos con los cuales debe generalmente trabajar el historiador. Pero Bloch añade aquí, saliendo del terreno en el cual se había movido hasta ese punto que “es necesario señalar que ese escepticismo no abarca más que a hechos y cosas muy superficiales, por lo que la historia jurídica, o económica, o religiosa no es afectada para nada. Pues lo que es lo más profundo en historia es, muy posiblemente, también lo más seguro”. Así que para el historiador, el error no es solamente un cuerpo extraño que se debe eliminar con instrumentos los más precisos posible, sino que ese error puede ser, también y a su vez, un objeto de estudio.

“Falsas narraciones han sido capaces de movilizar multitudes. Pues las falsas noticias, en toda la multiplicidad de sus formas –simples rumores, imposturas, leyendas--, han llenado la vida entera de la humanidad. ¿Cómo nacen? ¿de qué elementos obtienen su sustancia? ¿cómo se propagan, y ganan amplitud a medida que pasan de boca en boca o de escrito en escrito? No hay preguntas que ameriten más que estas el apasionar a todos aquellos a los que les gusta reflexionar sobre la historia”. Escribiendo *Los reyes taumaturgos*, Bloch había encontrado esa historia “más profunda”, la que podría resolver las dudas sobre el grado de certidumbre de la investigación histórica respecto de las ciencias de la naturaleza. Aquí, el alejamiento de la generación anterior de los historiadores Langlois y Seignobos es tajante.

Es verdad, como ya fue señalado²⁹, que estos últimos, en su manual de metodología mencionado, habían destacado la mayor “certidumbre” de los fenómenos (“opiniones”,...doctrinas,... conocimientos”) que constituyen los objetos de la historia del arte, de la literatura, de las ciencias, filosofía, derecho, e incluso de las creencias populares. Pero más allá de estas “historias especiales”, habían postulado una “historia general”, identificándola con la historia política tradicional, “événementielle”, en la cual está depositado “*el elemento propiamente histórico*” [cursiva nuestra] “porque es un hecho que ciertos actos han sido la acción de un hombre o de un pequeño grupo determinado en un momento específico”.

La oración de Bloch arriba citada, entonces, si no era nueva en el plano metodológico, si era por lo menos indicativa de una orientación que rechazaba esa historiografía exclusiva y superficialmente política, y eso en nombre de una historiografía más “profunda”, de más largo aliento y lista para medirse con la anterior incluso sobre temas específicamente políticos, como tendremos ocasión de observar. Bloch ya no abandonaría este enfoque, y es significativo que aquella oración, unida con algunas páginas internas del ensayo sobre las “Falsas noticias”, reaparezcan dentro del argumento del *Oficio de Historiador*.

Bien podemos decir, retomando una definición propuesta por el mismo Bloch para otra gran investigación de historia de las mentalidades, *El gran pánico de 1789* de Georges Lefebvre, que la temática de *Los reyes taumaturgos* es una “gigantesca falsa noticia”: la creencia del poder milagroso de los reyes de Francia e Inglaterra para curar a los escrofulosos. Bloch utilizó con extrema habilidad esta creencia, este fenómeno aparentemente insignificante, como un hilo conductor, o si se quiere como un sismógrafo muy sensible, para ser capaz de registrar con precisión y elegancia fenómenos fundamentales de la historia europea, como los azares del poder monárquico y las ideologías a él relacionadas, desde el Medievo hasta la era moderna.

En efecto, la investigación de Bloch se mueve en dos niveles. Por un lado, el milagro real es desmitificado (y como ya se ha dicho, esto se hace con una ironía de tinte volteriano), y la génesis de la creencia es remitida, con la ayuda de un método crítico muy estricto, hacia un muy preciso designio político-dinástico. Pero por otro lado somos conducidos, más allá de la leyenda, del “error”, hacia una verdad más profunda, la de las “representaciones

²⁹ Cfr. G. Arnaldi, Introducción a M. Bloch, *Apología della storia o mestiere dello storico*, Turín, 1969, p. XXXIII, que corrige e integra lo que escribí sobre este punto, en un estudio que apareció en *Studi Medievali* (3ª serie, VI, 1965) y que aquí retomo parcialmente. Para mis desacuerdos con Arnaldi, véanse los argumentos siguientes de este mismo texto. Incidentalmente, tómese nota de que Langlois y Seignobos, en su manual, mencionan la “historia-batalla”, pero no la rechazan en lo más mínimo (*Introduction aux études historiques*, París, 1898, p. 205; cfr. en cambio Arnaldi, Introducción, *op. cit.*, p. XVIII).

colectivas” que permitieron afirmar y difundir esa fe en el poder taumáturgico de los reyes franceses e ingleses. Por eso, muchos años más tarde, en el *Oficio de Historiador*, Bloch escribirá que la tarea de su generación había sido la de conciliar la rectitud erudita de Langlois y Seignobos, con la amplitud problemática de Durkheim. Y el entretenerse de estos dos niveles de la investigación en *Los reyes taumaturgos* —a lo cual corresponde, en el plano estilístico, una mesurada sucesión desde la irónica complacencia de la inteligencia desmitificadora del historiador, hasta la conmovida, aunque controlada participación en las ilusiones de los pobres enfermos—, es un buen ejemplo del cumplimiento de esta tarea mencionada.

Pues el haber recurrido en este libro a una expresión clave como la de las “representaciones colectivas”, es un testimonio que comprueba cómo Bloch recuperó y aprovechó las lecciones durkheimianas. Sin duda, en este proceso de maduración metodológica, fueron importantes tanto el ambiente particularmente vivo de la Universidad de Estrasburgo, en donde Bloch enseñó desde 1919, y su encuentro y amistad duradera con Lucien Febvre (el Febvre del libro sobre la región de la *Franche-Comté*), como también los vínculos cada vez más estrechos con varios estudiosos que se apoyaban en los trabajos de Durkheim, como Charles Blondel y Maurice Halbwachs, autores respectivamente, de libros como *Introducción a la psicología colectiva* y *Los marcos sociales de la memoria*, de los cuales Bloch hizo la crítica y los que discutió con particular atención.

Sin embargo, la elección del argumento de *Los reyes taumaturgos*, tema aparentemente extravagante e insignificante, casi una “curiosidad” histórica, ya estaba marcando un cambio y una profundización de sus intereses historiográficos, y ahora sabemos que esa elección es anterior, inclusive, a la llegada de Bloch a Estrasburgo. En efecto, Charles-Edmond Perrin cuenta que fue con Bloch a una excursión en la región de los Vosgos Bajos. La guerra había ya terminado, y los dos historiadores, compañeros de armas, estaban esperando la licencia, que les llegó poco después. Entonces, llegando a la cumbre del monte Haut-Barre, Bloch, mirando hacia abajo a la llanura alsaciana, habló con el amigo de sus futuros proyectos de investigación: “Cuando haya terminado con los campesinos, me pondré a estudiar el ritual de la consagración de los reyes en Reims”. De modo que aquí estaba ya la idea de *Los reyes taumaturgos*, a la cual Bloch se dedicó después de la publicación de su tesis sobre *Reyes y siervos*. Pero ¿cómo llegó a escoger, en *aquel* momento, justo ese tema?

El mismo Bloch nos aclaró en más de una oportunidad, aunque sea indirectamente, sobre la génesis de *Los reyes taumaturgos*. Un día, mientras estaba ocupado con los trabajos de teoría económica e historia de los costos de François Simiand, retomó una línea ya conocida, para esbozar una distinción entre el “experimento” (“l’expérimentation”) y la “experiencia” (“l’expérience”). Y sobre esto escribió que el “experimento” es un privilegio exclusivo de las ciencias de la naturaleza. Porque el químico o el biólogo, pueden reproducir un determinado fenómeno de laboratorio, variando eventualmente las condiciones de su entorno. En cambio, el historiador debe contentarse con la “experiencia” que le ofrece la realidad, de la cual y quizá por analogía, pueda derivar preciosas indicaciones sobre el fenómeno que estudia: algo así como lo que hace el médico con la enfermedad, que no es provocada por él, y a la que considera como una especie de “experiencia” natural.

“Es imposible provocar deliberadamente —y aun si se pudiera, nadie se atrevería a hacerlo—, un movimiento religioso”, escribirá Bloch diez años después, en un contexto un poco diferente, en su *Oficio del Historiador*. Ahora bien, la guerra, la vida de trincheras fueron, para Bloch, una especie de gigantesca “experiencia”, lanzándolo dentro de un contexto inusitado, de alguna forma artificial, que lo enfrentó con problemas anacrónicos, que eran

parecidos a los que más adelante tratará de reconstruir historiográficamente en su libro *Los reyes taumaturgos*. La censura, escribió en el ensayo anteriormente citado sobre “Las falsas noticias de la guerra”, desacreditando a los ojos de los soldados las noticias que aparecían en los periódicos, o las que llegaban, raramente, por correo, había ocasionado “una renovación prodigiosa de la tradición oral, que es la antigua madre de las leyendas y de los mitos. *Por medio de un intrépido golpe que no habría osado nunca soñar el más audaz de los experimentadores* [cursiva nuestra], la censura, aboliendo los siglos ya pasados, transporta al soldado del frente hacia los medios de información y hacia el estado de ánimo de los viejos tiempos, anteriores a la invención del periódico, de la hoja de noticias impresa, e incluso del propio libro”.

En este ambiente nacían entonces las “falsas noticias”, lo que lleva nuevamente a Bloch a plantear otra analogía: “La historia a debido conocer sociedades así de dispersas, en las que el contacto entre las diferentes células sociales no se establecía más que rara y difícilmente, en tiempos irregulares mediante los vagabundos, los limosneros y los vendedores ambulantes, y más regularmente en las ferias y en las fiestas religiosas”. En el frente, esta función de intermediarios era realizada por los encargados de enlace, los telefonistas, los técnicos de artillería, mientras que las cocinas eran el lugar privilegiado en donde nacían y se difundían las “falsas noticias”, los mitos y las leyendas de la vida de trincheras. La guerra, como observó Bloch, retomando estas páginas en el *Oficio de Historiador*, había reconstruido frente a sus ojos a una sociedad casi medieval, y a una mentalidad que le era correspondiente. Y es de esta experiencia de la que que nacen *Los reyes taumaturgos*.

Este nexo de la guerra con sus consecuencias intelectuales no debe ser subestimado. Pues el estallido de barbarie y de irracionalidad que implicó la primera Guerra Mundial, fue ciertamente un *shock* denso y cargado de consecuencias para muchos de los más lúcidos intelectuales europeos. Al respecto, es suficiente recordar el ejemplo de Freud, quien después de haber visto en la guerra la amarga confirmación de la existencia de los impulsos destructivos profundos que el psicoanálisis había percibido en el hombre, llegó incluso en un segundo momento, a revolucionar su entera teoría de los instintos, para darle en ella un lugar al “instinto de muerte”.

O para dar un ejemplo más cercano a Bloch, y en particular al Bloch de este libro de *Los reyes taumaturgos*, sería suficiente pensar en Aby Warburg quien, trastornado por la demencia, y frente al horrendo espectáculo de una guerra casi proféticamente intuida y temida, terminó introduciéndose en el estudio de la astrología y de las creencias mágicas, para exorcizar a través del dominio racional de una materia tan candente, sus propios demonios interiores. Éstos son ejemplos que nos llevan muy lejos del libro de Bloch, sobre un plano diferente y mucho más dramático. Y sin embargo, hemos visto como aún en *Los reyes taumaturgos* se puede también leer con transparencia, como en filigrana, la experiencia de la guerra. Casi parece que Bloch intentó dar forma a esa experiencia de regresión arcaica, a ese regreso de emociones irracionales y aparentemente incontrolables representado por la guerra, exaltando la tranquila confianza ilustrada que lo caracterizaba, al exaltar el poder desmitificador de la razón. Y una vez más, regresamos al entretejido de los dos niveles que caracterizan al libro.

Sabemos que, después de *Los reyes taumaturgos*, las investigaciones de Bloch tomarán otro camino. Pero también sabemos que él nunca abandonará su tendencia a reducir los problemas de la historia social o económica a los problemas de la historia de la mentalidad o de la historia psicológica. Al respecto, es suficiente recordar su interpretación subjetivista, psicológica, de la noción de “clase social”, subrayada por él con tanta

insistencia. Por otra parte, no es una casualidad que la sección sobre la mentalidad y la memoria colectiva de su libro *La sociedad feudal* sea una de las más frescas y vivas de este trabajo. Sin embargo, la tarea de volverse divulgador de un nuevo enfoque de investigación, el de la “psicología histórica”, fue asumida por un gran amigo y colaborador de Bloch, Lucien Febvre.

Y las propuestas formuladas por Febvre, en dos ensayos muy sugestivos y justamente famosos, llegaron también, esta vez, en un momento muy significativo. Miremos las fechas: “Una visión de conjunto: historia y psicología” es de 1938, y “¿Cómo reconstruir la vida afectiva de antaño? La sensibilidad en la historia” es de 1941. La exigencia de darse cuenta del peso histórico efectivo de las pasiones, de las emociones, de los movimientos irracionales designados por términos como “mentalidad” o “sensibilidad”, era formulada por Febvre como una respuesta a los problemas de su presente: la guerra, una vez más, pero una guerra perdida, junto a la apelación nazi hacia los mitos de la sangre y del suelo y la exaltación de la violencia. A pesar de las precauciones impuestas por la censura, la conclusión del ensayo de 1941 es bastante explícita.

El llamado elocuente y generoso de Febvre no pasó desapercibido: aun hoy, toda una rama de investigaciones de la “psicología histórica” o de la historia de las mentalidades, se remite a las teorizaciones y propuestas febvrianas. Sin embargo, después de casi treinta años, parece lícito decir que ni las investigaciones de Febvre, ni las de sus seguidores —y aquí también las excepciones confirman la regla—, han ido mucho más allá de la pura y simple enunciación del problema. Y se puede ver que faltando el *verbo* literario del maestro, el resto no era suficiente para cubrir las lagunas de la investigación y las debilidades de la ubicación. Por eso, libros como el de Z. Barbu, *Problems of Historical Psychology*, Londres, 1960, que replantean nuevamente las sugerencias de Febvre en un contexto diferente, nos indican que nos movemos todavía en el ámbito de las discusiones de principio, o poco más que eso.

Por otra parte, podemos decir lo mismo de las confutaciones y polémicas suscitadas por este tipo de investigaciones. Nos da la impresión de que el impulso dado por Febvre, con sus famosos ensayos y estudios, a las investigaciones de la “psicología histórica”, ha sido en realidad un falso punto de partida. Una confirmación de esto, por ejemplo, es que las fascinantes investigaciones de Jean-Pierre Vernant (*Mito y pensamiento en los griegos*, 1965), aun definiéndose desde el subtítulo como *Estudios de psicología histórica*, evitan casi deliberadamente hacer referencias a Febvre y a sus continuadores, mencionando en cambio los estudios de I. Meyerson. Y la invitación a los psicólogos para abrirse a la consideración de la dimensión histórica, hecha por Meyerson en *Las funciones psicológicas y las obras* (1948), se puede ver sin duda como una confirmación de la urgencia y oportunidad de los planteamientos de Febvre. Por otra parte, encontrar en la portada de esta misma obra de Meyerson, una dedicatoria a Charles Seignobos —o sea, al historiador en contra del cual Febvre dirigió innumerables sarcasmos y polémicas, como el representante típico de la mal afamada “historia historisante”—, suena casi como una contraprueba paradójica de la ajenidad entre estas dos ramas de la investigación, no obstante la palabra compartida de “psicología histórica”.

Aunque *Los reyes taumaturgos* no hayan ejercido ninguna influencia, ni siquiera indirecta, sobre estos desarrollos posteriores, debemos a ellos mismos —y especialmente a las propuestas de Febvre—, el que hoy tengamos espontáneamente una inclinación a leer este libro de Bloch como si fuese una investigación histórica de las mentalidades. Ciertamente, *Los reyes taumaturgos* nos parece en este sentido una investigación admirable, por su carácter tan concreto, que resalta en comparación con ciertas páginas

sugestivas pero a menudo demasiado genéricas y demasiado literarias del mismo Febvre (pensamos por ejemplo en la última parte de su famoso libro *El problema de la incredulidad religiosa en el Siglo XVI*), y por la gran capacidad de penetración y la enorme inteligencia de la cual Bloch da prueba aquí, obteniendo indicaciones preciosas de una documentación árida, como por ejemplo, la de los registros de las Cuentas de los reyes ingleses.

Sin embargo, para evitar una lectura demasiado unilateral, deberíamos de tener presente la definición dada por el mismo Bloch de su libro, al afirmar que se trata de “una contribución a la historia política de Europa, en el sentido más amplio de estos términos, en el verdadero sentido de los mismos”. “Sobre todo Imperio, Realeza, ¿qué resonancia tenían éstas grandes palabras en las almas de quienes vivieron estas realidades? Seguramente, no la misma que tienen hoy en día”, afirmaría algunos años después Marc Bloch, en la reseña crítica de un libro de Louis Halphen sobre la historia política de Europa en los siglos XI y XII. *Los reyes taumaturgos* pretenden contribuir, justamente, a entender esta “resonancia” específica, la que no es el último de los motivos de la tenaz persistencia del poder monárquico.

Pues más allá de los mecanismos de organización administrativa, judicial, financiera, que los reyes imponían a sus súbditos, debemos, una vez más, tratar de alcanzar el nivel de lo cotidiano, aquél de las “creencias y... las fábulas que florecían en torno de las casas principescas”. Y debemos de recordar, para poder tener la verdadera medida de la novedad de este enfoque blochiano, la definición perentoria y un poco desdeñosa, que Langlois y Seignobos dieron sobre este problema en su famoso Manual: “Leyendas y anécdotas no son, a fin de cuentas, más que creencias populares, las que de modo arbitrario se vinculan con ciertos personajes históricos, pero ellas sólo forman parte del *folklore*, más no de la historia”. Ampliando en cambio, de manera radical, su acercamiento hacia este problema de la realeza, Bloch se incorporaba ciertamente dentro de una discusión historiográfica ya existente, como lo atestiguan también sus reseñas de los estudios de Kern y Schramm, que aparecieron igualmente por esos mismos años.

Pero la originalidad de su libro, que ha asegurado su vigencia aun más allá del círculo de los meros especialistas, consiste ciertamente, más que en la novedad de los resultados, en el modo de aproximación desarrollado en esta misma investigación. Pues el hecho de recurrir a una documentación dispersa y muy variada —que incluye desde escritos de teólogos, médicos, juristas, y disertaciones políticas o Actas administrativas, hasta hallazgos folclóricos, pinturas, inscripciones, Crónicas, y *Canciones de gesta*, lo que nos recuerda inevitablemente a las interesantes investigaciones que en esos mismos años llevaban a cabo Aby Warburg y sus continuadores—, para reconstruir un problema histórico único, hace de *Los reyes taumaturgos* un claro ejemplo concreto de esa “aproximación interdisciplinaria” de la que tanto se habla entre nosotros, a pesar de que muy rara vez llegamos realmente a ponerla en práctica.

Por otro lado, y a la luz de las discusiones suscitadas por el ensayo de Fernand Braudel sobre la “larga duración” (en torno a las cuales deberíamos también recordar el viejo ensayo de Claude Lévi-Strauss sobre “Historia y Etnología”, republicado después como ‘Introducción’ del libro *Antropología Estructural*), llama la atención la articulación lograda en *Los reyes taumaturgos* entre el plano de la política, de las intervenciones individuales, de los cálculos, y de todo lo que, con un término significativo, Bloch define como el “azar”, y el plano profundo, espontáneo e inconsciente de las “representaciones colectivas”, haciendo de este libro clásico un libro muy vivo y actual.

Y sí, como escribía Lévi-Strauss en el ensayo arriba mencionado, “todo buen libro de historia... está necesariamente impregnado de etnología” -citando al respecto *El*

problema de la incredulidad religiosa en el Siglo XVI de Febvre—, en la medida en que trata de rescatar, indirectamente, actitudes y representaciones inconscientes, entonces esa afirmación es mucho más válida todavía para *Los reyes taumaturgos*. Y aún más, es muy significativo que en éste último libro, esa dimensión “etnológica” (que nada tiene que ver, naturalmente, con el justo rechazo por parte de Bloch del comparativismo genérico e indiferenciado) se inserte, vitalizándola, dentro de una aproximación que es relativamente un poco más tradicional.

*

*

*

Capítulo 3. Lo que es posible derivar de un espacio en blanco. Una reflexión de método entre Flaubert y Marc Bloch.³⁰

1. El espacio en blanco del que hablaré en este ensayo, es sin duda el más célebre dentro de toda la historia de la novela. Lo encontrarnos hacia el final de libro *La Educación Sentimental* de Gustave Flaubert, entre el V y VI capítulos de la tercera y última parte de esta obra. La pertinencia de este pasaje ha sido subrayada por vez primera, si no me equivoco, por Marcel Proust, en su muy notable artículo sobre el estilo de Flaubert, publicado en la *Nouvelle Revue Française* en 1920.

“En mi opinión”, escribe Proust, “lo más bello dentro de *La Educación Sentimental* no es una frase sino un espacio en blanco. Flaubert acaba de describir, de contarnos durante largas páginas las acciones más pequeñas de Federico Moreau. Entonces Federico ve a un agente policiaco que avanza con su espada en la mano sobre un insurgente, el que en el acto cae muerto. ‘Y Federico, boquiabierto, reconoce a Senecal’. Aquí hay un *espacio en blanco*, un enorme blanco, y sin siquiera la sombra de una transición, súbitamente la medida del tiempo pasa de ser de cuartos de hora a ser de años e incluso de décadas (retomo las últimas palabras que he citado para mostrar este extraordinario cambio de velocidad que llega sin ninguna preparación):

Y Federico, boquiabierto, reconoce a Senecal.

Él viajó.

Conoció la melancolía de los barcos y los fríos despertares bajo las tiendas de campaña, etc. Regresó.

Convivió con el mundo, etc.

Hacia el fin del año 1867 (desde marzo de 1867), etc.

Sin duda en Balzac, nosotros podemos encontrar frecuentemente referencias como: ‘En 1817, los Séchard eran o estaban, etc.’. Pero en Balzac esos cambios de tiempo tienen un carácter activo o documental. Mientras que Flaubert es el primero en desembarazar estos cambios de tiempo del parasitismo de las anécdotas y de los resabios de la historia. El primero que en lugar de esto les ha puesto música”.

La oposición que Proust establece aquí entre dos maneras de abordar la narración del tiempo, fundada una sobre los “resabios de la historia”, y la otra sobre “la música”, me servirá como punto de partida de mis reflexiones.

³⁰ Este texto es una versión ligeramente modificada, por el propio Carlo Ginzburg, de la versión original publicada primero en inglés, en el libro *History, Rethoric and Proof*, Ed. University Press of New England, Hanover, 1999, y luego en italiano en el libro *Rapporti di forza*, Ed. Feltrinelli, Milán, 2001. Esta versión fue ligeramente modificada, suprimiendo por ejemplo las notas de pie de página, y enfatizando más los puentes del argumento general con los textos de Marc Bloch, por el propio Carlo Ginzburg, cuando fue presentada como Conferencia Inaugural de una de las reuniones anuales de la Asociación Marc Bloch en París. La traducción al francés, desde la que está hecha esta versión en español, fue obra de Etienne Bloch, quien comunicó esta versión directamente a Carlos Antonio Aguirre Rojas, por lo que este texto se publica hoy por vez primera en todo el mundo, en esta versión en español.

2. Proust era particularmente sensible, por razones personales, al poderío con el cual Flaubert transmite el curso del tiempo, lo que es evidente cuando afirma “porque ahí reencuentro la conclusión o el desenlace de modestas investigaciones que yo mismo he realizado”. Aunque Proust no apreciaba especialmente a Flaubert (un escritor “que no amo demasiado”), él se había intoxicado verdaderamente de Flaubert, al que consideraba un veneno del que trata de purgar su estilo, llegando incluso a afirmar “una horrible combinación del estilo de Flaubert en su prolongación del asunto Lemoine”. Y en verdad el comentario sobre el espacio en blanco de Flaubert, arroja mucha luz sobre el propio estilo de Marcel Proust.

El crítico francés Albert Thibaudet, en un artículo que es una curiosa mezcla de observaciones banales y de señalamientos luminosos, y que había provocado por parte de Proust una magnífica respuesta, había ya señalado la incomparable “variedad de cortes” que era dominada por Flaubert: “no hay comas más significativas, ni detenciones de todo género que sean más nerviosas”. A la lista esbozada por Thibaudet se puede agregar un ejemplo impresionante, que se encuentra entre el V y el VI capítulo de la primera parte de *La Educación Sentimental*. Allí la señora Moreau acaba de anunciar a su hijo Federico que su herencia se ha evaporado, (que él no puede ya contar con la herencia que pensaba, la cual se ha desvanecido). Ella le explica entonces que para “encontrar un buen partido”, será necesario que se ponga a trabajar:

“Federico no entendía nada. Miraba maquinalmente por encima de la cerca hacia el jardín contiguo que estaba enfrente.

Una pequeña niña de alrededor de doce años, que tenía los cabellos rojos, se encontraba allí completamente sola. Se había hecho unos aretes con las bayas de una planta, su corsette de tela gris dejaba al descubierto sus hombros, un poco tostados por el sol; manchas de mermelada se podían ver en su vestido blanco y había como una suerte de gracia de persona salvaje en toda ella, al mismo tiempo nerviosa y grácil. La presencia de un desconocido le asombraba, sin duda, porque ella se detuvo bruscamente con su regadera de plantas en la mano, y le dirigió una mirada directa con sus ojos de un verde azul límpido.

‘Es la hija del señor Roque, dijo la señora Moreau, él acaba de casarse con su sirvienta y de reconocer legítimamente a su hija’.

El V capítulo se termina aquí. Y el VI capítulo comienza entonces:

‘¡Arruinado, despojado, perdido!’”

La descripción de la pequeña niña, vista a través de los ojos ausentes de Federico, retrasa su reacción, y en consecuencia hace mucho más lenta la narración. Retrospectivamente, el lector se va a dar cuenta que la súbita aparición de la niña tiene un sentido casi profético; en efecto, ulteriormente su padre tratará de hacer que ella se case con Federico, un matrimonio que habría llenado las expectativas y cumplido los proyectos de la señora Moreau. Pero la primera reacción del lector de Flaubert, confrontado al súbito enlentecimiento de la narración, habría provocado un sentimiento de frustración, porque esto está en contradicción con las esperanzas que se fundan a partir de por ejemplo las novelas de Balzac, como lo ha mostrado muy bien Peter Brooks.

De un lado una súbita aceleración, obtenida gracias a un espacio en blanco; de otra parte un súbito enlentecimiento, resultado de una digresión inesperada y reforzado por el

fin abrupto del capítulo, antes de alcanzar su culminación emocional (“¡Arruinado, despojado, perdido!”). La “música” que Proust adoraba en las novelas de Flaubert, era una música sobre todo visual. Porque ninguna pausa hecha en una lectura en voz alta, habría podido provocar el choque aportado por el paso de un párrafo al siguiente.

Una transición súbita al interior de un mismo párrafo, transmite un shock visual similar al que estamos mencionando. Este ejemplo elocuente lo encontramos en el célebre pasaje de *Madame Bovary*, en el que los sueños románticos de Emma se evaporan frente a la dura realidad de la vida cotidiana:

“... los días, todos ellos magníficos, se conjuntaban entre sí como ondas; y esto se balanceaba en el horizonte infinito, armonioso, azul, cubierto de sol. Pero el niño se ponía a toser en su cuna, o bien el señor Bovary ronca más fuerte, y Emma no logra dormirse más que ya entrada la mañana, cuando el alba comenzaba a blanquear todos los rincones, y cuando el pequeñito Justin, en la plaza del pueblo, abría las puertas de la farmacia”.

Empleando el mismo tiempo del verbo “*todo se balanceaba... pero el niño se ponía a toser*”, Flaubert, como lo ha notado Thibaudet, convierte a los sueños de Emma en algo tan real como los ruidos de su recámara. Comentando el mismo pasaje, Gérard Genette había señalado que en el manuscrito de Rouen de *Madame Bovary* se lee, en lugar de esta versión definitiva, lo siguiente: “Pero el niño, súbitamente, se ponía a toser”. Suprimiendo entonces el adverbio de tiempo *súbitamente*, Flaubert acentuó esa continuidad entre el sueño y la realidad.

Escudriñando la sección adecuada de los manuscritos de *La Educación Sentimental*, yo descubrí, con una cierta emoción, esta misma lógica aplicada a esta segunda obra. Flaubert se detiene, tacha, y recopia infatigablemente (hasta el punto de que él habría muy bien podido decir: ¡Bouvard y Pécuchet, soy yo mismo!) el comienzo del VI capítulo de la tercera parte. Así, en su primer manuscrito, el pasaje se lee así: “Después, él viajó”. Pero este adverbio de tiempo ha debido desaparecer algún tiempo antes de la publicación, quizá en la versión manuscrita definitiva, lo que no he podido aún verificar. Pero gracias a esta supresión, la transición toma una forma más aguda, más abrupta, más coherente con la armonía sombría del estilo de Flaubert:

“Él viajó”.

3. Dentro de este ejemplo (uno entre millares que pueden ser citados), del exigente trabajo de Flaubert, Marcel Proust habría probablemente visto una nueva victoria de la “música” sobre los “resabios de la historia”. En cambio, mi propia conclusión es diferente, e incluso opuesta a la de Proust. Pues yo voy a tratar de demostrar, utilizando a Flaubert como estudio de caso, que el estilo y la historia lejos de excluirse mutuamente, no pueden existir el uno sin el otro.

Proust presenta el espacio en blanco de Flaubert como un mecanismo formal. Debemos, no obstante, subrayar que el espacio en blanco refuerza el choque producido por el súbito y brusco giro de la trama de la novela. El manuscrito de *La Educación Sentimental* muestra cómo este giro se impone casi por sí mismo, si podemos decirlo así, al propio Flaubert. Porque él había garabateado primero: “un murmullo de horror dentro de la multitud. El agente la mira y el círculo se amplía. Él se pone en marcha y entonces FE(derico)... creyó reconocer a Sen(ecal)”. En la versión siguiente, Flaubert escribió: “un murmullo de horror se elevó dentro de la multitud. El agente amplió el círculo con su mirada,

[se puso en marcha, *tachado*] y Federico... [creyó reconocer, *tachado*] reconoce a Senecal". Después, el rostro completo de Senecal hace su aparición y Flaubert encuentra finalmente *la palabra precisa*, el adjetivo que le faltaba y que estaba buscando "y Federico, boquiabierto, reconoce a Senecal".

Cada uno de los lectores de *La Educación Sentimental* comparte con Federico su estupefacción, cuando él reconoce con horror, en el agente que acaba de matar a Dussardier, a Senecal. Y esto, no obstante que había sido de alguna manera preparado para esto por un pasaje del capítulo precedente, en donde se decía: "Senecal se declaró partidario de la autoridad (...). ¡Viva la tiranía, en la medida en que el tirano haga el bien! (...). Los conservadores hablaban ahora igual que Senecal". Dussardier y Senecal se conocían, eran políticamente próximos, y estando de otra parte muy alejados el uno del otro en muchos aspectos, frecuentaban los mismos círculos.

Dussardier, empleado de una tienda, una especie de Hércules generoso, "cuya cabellera, una especie de conjunto de estopas, desbordaban bajo un gorro de hule", aparece por primera vez arrojando al suelo a un policía, el que durante una manifestación política le había dado un violento golpe a un jovencito que lo desafiaba. A su vez, Senecal, un profesor de matemáticas, es descrito por primera vez a través de la mirada de Deslauriers como un "hombre de cabeza fuerte y de convicciones republicanas, un futuro Saint-Just". Pero cuando Federico lo encuentra, a él no le agrada para nada: "su frente parecía más alta, por el tipo de corte de sus cabellos en forma de cepillo. Algo duro y frío percibía en sus ojos grises, y su largo abrigo negro, así como toda su vestimenta, le daban la impresión de estar frente a un pedagogo o un eclesiástico". Después nos daremos cuenta de que esos indicios fisionómicos, estarán de acuerdo con las convicciones ideológicas de Senecal:

"Cada tarde, cuando había terminado sus labores, él regresaba a su casa y buscaba en los libros elementos para justificar sus propios sueños. Había anotado *El Contrato Social*. Se alimentaba leyendo la *Revue Indépendante*. Conocía los textos de Mably, Morelly, Fourier, Saint-Simón, Comte, Cabet, Louis Blanc y toda la larga lista de escritores socialistas, aquellos que le proponían a toda la humanidad vivir, según él, una vida a nivel de tugurio, los que querían, según su opinión, arrojarla hacia un lupanar o encerrarla en una oficina de contabilidad. Y de la mezcla de todo esto, se había formado un ideal propio de una democracia virtuosa, que sería algo así como mitad granja y mitad taller de hilados, una suerte de Esparta americana en la que el individuo no existiría más que para servir a la sociedad, la que sería más omnipotente, absoluta, infalible y divina que los grandes Lamas o los Nabucodonosores. No tenía duda sobre la eventual realización próxima de esta concepción, y todo lo que juzgaba que le era hostil, Senecal se encarnizaba en combatirlo con razonamientos de geómetra y con una postura de inquisidor. Los títulos nobiliarios, las cruces, las coronas, los vestidos lujosos sobre todo, e incluso las reputaciones demasiado llamativas lo escandalizaban, y entonces tanto sus estudios como sus sufrimientos avivaban cada día su odio esencial frente a cualquier distinción o superioridad".

Flaubert ha sido, probablemente, el primer escritor que ha sabido explotar plenamente las potencialidades del *discurso libre indirecto*. Él ha empleado este procedimiento a través de la ausencia de comillas, para establecer una distancia entre él y las palabras y los pensamientos de esos personajes, en el acto mismo de su presentación. Pero en el pasaje de la página uno que acabo de citar, no existe ninguna distancia, "aquellos

que le proponían a toda la humanidad vivir, según él, una vida a nivel de tugurio, los que querían, según su opinión, arrojarla hacia un lupanar o encerrarla en una oficina de contabilidad”: no es aquí Senecal el que habla, es la voz misma de Flaubert la que se escucha hablar llena de miedo y de horror.

Porque algunos días antes del *golpe de Estado* de Luis Napoleón Bonaparte, Flaubert le había escrito a su amiga Henriette Collier: “Vamos a entrar en una época muy triste. Y yo cambiaré para estar tan triste como ésta época”. Ya que la emergencia de un fenómeno sin precedente en la historia, el de un Imperio que había adquirido su legitimidad mediante el sufragio universal, había convencido a Flaubert (igual que a otros conservadores lúcidos, como Tocqueville y Burckhardt), de que las sociedades modernas se dirigían hacia una especie de democracia autoritaria.

Y la trayectoria específica seguida por Senecal, desarrolla esta misma contradicción. Porque cuando Senecal fue encarcelado como conspirador, antes de 1848, su ingenuo camarada Dussardier deploró su suerte y lo consideró una víctima del poder. Pero el 2 de diciembre de 1851, Dussardier es asesinado por Senecal, es decir, por el revolucionario que se ha convertido en policía, lo que parece una amenazante anticipación del siglo XX. El pasaje sobre las ideas políticas de Senecal ha sido recordado por Souvarine en su obra sobre Stalin. Y en la reseña de este libro, Pierre Kahn ha hablado incluso de “estatismo a la Flaubert”.

4. Pero un procedimiento formal como el espacio en blanco, evoca también al propio siglo XX. Gerard Genette, después de haber observado que tanto el cine como el estilo de Flaubert tienen en común que ambos resisten a la “interiorización”, presenta dos detalles tomados respectivamente de *La Educación Sentimental* y de *Madame Bovary*, como si fuesen ‘primeros planos’ en el sentido cinematográfico de este término. Y otro crítico, Pierre-Marc de Biasi, habla de la costumbre de Flaubert de fragmentar la realidad en pequeñas escenas, como una anticipación del cine. Siguiendo ambas sugerencias, uno está tentado a considerar la escena de la muerte de Dussardier, de la que voy a dar ahora la cita integral, como una especie de proceso de montaje cinematográfico *avant la lettre*:

“Eran las cinco horas y una lluvia fina caía. Los burgueses ocupaban la banqueta del lado de la Ópera. Las casas de enfrente estaban cerradas. No había ninguna persona en las ventanas. A todo lo largo del boulevard, los soldados llamados dragones galopaban detrás del tren, inclinados sobre sus caballos con el sable desenvainado. Y con las crines de sus cascos, y las grandes telas blancas que, tras el paso de ellos y bajo la luz de las lámparas de gas se dibujaban en el viento bajo la bruma. La multitud los miraba muda y aterrorizada.

Entre una y otra carga de la caballería, escuadras de guardias municipales a pie, atacaban también, para hacer replegarse a toda la gente hacia las calles. Pero sobre el camino de Tortonni un hombre, Dussardier, que podía verse desde lejos debido a su gran talla, quedaba en pie sin moverse ni un milímetro.

Uno de los agentes que marchaba a la cabeza, lo traspasa con sus ojos y lo amenaza con su espada. El otro, entonces, avanza un paso y se pone a gritar ¡Viva la República!

Y cae sobre su espalda con los brazos en cruz.

Un murmullo de horror se elevó dentro de la multitud. El agente amplió el círculo con su mirada, y Federico, boquiabierto, reconoce a Senecal.

VI

Viajó.

Conoció la melancolía de los barcos, los fríos despertares bajo las tiendas de campaña, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la tristeza de las simpatías interrumpidas”.

La analogía entre el proceso de montaje, y algunos de los aspectos que acabamos de ver en el estilo de Flaubert, necesita ser esclarecida. Podríamos comenzar por una observación respecto de la historia de la fotografía, cuyo “más grande misterio” habría sido, según ciertos historiadores, su tardía invención. Como los principios en los que se basa, tanto ópticos como químicos, eran ya antes conocidos, los primeros desde hacía cuatro siglos, y los segundos cien años antes de la invención de la fotografía, entonces ¿cómo es que la fotografía no nació más que solamente en las primeras décadas del siglo XIX? Esta pregunta debe retumbar en los oídos de todos los lectores que están familiarizados con la obra de Marc Bloch. Pues en su gran artículo “Advenimiento y conquista del molino de agua”, Bloch ha transformado otro caso de una invención tardía, la del molino de agua, en un poderoso manifiesto en pro de una historia de las técnicas que debería siempre tomar en cuenta a la historia social, a la historia cultural, etc.

Peter Galassi, el historiador americano del arte que ha publicado su libro *Antes de la Fotografía*, basado en una exposición presentada en 1981 en el Metropolitan Museum, no conocía muy probablemente el artículo de Bloch recién mencionado. Pero Galassi ha comprendido también que la explicación del carácter tardío de la invención de la fotografía, debería ser buscada dentro de un contexto cercano al hecho, es decir, en el desarrollo dentro del Occidente, de la pintura de Paisajes desarrollada entre 1780 y 1830. De modo que una hipotética obra que podría llevar el título de *Antes del Cine* habría podido desarrollar su argumento perspicuo, reconstruyendo esa historia del cine antes del cine, al mismo tiempo dentro del dominio de las artes visuales, y también dentro del dominio de la literatura.

Pero el capítulo esencial de este libro imaginario ha sido ya escrito: es un capítulo sobre el montaje. Porque en un artículo muy conocido, “Mundo e Imagen”, Sergei Eisenstein había dado una interpretación de las notas de Leonardo Da Vinci sobre su cuadro del Diluvio como un ejemplo de “notas de una filmación”, y otra interpretación de un pasaje de la novela *Bel-Ami*, como un ejemplo del montaje. Pero los textos de Flaubert habrían podido servir de ejemplo tan eficaz como la novela de Guy de Maupassant para ilustrar las ideas de Eisenstein:

“La fuerza del montaje consiste en el hecho de que combina dentro del proceso creativo, las emociones y el espíritu del espectador. El espectador está obligado a seguir el mismo camino que el autor, el que se desplaza en el momento de crear la imagen. Porque el espectador no solamente ve los elementos representados en el trabajo acabado, sino que experimenta también el proceso dinámico del nacimiento y del ensamblaje de las imágenes tal como las experimentó el propio autor”.

Uno de los primeros autores de las reseñas de *La Educación Sentimental*, el crítico Edmond Scherer, planteó la objeción de la fragmentación demasiado grande de la novela:

“La obra no está articulada. Vemos pasar frente a nosotros personajes, escenas, pero como si se tratara de un azar. Diríamos que estamos frente a una sucesión de cuadros, o a una colección de fotografías... pero los episodios no llevan a ninguna parte”.

Algunos meses antes, Scherer había, según él, vapuleado a Baudelaire calificándolo de ser un escritor corrompido, “un hombre sin genio”. Pero su crítica de *La Educación Sentimental*, que suscitó la reacción sarcástica de Flaubert, tenía un tono menos filisteo. Scherer, de alguna manera, anticipó la célebre definición de *La Educación Sentimental* que diez años más tarde dio Théodore de Bainville: “la novela *no novelada*, triste, indecisa, misteriosa como la vida misma”. Pero a los ojos de Scherer, esa “falta de decisión” representaba su más grande debilidad: “a fuerza de ser realista”, escribió Scherer, “él [Flaubert] es real sin duda, pero a fuerza de ser real deja de interesarnos”. Pues para hacer que la realidad sea interesante hay que inyectarle sentido, lo que ni la fotografía ni Flaubert, según Scherer, eran capaces o incluso deseaban hacer.

Puede ser que la referencia de Scherer a la fotografía contenía una alusión a Maxime Du Camp, uno de los más viejos amigos de Flaubert (los dos, en su juventud, habían escrito juntos un diario de viaje, publicado parcialmente dentro del libro *Por los campos y las playas*. Y además de ser escritor, Du Camp era un fotógrafo profesional. En 1851 publicó una selección de calotipos realizados durante sus viajes con Flaubert, en el Oriente y durante tres años: tres volúmenes in folio, cuyo título era *Egipto, Nubia, Siria. Paisajes y Monumentos*. El ejemplar que consulté en las colecciones particulares de la Universidad de California en los Ángeles, contiene una dedicatoria manuscrita del propio Du Camp, y había sido anteriormente propiedad de Pierre Louÿs.

El pasaje en el cual Flaubert describe los viajes de Federico, afirmando “conoció la melancolía de los barcos, los fríos despertares bajo las tiendas de campaña, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la tristeza de las simpatías interrumpidas”, suena como una referencia a sus propios viajes con Maxime Du Camp, cuyo eco se encuentra en el libro de este último *Recuerdos del año 1848*: “conocí la fatiga de los lentos reconocimientos hechos a lo largo de toda la ciudad, la melancolía de las noches pasadas en el puesto de vigilancia, el aburrimiento enervante de los tiempos largos”. Esta alusión correspondía al hecho biográfico de que los nombres de los tres amigos, es decir, del propio Du Camp, de Flaubert y de Louis Bouilhet, eran señalados todo el tiempo como testigos de los acontecimientos de la revolución de 1848, acontecimientos que también han sido abordados en *La Educación Sentimental*. Por eso, en la Introducción de sus *Recuerdos del año 1848*, Du Camp había escrito:

“Me decidí a escribir lo que recordaba de las jornadas del 22, 23 y 24 de febrero de 1848. Pero a medida que me planteaba preguntas sobre estos recuerdos, la bobina de mi memoria se desplegó por sí misma, como las escenas en movimiento de los ópticos; vi pasar frente a mis ojos los acontecimientos a los cuales había asistido...”.

“La bobina de mi memoria se desplegó por sí misma”, lo que evoca inevitablemente al cine para un lector de finales del siglo XX. El pasado es como un film y la memoria es como su cámara: “Vi pasar frente a mis ojos los acontecimientos a los cuales había asistido”. Pero en 1876 esta referencia debería ser muy distinta. Literalmente, la “bobina” era la bobina de un telar invocado por Maxime Du Camp como uno de los símbolos del progreso en su libro *Cantos Modernos*, un libro que nos recuerda de manera irresistible la broma de Thibaudet según la cual “el destino inteligente había... ubicado al Sr. Homais al

lado de [Flaubert], bajo el nombre de Maxime Du Camp". En esos *Cantos Modernos*, la "bobina" figuraba dentro de una lista al lado de "la fotografía", "el vapor", "la locomotora", etc., dentro de una lista de poemas titulados "Cantos de la materia" y dedicados a Charles Lambert, un discípulo de Saint-Simón que había pasado muchos años en Egipto, como director de una Escuela Politécnica fundada por Mehemet-Ali.

A través de la "bobina", la vieja metáfora del hilo de la memoria se ponía ahora en relación con otra parte de la tecnología moderna, "las escenas en movimiento de los ópticos", lo que probablemente es una alusión al *diorama*, inventado por Daguerre y que ha sido un eslabón decisivo en la cadena histórica que condujo finalmente a la invención del cine. Y en la parte consagrada a los *Panoramas*, en su *Libro de los Pasajes*, Walter Benjamín había observado que cambiando las luces detrás de la representación de un amanecer, el diorama había sido capaz de comprimir en unos pocos minutos una secuencia que en la naturaleza real se producía en un tiempo que podía ser quizá hasta de una hora.

Esta experiencia de una aceleración sin precedente, nos da el contexto histórico de algunos de los aspectos más osados del estilo de Flaubert. Pues cuando Daguerre habla orgullosamente de su "descomposición de las formas, por medio de las cuales, dentro de la *Misa de medianoche*, por ejemplo, había figuras que aparecían donde antes se veían sillas", se piensa de inmediato en otro ejemplo de "descomposición", es decir, en la transición mencionada antes entre los sueños de Emma Bovary y la triste realidad que la circunda.

Pero esa nueva forma de visión engendrada por el diorama era reforzada por el ferrocarril, otro medio, según Du Camp, (quien le consagró incluso un poema), de aumentar las capacidades de los sentidos, al transformar a los hombres en dioses: "que sean nuestros el cielo, la tierra y el mar/ que sea nuestro el fuego de los cerebros/ que sea nuestra la naturaleza profunda/ ¡porque nosotros somos los nuevos dioses!/ nosotros centuplicamos los sentidos del hombre/ y el edén les será devuelto/ así que mordamos sin pecado la manzana/ que brilla en el árbol prohibido/ etcétera". Como lo ha mostrado bien Schivesbuch, el ferrocarril le ofrece al viajero asombrado (como lo expresó un observador francés contemporáneo) "escenas alegres, escenas tristes, intervalos burlescos, fuegos de artificio esplendentes".

El estilo fragmentario de Flaubert y particularmente sus descripciones de paisajes de la ciudad y del campo, vistos a través de los ojos de sus personajes, revelan las implicaciones de las nuevas técnicas y particularmente la experiencia exaltante que daba el ferrocarril. En el pasaje que citaremos a continuación, se ve a Federico Moreau desplazarse, primero en tren y luego en coche con la Sra. Dambreuse, esperando vanamente a la Sra. Arnoux en las calles de París, en medio de una multitud de gente que protesta y de soldados:

"A derecha e izquierda, amplias planicies verdes se extendían; el tren rodaba; las casitas de las estaciones se desplazaban como decorados y el humo de la locomotora, que se volcaba siempre del mismo lado, emitía gruesos copos de humo que danzaban sobre la yerba un poco de tiempo y luego se dispersaban".

"Ella lo llevó en su coche, la lluvia golpeaba las ventanillas, lagenteque pasaba como sombras se agitaba marchando bajo el lodo, y apretados los unos contra los otros, percibían todo esto confusamente, con un desdén tranquilo".

Al final de la perspectiva, sobre el boulevard, grupos de personas se desplazaban confusamente. “Él distinguía a veces el copete de un soldado dragón, o un gorro de mujer, y entonces aguzaba su mirada para tratar de reconocerla”.

He comenzado por un espacio en blanco, aquél tan impactante escogido por Marcel Proust. Pero como vemos, la prosa de Flaubert toda entera está fragmentada por múltiples espacios en blanco invisibles.

5. Hace algunos años, Maurice Agulhon subrayó la importancia de *La Educación Sentimental* para los historiadores: como documento, evidentemente, pero también como contribución a nuestra comprensión de la sociedad francesa de antes y después de 1848. Él insistió particularmente sobre la frase “El viajó”: “para hacernos sentir la ruptura que toda una parte de la sociedad francesa ha resentido, cuando la dictadura bonapartista ha reemplazado a la República, esas pocas palabras, prodigiosamente elípticas, de *La Educación Sentimental*, valen todas las trompetas de los *Castigos*”. Pero en la atmósfera intelectual actual, se corre el riesgo, frente a esas observaciones de Agulhon que hoy son una referencia de autoridad, de equivocarse sobre su alcance, y de ver en ellas un argumento para borrar la división y los límites entre la ficción y la historia. Mi punto de vista (que creo que es compartido por Agulhon), es absolutamente diferente.

Encuentro muy simplista la manera actual de abordar las narraciones históricas, porque esa manera, frecuentemente, pone el acento sólo sobre el producto literario terminado, excluyendo la investigación (archivística, filológica, estadística, etc.) que la hace posible. En cambio, me gustaría sugerir que nuestra atención se vuelque hacia las etapas preparatorias de la narración y no al producto literario terminado, de modo que sea capaz de explorar la interacción mutua entre los datos empíricos y las constricciones de esa narración *al interior del proceso de la investigación misma*. Hace ya muchos años, Lucien Febvre subrayaba que el testimonio histórico no habla por sí mismo, y que no puede expresarse verdaderamente, más que si él es correctamente interrogado. Hoy esto parece evidente.

Lo que es menos evidente es que las preguntas planteadas por el historiador son siempre, sea directa o indirectamente, expresadas también bajo formas narrativas (y subrayo este último plural). Esas narraciones provisionarias, presentan una serie de posibilidades diversas, porque son frecuentemente modificadas o algunas veces incluso eliminadas, en el curso mismo de la investigación. Se puede comparar esas narraciones a instrumentos y niveles de mediación entre preguntas y testimonios, instrumentos que afectan profunda pero no exclusivamente a la manera en la que son reunidos, eliminados o interpretados, y finalmente presentados los datos históricos, y naturalmente, también el modo en que, en seguida, son el objeto de una determinada redacción.

Permítanme darles un solo ejemplo, tomado de la obra de Marc Bloch, el gran historiador que fue junto con Lucien Febvre el cofundador y codirector de los *Annales d'histoire économique et sociale*. Uno de los libros más originales de Bloch, *Los caracteres originales de la historia rural francesa*, incluye una Introducción de algunas pocas páginas titulada “Algunas observaciones de método”, que explica por qué los historiadores que trabajan sobre las sociedades rurales deben, tanto como les sea posible, “leer la historia hacia atrás”. Pero este “método regresivo”, como lo nombró el propio Bloch, debe ser empleado con prudencia:

“Respecto del pasado cercano, el método regresivo sanamente practicado, no pide de nosotros una simple fotografía que bastaría proyectar en seguida, y que sería siempre

similar a sí misma, para obtener así una imagen fija de edades cada vez más y más lejanas; más bien, lo que se intenta atrapar es la última imagen de un film, la que entonces y mediante ese método regresivo, nos esforzaríamos para desenrollarla hacia atrás, resignados a descubrir en ella más de una laguna o de un espacio faltante, pero decididos a respetar su propio movimiento”.

Bloch había empleado la misma metáfora en sus recuerdos de la primera guerra mundial, publicados después de su muerte, y para ser más precisos, en su específica evocación del día 10 de septiembre de 1914, el día de su *bautismo de fuego*, cuando se encontraba precisamente dentro de la batalla del Río Marne:

“Es probable que mientras yo viva, a menos que termine mis días en la imbecilidad, no olvidaré nunca ese 10 de septiembre de 1914. Mis recuerdos de esta jornada no son, sin embargo, demasiado precisos. Y sobre todo, ellos se entremezclan entre sí muy mal. Pues ellos forman una serie discontinua de imágenes, en verdad muy intensas y muy vivas, pero muy mediocremente coordinadas entre sí, como una especie de rollo cinematográfico que presentara en ciertos lugares grandes rasgaduras y lagunas, y en el que uno podría sin darse cuenta, invertir a veces algunas de sus escenas”.

Hoy se puede considerar como ya admitida la idea de remontar el pasado hacia atrás, como una especie de bobina o rollo de película, pero esto era seguramente mucho menos evidente en 1914. Es posible que la metáfora de Marc Bloch fuese una recomposición de la imagen empleada por Maxime Du Camp en su Introducción a sus *Recuerdos del año 1848*, “la bobina de mi memoria se desplegó por sí misma”. Esta hipótesis no me parece para nada desencaminada. Porque dos meses antes, en julio de 1914, en un discurso pronunciado en el Liceo de Amiens (y también publicado póstumamente), sobre el tema “Crítica histórica y crítica del testimonio”, Bloch había hecho referencia al debate sobre la *masacre* que había provocado la irrupción de la revolución de 1848 en París: ¿quién había tirado primero, un soldado o un participante de las manifestaciones? Y encontramos que uno de los objetivos principales de Maxime Du Camp, al publicar sus recuerdos de 1848, treinta años más tarde, había sido precisamente el de clarificar este episodio célebre, sobre la base de su propio testimonio, el que según la opinión de un experto como lo es Maurice Agulhon, resuelve definitivamente el debate.

Así, es más que probable que el interés mostrado por Bloch por esa masacre del 23 de febrero de 1848, se explique por su familiaridad con ese libro de los *Recuerdos de 1848* de Maxime Du Camp. Pero en sus últimas reflexiones sobre método, publicadas después de su muerte bajo el título de *Apología para la Historia u Oficio de Historiador*, Bloch, recordando su disertación de juventud, ha citado nuevamente el pasaje sobre la masacre, aunque agregando las observaciones siguientes:

“Nosotros no lo sabremos nunca con certeza... la revolución de 1848, ese movimiento tan claramente determinado, que por una extraña aberración ciertos historiadores han creído poder considerar como el tipo mismo del acontecimiento fortuito, estaba, por el contrario, determinado por numerosos factores, muy diversos y muy activos, y que desde el principio un Tocqueville ha sabido percibir, factores que lo habían preparado desde mucho tiempo atrás. Así que esa masacre del Boulevard des Capucines, ¿fue otra cosa que tan sólo la última pequeña pincelada de este proceso mucho más antiguo?”.

Bloch ha observado que los testigos oculares de un mismo acontecimiento, frecuentemente se contradicen entre sí. Pero esta incertidumbre, prosigue él, no afecta a “la historia de las mentalidades, a la historia de las sensibilidades o la historia de las técnicas”: ellas son insensibles al escepticismo. Porque Bloch concluye su demostración con una frase tomada de su brillante artículo “Reflexiones de un historiador sobre las falsas noticias de la guerra”, que él había publicado veinte años antes: “Lo que hay de más profundo en la historia, es muy posible que sea también lo que ella tiene de más seguro”. Y *Los caracteres originales de la historia rural francesa* presentan un ejemplo de lo que Bloch entendía por esa “historia más profunda y más segura”.

¿Es que acaso Bloch, cuando escribía la historia remontándose hacia atrás, se inspiraba en su bien conocida pasión por el cine? ¿O ha sido inspirado por Flaubert, cuando acepta los vacíos y las *lagunas* de los testimonios como una parte normal y necesaria de esa narración de la historia? Nosotros, muy probablemente, no lo sabremos nunca con certeza. Pero como vemos, la disponibilidad de un instrumento que puede usarse para construir la narración puede engendrar, sea directa o indirectamente, al eliminar por ejemplo una especie de veto implícito y silencioso, una aproximación específica a la investigación.

Todo esto es un llamado que está muy lejos de la noción puramente ornamental de la retórica, propuesta por Cicerón con su frase *Rem tene et verba sequentur*, encuentra el argumento y las palabras seguirán por sí mismas, noción que desafortunadamente es compartida por nuestros escépticos de finales del siglo XX, los que insisten en la necesidad de separar la narración histórica de las investigaciones sobre las cuales ella se funda. El artículo de Marcel Proust que me ha servido de punto de partida, propone una aproximación mucho más compleja y profunda. Por eso, reaccionando en un tono altanero y despreciativo frente a las posturas de Thibaudet, Proust escribió:

“Me he quedado estupefacto, lo confieso, de ver tratar como poco dotado para escribir a un hombre [Flaubert], que mediante un uso de hecho novedoso y personal del pasado definido, del pasado indefinido, del participio presente, de ciertos pronombres y de ciertas preposiciones, ha renovado nuestra visión de las cosas casi tanto como lo hizo el propio Kant con sus Categorías, con sus Teorías del Conocimiento, y con sus reflexiones sobre la realidad del mundo exterior”.

Estas son palabras muy fuertes y que impactan seriamente. Pero creo que Proust tenía razón al subrayar no solo la riqueza cognoscitiva de la obra de Flaubert, sino también las potencialidades de los procedimientos literarios en general, al mismo tiempo válidas para las narraciones de ficción que para aquellas narraciones que no son ficticias. Como he tratado de mostrarlo, mi conclusión debe aplicarse no solamente a la así llamada historia narrativa (un concepto que no me gusta para nada), sino también a toda forma de investigación histórica y de escritura histórica, incluida la más analítica. La obra de Marc Bloch, lejana de la historia narrativa en su sentido convencional presente, de la manera más clara y en el nivel más elevado, ofrece una ilustración ejemplar del argumento general que acabo de presentar en este ensayo.

Capítulo 4. Nuestras palabras, y las suyas.³¹ Una reflexión sobre el Oficio de Historiador, hoy.³²

“Y es que la química tenía la gran ventaja de dedicarse a realidades que, por su propia naturaleza, son incapaces de nombrarse a sí mismas”.

Marc Bloch.

1. En sus reflexiones metodológicas, publicadas póstumamente como *Apología para la historia o el Oficio de historiador*, Marc Bloch decía: “Para desgracia de los historiadores, los hombres no suelen cambiar de vocabulario cada vez que cambian de costumbres”.³³

El resultado de esta divergencia es la ambigüedad semántica. Esto puede ser ilustrado con una palabra que es fundamental en nuestro vocabulario intelectual y emocional, la palabra ‘libertad’, cuya variedad de significados ha estado por mucho tiempo en el centro de las preocupaciones de Marc Bloch. Y una mirada más cercana de estas últimas, tal vez podrá aclararnos su irónicamente enfática referencia a esa ‘desgracia’ de los historiadores, respecto del desfase entre la permanencia de las palabras y sus cambiantes significados. Bloch mencionó a los historiadores pensando sobre todo en sí mismo, pero nosotros creemos que sus reacciones personales tenían raíces más distantes y mucho más complejas.

2. “Historia”, del griego *historia*, es otra palabra de nuestro vocabulario que aún cuando haya sido traducida a varias lenguas, ha permanecido igual a lo largo de veinticinco siglos, aunque sus significados hayan cambiado.³⁴ Después de haber sido usada por físicos, anatomistas, botánicos y anticuarios, en un sentido que incluye tanto la ‘descripción’ como la ‘investigación’, la historia terminó siendo referida casi exclusivamente a la esfera de la acción humana, aún cuando algún trazo de esos usos previos pueda ser detectado en expresiones como la de la ‘historia clínica’ de un paciente. Esta limitación de su significado es el efecto secundario de un punto de inflexión, que puede ser identificado, simbólicamente, con el famoso pasaje de *Il Saggiatore* de Galileo:

La filosofía está escrita en ese inmenso libro, que se abre continuamente frente a nuestra mirada (Hablo del Universo). Pero este último no puede ser comprendido, a menos de que primero se haya aprendido a descifrar el lenguaje y a reconocer los caracteres en los que

³¹ Este texto de Carlo Ginzburg constituye una brillante reflexión, que intenta prolongar varias de las pistas intelectuales planteadas por Marc Bloch en varios de sus textos, incorporando para ello, entre otros referentes, algunos aportes de la lingüística.

³² He presentado diferentes versiones de este texto en Roma (Università della Sapienza), Be'er Sheva (Ben-Gurion University), Los Ángeles (Department of History, UCLA) y Berlín (Freie Universität). Agradezco a Andrea Ginzburg, Christopher Ligota, Perry Anderson, y especialmente a Simona Cerruti por sus comentarios críticos.

³³ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire ou Métier d’Historien” en *L’Histoire, la Guerre, la Résistance*, Ed. Gallimard, París, 2006, p. 872. He recordado este pasaje nuevamente al revisar el texto de F. Ciafaloni, “Le domande di Vittorio. Un ricordo di Vittorio Foa”, *Una città*, núm. 176, julio-agosto de 2010, pp. 42-43.

³⁴ Pomata, Gianna and Nancy G. Siraisi, Eds., *Historia: Empiricism and Erudition in Early Modern Europe*, Ed. Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 2005.

está escrito. Y ese libro está escrito en el lenguaje de las Matemáticas y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas. Sin tales recursos, es imposible para nosotros los seres humanos el comprender una sola palabra de este Universo...³⁵

No obstante las cercanas conexiones que Galileo tenía con científicos dedicados a un acercamiento no matemático del estudio de la naturaleza, él anunció que el lenguaje de la naturaleza es, o estaba obligado a ser, el lenguaje de las Matemáticas.³⁶ Por el contrario, el lenguaje de la historia era, y ha sido siempre, desde los tiempos de Herodoto y hasta el día de hoy, un lenguaje humano, y de hecho, el lenguaje de la vida cotidiana, incluso cuando está apoyado por estadísticas y diagramas.³⁷ Porque las pruebas en las que el historiador confía más, en la mayoría de los casos están también escritas en ese lenguaje de la vida cotidiana.

Bloch reflexionó intensamente sobre esta contigüidad y sobre sus implicaciones. Por eso afirma que “la historia recibe su vocabulario”, según podemos leer en otra Sección de sus reflexiones póstumas, “la mayoría de las veces, de la materia misma de su estudio. Lo acepta ya gastado y deformado por un uso dilatado; además de que con frecuencia este vocabulario es ambiguo desde el principio, como todo sistema de expresión que no ha surgido del esfuerzo rigurosamente concertado de los expertos técnicos”.³⁸ Así, los historiadores se han topado con dos alternativas: o bien hacerse eco de esa terminología que es usada en los propios documentos y fuentes que son sus pruebas, o bien utilizar una terminología que es ajena a éstas.

La primera alternativa, señala Bloch, no conduce a ninguna parte, ya que en ocasiones la persistencia de palabras intrínsecamente ambiguas termina por ocultar el cambio de sus significados, y en otros casos, significados que son similares son ocultados por el uso de una multiplicidad de términos diversos. Nos queda entonces la segunda alternativa, que es riesgosa, ya que términos como ‘sistema fabril’, por ejemplo, podrían parecer más bien un sustituto para el análisis, y a partir de eso, promover el “anacronismo: el más imperdonable de todos los pecados, en una ciencia del tiempo”.³⁹ De modo que sólo los intercambios entre académicos y colegas, concluye Bloch, conducirán hacia la construcción de un vocabulario común para las ciencias del hombre. Pero inventar nuevas palabras es preferible a la tácita proyección de nuevos significados atribuidos dentro de los mismos términos usados comúnmente.⁴⁰

Entonces, un vocabulario riguroso podría permitir a la historia hacer frente a esa debilidad intrínseca suya, que es la de que comparte el lenguaje de la vida cotidiana con la mayoría de sus pruebas, fuentes y evidencias. En este sentido, el retorno recurrente de la referencia sobre la terminología artificial de los químicos, que reaparece una y otra vez dentro de las páginas del texto de Bloch, habla por sí mismo, pues muy rara vez ha estado

³⁵ Aquí estoy desarrollando una interpretación de este pasaje de Galileo, que ya he trabajado anteriormente en Ginzburg, Carlo, “Spie: radici di un paradigma indiziario”, en *Miti, Emblemi, Spie. Morfologia e Storia*, Ed. Einaudi, Turín, 1986, pp. 172-173.

³⁶ Freedberg, David, *The Eye of the Lynx: Galileo, His Friends, and the Beginnings of Modern Natural History*, Ed. Chicago University Press, Chicago, 2002.

³⁷ Ginzburg, Carlo, “Spuren einer Paradigmengabelung: Machiavelli, Galilei und die Zensur der Gegenreformation” en *Spur: Spurenlesen als Orientierungstechnik und Wissenskunst*, editado por Sybille Kramer, Werner Kogge & Gernot Grube, Ed. Suhrkamp, Francfort, 2007.

³⁸ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 959.

³⁹ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 969.

⁴⁰ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 971.

Bloch tan cerca de las posiciones del positivismo. Sin embargo, uno de los textos clásicos de este mismo positivismo, la *Introducción a la medicina experimental*, de 1865, de Claude Bernard, un libro que Bloch menciona marcando frente a él ciertos desacuerdos, había señalado, en un párrafo titulado “La crítica experimental debe mirar a los hechos, no a las palabras”, que la ambigüedad también amenaza a los lenguajes habituales de la ciencia:

Cuando creamos una palabra para caracterizar un fenómeno, estamos de acuerdo en general en la idea que deseamos que ella exprese y en el significado preciso que le estamos dando. Pero más tarde, con el progreso de la ciencia, el significado de la palabra cambia para algunos, mientras que para otros la palabra permanece en el lenguaje con su significado original. El resultado es a menudo tan discordante, que al emplear los hombres la misma palabra, están expresando ideas muy diferentes. Así que nuestro lenguaje, en efecto, es solamente aproximativo, e incluso en la ciencia es tan impreciso, que si perdemos de vista el fenómeno para concentrarnos más bien en las palabras, rápidamente estamos fuera de la realidad.⁴¹

3. Pero ¿cuál es, desde la perspectiva del historiador, la relación entre las palabras —las palabras provenientes de las pruebas y evidencias— y la realidad? En la respuesta de Bloch a esta pregunta, se pueden detectar muchos elementos entrelazados. El primero de todos, una sensación aguda de la inadecuación o no coincidencia de las palabras *vis-á-vis* de aquello que las ha generado, es decir de las pasiones, los sentimientos, los pensamientos y las necesidades. Bloch ejemplifica esta no coincidencia evocando un caso extremo:

¡Cuán instructivo podría ser si, dirigidas al Dios de antaño o al actual, pudiésemos escuchar las verdaderas plegarias dichas por los propios labios de los más humildes! Suponiendo, por supuesto, que ellos sabían cómo expresar los impulsos de su corazón sin mutilarlos. Porque aquí yace, en última instancia, el gran obstáculo. Nada es más difícil para un hombre que expresarse acerca de sí mismo (...) Así que los términos más usuales no son más que aproximaciones.⁴²

Estas palabras, basadas en su propia experiencia de investigación, no estaban inspiradas en el escepticismo, sino todo lo contrario. La clara conciencia de esa inadecuación de cada palabra, ya fuese escrita o hablada, le sugirió a Marc Bloch las estrategias indirectas que le permitieron leer las fuentes medievales a contrapelo. A este respecto, podemos recordar las magníficas páginas de *Los reyes taumaturgos* dedicadas a los hombres y mujeres afectados por las escrófulas, que viajaban enormes distancias, anhelantes de recibir el toque milagroso de manos de los reyes.⁴³ Pero esa misma conciencia fue la que reforzó su involucramiento hacia una historia comparativa, basada, como en el caso de *Los reyes taumaturgos*, en categorías y términos inevitablemente distantes de los que eran usados en los documentos y las pruebas recabadas por el historiador.

⁴¹ Bernard, Claude, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Ed. J.B. Baillière et Fils, París, 1865, p. 330 – 331. Bloch se refiere a este mismo libro de Claude Bernard en su “Apologie pour l'histoire”, *Op.cit.*, p. 831, y p. 908.

⁴² Bloch, Marc, “Apologie pour l'histoire”, *Op. cit.*, p. 965.

⁴³ Bloch, Marc, *Les rois thaumaturges*, Ed. Gallimard, París, 1983, pp. 89–157.

4. Estos elementos sobresalen en el ensayo de 1928 titulado “Para una historia comparada de las sociedades europeas”, que es una suerte de manifiesto metodológico que todavía sigue siendo un punto de referencia indispensable.⁴⁴ En la conclusión de este ensayo, Bloch evoca el prejuicio persistente que identifica a la historia comparativa con la búsqueda de las analogías, incluyendo las más superficiales. Pero el punto central de la historia comparativa, insiste Bloch por el contrario, es el de enfatizar la especificidad de las *diferencias* entre los fenómenos que están siendo comparados. Para lograr este propósito, deben dejarse de lado todas las falsas similitudes, por ejemplo, respecto de los ‘dominios señoriales territoriales’ en la Edad Media Europea, hay que cuestionar la supuesta equivalencia entre el *villainage* inglés y el *servage* francés. A decir verdad, algunas intersecciones son innegables:

El *siervo* (*serf*) y el *villano* (*villain*) son considerados, tanto por los juristas como por la opinión común, como individuos privados de “libertad”, a tal grado que ambos son calificados, en ciertos textos latinos, como *servi*... entonces los estudiosos, a partir de esta falta de “libertad” y de su nombre servil, no dudan en compararlos con los esclavos romanos.⁴⁵

Pero esto, según Bloch, es una analogía superficial, ya que la categoría de los no libres, en lo que toca a su contenido, está sometida a múltiples variaciones en los diferentes tiempos y espacios.⁴⁶ En resumen, tenemos dos contextos geográficos diferentes, el inglés y el francés, y dos palabras diferentes, *villain* y *serf*. Los juristas y sabios medievales los consideraban rutinariamente como *servi*, el mismo término empleado para designar a los esclavos romanos, a partir de lo cual se asumía que tanto los *villains* como los *serfs* y los *servi*, todos ellos estaban desprovistos de su libertad. Bloch rechazó esta conclusión por superficial, amparado en un argumento propuesto por varios eruditos, entre ellos Paul Vinogradoff, el gran medievalista anglo-ruso, que afirmaba que hacia el año 1300 aproximadamente, los *villains* se habían unido a la categoría de “arrendatarios libres”, mientras que en el mismo período, en Francia, esos “arrendatarios” eran claramente diferenciados respecto de los *serfs*. Y Bloch delinea estas trayectorias históricas divergentes, concluyendo que:

En el siglo XIV, el *siervo* francés y el *villano* inglés ya pertenecían a dos clases completamente diferentes. ¿Es útil entonces compararlos? Ciertamente, aunque esta comparación terminará por mostrar en ellos rasgos completamente diferentes, sugiriendo una notable divergencia en el desarrollo de esta dos naciones.⁴⁷

Aquí, como en otros párrafos del mismo ensayo, Bloch utilizó la palabra “clases” para identificar dos realidades sociales diferentes, confundidas erróneamente por los juristas medievales. Pero su comentario sobre las normas asumidas por los juristas ingleses, que atribuían un menor grado de libertad a aquellos individuos sólo porque tenían que realizar actividades agrícolas pesadas o *corvées*, iba dirigido en un sentido diferente. “Estas normas”, escribe Bloch:

⁴⁴ Bloch, Marc, “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, en *Mélanges Historiques*, vol. I, Ed. S.E.V.P.E.N., París, 1963.

⁴⁵ *Ibid*, p. 28.

⁴⁶ *Ibid*, p. 28.

⁴⁷ *Ibid*, p. 30.

...estaban lejos de ser una creación original. Esos juristas simplemente adecuaban sus puntos de vista a todo un estrato de representaciones colectivas, elaboradas confusamente hace mucho tiempo, dentro de las sociedades medievales tanto del Continente como de las Islas británicas. Pues esa idea de que los trabajos agrícolas eran incompatibles con la libertad, deriva de hábitos mentales muy antiguos, ejemplificados por las palabras *opera servilia*, las que eran aplicadas por los bárbaros a este tipo de trabajos.⁴⁸

Abandonando el campo de la terminología derivada de los propios documentos, Bloch se mueve abruptamente hacia un terreno más frágil e hipotético, el de “las representaciones colectivas”. Esta noción está tomada de Emile Durkheim, quien es mencionado enfáticamente en una nota a pie de página. Y en un pasaje previo, Bloch había aludido a “un viejo y ampliamente olvidado legado de representaciones populares”.⁴⁹

La libertad y la servidumbre en la Edad Media, vistas desde una perspectiva de larga duración, reaparecen nuevamente unos años después en otro ensayo de Bloch. En algunos casos, los términos jurídicos referidos a la servidumbre no se modificaron, pero sus significados, como lo subraya Bloch, fueron experimentando con el tiempo variaciones imperceptibles, tal y como lo demuestran los documentos carolingios. Entonces esos términos muestran toda una serie de desfases, “obviamente inconscientes”, que deben ser considerados como tales. En este sentido, los lingüistas han señalado que en un cierto momento, la palabra *labourer* (‘trabajar’), asumió el significado de “arar”, proveniente de la palabra en latín *arare*.⁵⁰ Siguiendo el ejemplo de los lingüistas, escribe Bloch, los historiadores deben evitar remplazar las interpretaciones que nos son dadas por el pasado con las interpretaciones propias.⁵¹

Pero esta es una afirmación un tanto inesperada. En un pasaje del ensayo previamente mencionado, Bloch ha refutado la infundada similitud de la servidumbre medieval con la esclavitud antigua, inspirada simplemente en la palabra en latín *servi*. Sin embargo, se puede argüir que el hecho de reconstruir las perspectivas de los juristas, y a la vez subrayar sus limitaciones, no son objetivos incompatibles. Y aun hay más. El ensayo en el que Bloch llama a los historiadores a tomar a los lingüistas como modelo a seguir, se titula “Libertad personal y servidumbre personal en la Edad Media, particularmente en Francia. Una contribución al estudio de las clases”, 1933. Para Bloch, la “clase”, una categoría moderna, lejos de borrar las categorías propuestas por los juristas medievales, las reubicaba dentro de una perspectiva que es la nuestra, no la de ellos. Y este punto es subrayado en el pasaje final del ensayo:

Así, todo nos conduce nuevamente a la misma lección. Dado que las instituciones humanas son realidades de orden psicológico, entonces una clase no existe más que por la idea que nos hacemos de ella. Escribir la historia de la condición servil, es ante todo reconstruir dentro de la curva compleja y cambiante de su desarrollo, la historia de una noción colectiva: la de la privación de la libertad.⁵²

⁴⁸ *Ibid*, p. 31.

⁴⁹ *Ibid*, p. 30, nota 1, y p. 29, nota 2.

⁵⁰ Bloch, Marc, “Liberté et servitude personnelles au Moyen âge, particulièrement en France: contribution à l’étude des classes.”, en *Mélanges historiques*, vol. I, Ed. S.E.V.P.E.N., París, 1963, especialmente p. 332.

⁵¹ *Ibid*, p. 327-328.

⁵² *Ibid*, p. 355. Cfr. también Ginzburg, Carlo, “A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch”, *Studi medievali*, VI, 3, (1965), 335–353.

No necesitamos repetir que esta interpretación psicológica de lo que es una “clase”, propuesta por Bloch, puede ser aceptada, debatida o rechazada según los emplazamientos de las diferentes categorías de análisis reivindicadas. Pero sus reflexiones generan una pregunta de orden más general: ¿cuál es la relación entre las categorías del observador y las categorías del actor, siendo estas últimas las que recuperamos de los propios documentos medievales? A la que sigue de inmediato otra cuestión. Ya que si los juristas medievales eran al mismo tiempo observadores y actores, entonces ¿cuál es la relación entre la representación de la servidumbre propia de los juristas, de un lado, y del otro, la representación de la servidumbre propia de los mismos siervos?

5. Esta última pregunta, que Bloch no formula de manera explícita, emerge inevitablemente de su propia investigación. En este punto, debo hacer un paréntesis personal. Leyendo *Los reyes taumaturgos* en 1959, cuando tenía veinte años, me convencí de que debía intentar aprender el oficio de historiador. Unos meses después, decidí dedicarme al estudio de los juicios en contra de la brujería, enfocándome más bien en estudiar a los hombres y mujeres que se enfrentaban a los jueces, y no las persecuciones en sí mismas. Esta inclinación se debió a la lectura de otros textos, tales como *Los Cuadernos de la cárcel*, de Antonio Gramsci, la novela *Cristo se detuvo en Eboli*, de Carlo Levi o *El mundo mágico*, de Ernesto de Martino, y también a mis punzantes y difíciles recuerdos de la persecución racial. Pero sólo después de muchos años me di cuenta de que mi experiencia vivida como niño judío durante la guerra, fue lo que realmente me llevó a identificarme con esos hombres y mujeres acusados de brujería.⁵³

Siguiendo el consejo de mi mentor, Delio Cantimori, empecé a estudiar los Juicios de la Inquisición (muchos de ellos referentes a la brujería o a crímenes relacionados con ella) resguardados en el Archivo Estatal de Módena. Después extendí mi búsqueda a otros Archivos, aunque de un modo muy errático, dado que en verdad no tenía aún una agenda demasiado especificada. Así, a principios de la década de 1960, leyendo los registros de los procesos inquisitoriales del Archivo Estatal de Venecia, llegué a un documento que era, como lo percibí de inmediato, completamente anómalo: unas pocas páginas, fechadas en 1591, que registraban el proceso a Menichino della Nota, un joven pastor de Friuli. Menichino respondió a las preguntas del inquisidor diciendo que él era un *benandante*. Pero el significado de esta palabra era desconocido para mí, igual que lo era para el inquisidor, quien aparentemente escuchó con asombro la historia de ese acusado. Menichino decía que, puesto que había nacido con una “camisa”, estaba obligado a dejar su cuerpo tres veces al año, “en forma de humo”, viajando con los otros *benandanti* para pelear “por la fe en contra de las brujas” en la pradera de Josaphat. “Cuando ganan los *benandanti*”, él concluía, “es señal de que habrá una buena cosecha”.⁵⁴

Hace muchos años lleve a cabo un análisis retrospectivo de mis reacciones frente a ese documento, al cual llegué por pura suerte, y que fue el primero de casi cincuenta Juicios que descubrí más tarde en el Archivo Eclesiástico de Udine. Todos ellos vuelven sobre una palabra –*benandante*– que generaba preguntas de parte de los Inquisidores, por lo que las respuestas dadas por los acusados han sido registradas con un detalle extraordinario. Esos Juicios muestran que los Inquisidores pronto se hicieron su propia idea: los *benandanti*, que aseguraban que sus espíritus luchaban contra brujas y hechiceros, eran en realidad, ellos

⁵³ Ginzburg, Carlo, “Brujas y Chamanes”, en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, pp. 413-432.

⁵⁴ Ginzburg, Carlo, *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005, pp. 85 - 87.

mismos hechiceros. Pero ser acusados así, provocó rechazos y denegaciones indignadas de parte de esos *benandanti*, quienes insistieron en describir su “profesión”, como ellos la llamaban, en ocasiones con orgullo, y a veces como el resultado de un destino oscuro e inexorable. Aunque finalmente, después de cincuenta años de investigaciones, aquellos que creyeron primero que estaban peleando del lado del bien, terminaron por aceptar la imagen hostil que de ellos mismos habían construido sus propios interrogadores. Este fue el resultado de un choque cultural lleno de violencia, en este caso y sobre todo, simbólica. El prestigio de los inquisidores, así como la inminente amenaza de tortura y de muerte en la hoguera, condujeron una vez más a lo ineluctable.

En un libro que publiqué en 1966, analicé las historias contadas por esos *benandanti* como un fragmento de la cultura campesina que fue lentamente tergiversado por esa imposición de los estereotipos inquisitoriales. Este argumento se basaba en las acaloradas discusiones desarrolladas entre los acusados y los inquisidores, acerca del verdadero significado de la palabra *benandante*. Pues lo que hacía tan valiosa para el historiador, esa extraordinaria evidencia proveniente de la zona de Friuli, era la verdadera ausencia de comunicación entre dos partes enganchadas dentro de un diálogo dramáticamente desigual.

Después de muchos años, trate de resumir lo que había sido ese trabajo mío sobre los procesos de hechicería. Y en ese momento me di cuenta de que mi acercamiento a los jueces, ya fueran civiles o eclesiásticos, había sido inadecuado. Pues su comportamiento en ocasiones estaba marcado por un intento genuino de encontrar el sentido de las creencias y actos de los acusados, aunque con el propósito, por supuesto, de erradicarlos. Porque a veces la distancia cultural puede ser capaz de generar reales intentos de entender, de comparar, o de traducir.

Al respecto, permítanme recordar un caso extremo, aunque muy esclarecedor. En 1453, el obispo de Brixen, el filósofo Nicholas de Cusa, escuchó las historias de dos ancianas de un valle cercano. Y en un sermón ofrecido poco tiempo después, describió a esas mujeres como “medio locas” (*semideliras*), ya que habían homenajeado a una diosa nocturna que llamaban “Richella”, derivado de la palabra riqueza. El docto obispo identificó a Richella con Diana, o Abundia, o Satia, es decir con nombres mencionados en las secciones de las Enciclopedias medievales y en los Tratados de Leyes canónicas relativas a las supersticiones populares.⁵⁵ Este ejercicio hermenéutico no era excepcional, ya que Jueces e Inquisidores menos ilustres nos habían legado desde antes diversos compendios y traducciones que, contenidas como en una serie de cajas chinas metidas las unas en las otras, estaban disponibles para el intérprete moderno, en este caso, para mí. Así que con cierta desazón descubrí, más allá de mi identificación emocional con las víctimas, también una perturbadora cercanía intelectual con sus acusadores, lo que era una complicada situación que traté de analizar en un ensayo titulado “El inquisidor como antropólogo”.⁵⁶

6. No puedo imaginar la dirección que hubieran tomado mis investigaciones, y en primer lugar la que lleve a cabo en los Archivos de Friuli, si no me hubiera topado con los escritos de Marc Bloch. En retrospectiva, estoy tentado a comparar los sueños rituales de los *benandanti* con las “verdaderas plegarias” de los humildes evocadas por Marc Bloch, siendo ambas experiencias interiores que las palabras (documentadas en el primer caso, e

⁵⁵ Ginzburg, Carlo, *Historia nocturna. Un desciframiento del Aquelarre*, Ed. Muchnick, Barcelona, 1991.

⁵⁶ Ginzburg, Carlo. “El Inquisidor como Antropólogo” en *Tentativas*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2003.

imaginadas en el segundo) registran de una manera inevitablemente inadecuada. En el caso de los *benandanti* nos enfrentamos a palabras pronunciadas a instancias del Inquisidor y luego transcritas por los notarios de ese Inquisidor, lo que configura un contexto conflictivo (aunque reglamentado por la ley) que debe ser tomado en cuenta, aún cuando no por eso la evidencia es menos relevante.

Me inclino a creer que ningún historiador hubiera obviado un conflicto tan evidente. Mucho menos obvio, en mi opinión, era la percepción, de la cual me percaté muchos años después, de mi cercanía con los Inquisidores. Quizá esta cercanía se impuso por sí misma en mi mente, sólo cuando me fui haciendo consciente de las profundas raíces subyacentes a mi elección preliminar, las que desde el principio habían dado forma a mi proyecto de investigación.

Identificación emocional con las víctimas, cercanía intelectual con los Inquisidores: estamos bastante alejados de los elementos que en el modelo de la investigación histórica descrito por Bloch, parecían acercarnos al positivismo. En sus reflexiones sobre la nomenclatura, el conflicto aparece sólo del lado del actor: por ejemplo, en sus comentarios sobre un fenómeno comparativamente reciente, como lo es el de la conciencia de clase, ya sea la de los trabajadores del siglo veinte o la de los campesinos en vísperas de la Revolución Francesa.⁵⁷ Pero del lado del lenguaje del observador-historiador, que Bloch desea acercar, tanto como sea posible, al lenguaje neutral y objetivo de las ciencias naturales, el conflicto nunca es mencionado.

En la perspectiva que estoy defendiendo, una actitud crítica y distanciada puede ser concebida como un objetivo a alcanzar, pero no como un punto de partida. Así que aunque el objetivo final no es el mismo que el de Bloch, los caminos principales que conducen a ese objetivo si son los mismos. A la luz de la riesgosa proximidad entre el lenguaje del historiador y el lenguaje de las pruebas y los documentos, la esterilización de los instrumentos de análisis se vuelve más urgente que nunca, y especialmente en aquellos casos que despliegan una mayor cercanía entre el observador y los observadores-actores (el Inquisidor como antropólogo, o el Inquisidor como historiador).

7. Estas reflexiones retrospectivas sobre la investigación que realicé en los Archivos de Friuli en los años sesentas y setentas, están parcialmente inspiradas en mi tardío encuentro con los escritos de Kenneth L. Pike. El lingüista, antropólogo y misionero americano, enfatizó la oposición entre dos niveles de análisis: el del observador y el del actor, denominados, respectivamente, como *etic* (de fonética) y *emic* (de fonémica). Empezando con el lenguaje, Pike estableció una “Teoría unificada de la estructura del comportamiento humano”, lo que es el título de su trabajo más ambicioso, publicado originalmente en tres partes, entre 1954 y 1960, y reimpresso en una versión revisada y aumentada, en 1967.

El punto de vista *etic*, explica Pike, examina lenguajes y culturas en una perspectiva comparativa, mientras que el punto de vista *emic*, es “específico culturalmente, aplicado sólo a un lenguaje o a una cultura en cada ocasión”.⁵⁸ Pero esta oposición estática y más bien dudosa, es retrabajada posteriormente dentro de una perspectiva dinámica más efectiva:

⁵⁷ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 966.

⁵⁸ Un eco de esta definición, puede verse en Subrahmanyam, Sanjay, “Monsieur Picart and the Gentiles of India”, en *Bernard Picart and the First Global Vision of Religion*, Ed. The Getty Research Institute, Los Angeles, 2010, especialmente la página 206: *etic*, i.e. “universalista” contra *emic*, i.e. “internalista”.

La presentación preliminar contra la presentación final: aquí la información *etic* es la que nos brinda acceso al sistema, es decir, al punto de partida del análisis. Todo esto nos da ciertos resultados tentativos, unidades tentativas. Sin embargo, el análisis final o presentación, debería ser en unidades *emic*. En el análisis total, la descripción *etic* inicial es refinada gradualmente y finalmente –en principio, aunque probablemente nunca en la práctica– es remplazada por una descripción que es totalmente *emic*.⁵⁹

La mayoría de los historiadores, familiarizados con las reflexiones matizadas y sofisticadas de Bloch, reaccionarían con algo de impaciencia ante estas afirmaciones, estimándolas como excesivamente abstractas. Y es verdad que Pike no se dirigía a los historiadores, sino a los lingüistas y a los antropólogos.⁶⁰ Ya que por mucho tiempo estos dos grupos han lidiado con la distinción entre los niveles *emic* y *etic*, mientras que los historiadores, al contrario, la han ignorado, con algunas pocas excepciones. (Yo mismo me percaté de la distinción *emic/etic* tan sólo hace veinte años, es decir veinte años después de la publicación de la obra magna de Pike.)⁶¹ Pero quizá no es insubstancial intentar una traducción del pasaje recién citado, utilizando ahora palabras asociadas a la investigación histórica. Y el resultado podría sonar algo como lo siguiente:

“Los historiadores parten de preguntas formuladas en términos que son inevitablemente anacrónicos. El proceso de investigación modifica esas preguntas iniciales sobre la base de nuevas pruebas y evidencias, a la vez que recupera ciertas respuestas que están formuladas y articuladas en el lenguaje de los actores, y relacionadas con las categorías que son propias de su sociedad, las que son absolutamente diferentes de las nuestras”.

Mi traducción de los “resultados tentativos” generados por la perspectiva *etic* —“Los historiadores parten de preguntas formuladas en términos que son inevitablemente anacrónicos”—, se hace eco de una afirmación planteada por Bloch.⁶² Pero insisto en que

⁵⁹ Pike, Kenneth L, *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*, Segunda edición revisada, Ed. Mouton, The Hague, 1967, pp. 37-39. La última oración de este párrafo es citada, para discordar de ella, en Harris, Marvin, “History and Significance of the Emic/Etic Distinction”, *Annual Review of Anthropology*, 5 (1976), 329-350, texto que termina con una crítica a la actitud de Claude Lévi-Strauss, calificado aquí de “obscurantista” y de inspirarse en el idealismo de Berkeley. Lévi-Strauss, cuyos enormes cuatro volúmenes titulados *Mitológicas* (1964-1971), acababan de aparecer, había rechazado esta distinción, afirmando que *etics* “no es más que la *emics* del observador”. Véase Lévi-Strauss, Claude, “Structuralisme et écologie”, en *Le regard éloigné*, Ed. Plon, París, 1983, pp. 143-166 y especialmente 161-162. Algunos comentarios útiles (aunque con el dato bastante extraño de que no se menciona el ensayo de Lévi-Strauss) se encuentran en Olivier de Sardan, Jean Pierre, “Emique”, *L’homme*, 147, 1998, pp. 151-166. Agradezco a Simona Cerruti por haberme señalado este aspecto. Mi propio desacuerdo con Harris, y en un nivel incomparablemente más alto con Lévi-Strauss, aparecerá en el argumento subsecuente de este mismo texto.

⁶⁰ “No soy un lingüista histórico”, escribió Pike en su artículo “On the Emics and Etics of Pike and Harris”, en *Emics and Etics: The Insider /Outsider Debate*, Ed. Sage Publications, Newbury Park, 1990, p. 40.

⁶¹ Ginzburg, Carlo, “Saqueos Rituales. Premisas de una investigación en curso” en *Tentativas, Op. cit.*, pp. 269-302. Una excepción relevante es la de Cerutti, Simona, “Microhistory: Social Relations versus Cultural Model1s?”, en *Between Sociology and History. Essays on Microhistory, Collective Action, and Nation-Building*, pp. 17-40. Sobre este ensayo, véase mi comentario en la nota al pie número 34.

⁶² “Los documentos tienden a imponer su nomenclatura, de modo que si el historiador los escucha, escribe bajo el dictado de una época que en cada ocasión es diferente. Pero por otra parte,

aquí se habla de las preguntas, no de las respuestas, lo que es una distinción importante que ha sido omitida, tanto por aquellos que enfatizan descuidadamente el papel del anacronismo en la investigación histórica, como también por aquellos otros que desprecian totalmente el anacronismo como una categoría adecuada.⁶³ Pero lo que nosotros consideramos, es que uno inicia con preguntas *etic*, pero persiguiendo el objetivo de obtener respuestas *emic*.⁶⁴

Podríamos comparar mi traducción tentativa con una de las reglas del decálogo que Arnaldo Momigliano propuso hace muchos años, titulado “Las reglas del juego en el estudio de la Historia Antigua”. Pero esta regla se aplica a la historia de cualquier período:

Tan pronto como entramos en el campo de la investigación histórica, el Judaísmo, el Cristianismo, el Islam, Marx, Weber, Jung y Braudel nos enseñan a someter las pruebas y evidencias a preguntas específicas, pero esto no afecta a las respuestas que esas evidencias y pruebas nos brindan. La arbitrariedad del historiador se desvanece tan pronto como él tiene que interpretar un documento.⁶⁵

En mi opinión, el pasaje de Pike, mi traducción y la regla de Momigliano no difieren significativamente. Lo que si veo como una divergencia está en otra parte. Y es que el elemento residual *etic*, que según Pike no puede ser eliminado, debería ser visto en términos positivos, como un elemento intrínseco de la actividad de traducción, la cual es etimológicamente un sinónimo de interpretación. Así, esa tensión entre nuestras preguntas y las respuestas que obtenemos de las pruebas y las evidencias debe mantenerse viva, a pesar de que esas evidencias y pruebas puedan modificar nuestras preguntas iniciales.⁶⁶ Ya que si esa diferencia entre nuestras palabras y las de ellos es preservada cuidadosamente, nos evitará caer en dos trampas: la de la empatía y la del ventriloquismo.⁶⁷ Y de hecho, ambas están vinculadas, puesto que si asumimos la transparencia de los actores, terminamos por atribuirles nuestro lenguaje y nuestras categorías. Entonces el resultado es una distorsión insidiosa, que es mucho más peligrosa (porque es más difícil de

naturalmente, él piensa desde las categorías de su propia época...”, Marc Bloch, “*Apologie pour l’histoire*”, *Op. cit.*, p. 959 – 960.

⁶³ Véase, respectivamente, Loraux, Nicole, “Eloge de l’anachronisme en histoire”, en *Le genre humain*, junio de 1993, pp. 23–39, Didi-Huberman, Georges, *Devant le temps: Histoire de l’art et anachronisme des images*, Ed. de Minuit, Paris, 2000, Rancière, Jacques, “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”, *L’inactuel*, 6, 1996, pp. 53-68.

⁶⁴ “*Emic* es un *método* de análisis, no el contexto inmediato de la conducta”, escribe Simona Cerruti, criticando mi propia aproximación (“Microhistory”, *Op. Cit.*, p. 35, subrayados del texto). Pero en mi opinión, la perspectiva *emic* sólo puede ser captada a través de la mediación de una perspectiva *etic*: he aquí el papel activo (que Cerruti encuentra arbitrario, *Ibid*, p. 34), jugado por el investigador en el proceso de investigación.

⁶⁵ Momigliano, Arnaldo, “Le regole del gioco nello studio della storia antica”, en *Sui fondamenti della storia antica*, Ed. Einaudi, Turín, 1984.

⁶⁶ Curiosamente, esta revisión de las preguntas iniciales se olvida en la versión del círculo hermenéutico de Clifford Geertz. Véase Geertz, Clifford, “From the Native’s Point of View’: On the Nature of Anthropological Understanding”, en *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Ed. Basic Books, Nueva York, 1983, pp. 55–70.

⁶⁷ Sólo después de haber escrito estas páginas, me percaté de que la misma metáfora fue usada en Daston, L. and P. Galison, *Objectivity*, Ed. Zone Books, Nueva York, 2007, p. 257: “ser ventrílocuo con la naturaleza” (pero el contexto global es importante).

ubicar), que las burdas afirmaciones anacrónicas, tales como la del *homo oeconomicus* y otras parecidas.

La palabra en latín *interpres*, nos recuerda que cualquier interpretación es una traducción y viceversa. Por eso, este tema de la traducción afloró en los debates inspirados en los argumentos de Pike. Un grupo de reacciones a sus tesis fue publicado en un libro titulado *Emics and Etics: The Insider/Outsider Debate*, basado en un Congreso celebrado en Phoenix en 1988. Uno de los participantes, Willard Quine, el filósofo que se hizo famoso por sus reflexiones sobre la “traducción radical”, terminó su ponencia con las siguientes palabras:

Y todavía se mantiene, entre el afuera y el adentro, una asimetría vital. Nuestro compromiso responsable aunque efímero hacia nuestra ciencia, se extiende hacia lo que decimos sobre la cultura exótica, pero no abarca lo que los actores dicen dentro de ella.⁶⁸

La asimetría entre nuestras palabras y las de ellos, enfatizada por Quine (y antes por Pike) ha sido experimentada también por los historiadores, como revela la frase “el pasado es un país extranjero”.⁶⁹ No es de sorprenderse, después de todo, que dicha asimetría fuera establecida y teorizada por un antropólogo. La distancia, lingüística y cultural, que usualmente separa a los antropólogos de los llamados “nativos”, impide a los primeros asumir, como si hacen en cambio, frecuentemente, los historiadores, que ya se han convertido en una suerte de íntimos de las personas con las que están tratando. Como lo he señalado antes, la ventriloquía es una enfermedad profesional a la que sucumben muchos historiadores, pero obviamente, no todos.

Alguna vez alguien habló de una antropología *emic*, comprometida específicamente en rescatar “el punto de vista nativo”, como Malinowski lo planteó.⁷⁰ Por analogía, uno puede hablar de la existencia de una historiografía *emic*. Para ilustrarla, tres ejemplos espléndidos serán suficientes, y son los ensayos de Paul Oskar Kristeller y Augusto Campana, sobre los orígenes de la palabra “humanista”, y la escasamente conocida conferencia de Ernst Gombrich, sobre el Renacimiento como un período y como un movimiento.⁷¹ Los tres intentan reconstruir las categorías de los actores en tanto distintas de las categorías de los observadores, siendo estas últimas, categorías que a menudo definen el pensamiento de un grupo que se extiende más allá del círculo de los historiadores profesionales. Al final de su ensayo, Campana señaló que recientemente (pero su texto está escrito en 1946), alguien había hablado de “un nuevo humanismo, con lo que la vieja

⁶⁸ Quine, W. V., “The Phoneme’s Long Shadow”, en *Emics and Etics: The Insider /Outsider Debate*, Ed. Sage Publications, Newbury Park, 1990, p. 167.

⁶⁹ Lowenthal, David, *The Past is a Foreign Country*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

⁷⁰ Feleppa, Robert, “Emic Analysis and the Limits of Cognitive Diversity”, en *Emics and Etics: The Insider /Outsider Debate*, Ed. Sage Publications, Newbury Park, 1990, p. 110 y siguientes.

⁷¹ Kristeller, Paul O., “Humanism and Scholasticism in the Italian Renaissance”, en *Studies in Renaissance Thought and Letters*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1956, pp. 553 - 583 (Véase también la Introducción, pp. XI-XII), Campana, Augusto, “The Origin of the Word ‘Humanist’”, en *Scritti, I, Ricerche medievali e umanistiche*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2008, pp. 263 – 281, Dionisotti, Carlo, “Ancora humanista-umanista”, en *Scritti di storia della letteratura italiana*, III, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2010, pp. 365 – 370, Gombrich, Ernst H., “The Renaissance: Period or Movement”, en *Background to the English Renaissance: Introductory Lectures*, Ed. Gray-Mills Publishing, Londres, 1974, pp. 9 – 30 (y también, en español, en *Contrahistorias*, num. 19, México, 2012).

palabra había sido impregnada de nuevos ideales. Así que los futuros filólogos e historiadores tendrán que lidiar con ellos”.

Pero en un *postscriptum* publicado al año siguiente, Campana fue aún más duro, afirmando que él creía que Kristeller, en un ensayo que había escrito independientemente sobre el mismo tema, había demostrado que el concepto moderno de “humanismo del Renacimiento...era insostenible”.⁷² Insostenible, por supuesto, desde un punto de vista filológico. Pero esto no nos impide a nosotros el utilizar categorías como “Renacimiento” (como el propio Campana lo hizo posteriormente).⁷³ Pero si debemos siempre estar alertas ante el hecho de que, por muy útiles que puedan ser, tales términos siguen siendo convencionales. De modo que todos aquellos que hacen tantos esfuerzos para descubrir y revelar las características intrínsecas del humanismo, el Renacimiento, la modernidad, el siglo veinte, están —para decirlo gentilmente— perdiendo su tiempo.

8. La dimensión *emic* que, a modo de experimento, he propuesto tratar de encontrar dentro de la historiografía, podría ser descrita también usando palabras más antiguas y más familiares, como las de filología, o trabajo de los anticuarios. (La antropología nació de esa actividad de los anticuarios, así que de este modo el círculo estaría cerrado). Pero una transferencia mecánica de la oposición entre *emic* y *etic* dentro del discurso historiográfico, podría resultar engañosa. Partiendo de su propia práctica, los historiadores podrían señalar que la dicotomía *emic/etic* es algo simplista. Pues como lo muestra mi caso Friuliano, tanto la dimensión *emic* como la *etic* son ambos teatros en conflicto: entre los inquisidores y los benandanti (en el primer caso), o entre académicos de distintas orientaciones (en el segundo). Pero ser conscientes de esta distinción *emic/etic* podría ayudar a los historiadores a liberarse de una orientación etnocéntrica, la que se ha vuelto una tarea cada día más urgente, dentro de un mundo caracterizado por la globalización, la cual es un proceso que ha estado desarrollándose durante siglos, pero que ha adquirido un ritmo realmente frenético en las últimas décadas.

Los historiadores deberían tener presente este reto, pero la pregunta es ¿cómo? Una respuesta ha sido propuesta por los debates en torno de los textos literarios. Podemos comenzar con el famoso ensayo de Erich Auerbach, “Filología de la Literatura Mundial”, publicado en 1952 y que hoy tiene casi un aura profética.⁷⁴ Pero de una profecía sombría. Pues a mediados de la Guerra Fría, Auerbach vio una tendencia muy difundida hacia la homogeneidad cultural, un fenómeno que, más allá de sus obvias diferencias, afectaba a ambos bloques de esa guerra. Porque el mundo estaba haciéndose cada vez más parecido, e incluso las naciones-Estado, que en el pasado habían sido agentes de la diferenciación cultural, habían perdido parte de ese poder. La cultura de masas (un término que Auerbach no usó, aunque esta era la idea esencial de su análisis) estaba difundándose ampliamente a través de toda la superficie del planeta.

Una *Weltliteratur* o Literatura Mundial estaba emergiendo, pero dentro de un contexto completamente diferente al que fue imaginado por Goethe: una literatura mundial en la cual Europa tenía un papel marginal. Así, enfrentado con esta enorme expansión en espacio y tiempo, hasta un erudito de la amplitud de horizontes como era Auerbach,

⁷² Campana, Augusto, “The Origin of the Word ‘Humanist’”, *Op. cit.*, pp. 280 - 281.

⁷³ *Ibid.*, p. 405.

⁷⁴ Auerbach, Erich, “Philologie der Weltliteratur”, en *Gesammelte Aufsätze zur romanischen Philologie*, Ed. Francke, Berna, 1962, pp. 310 - 310. Véase también la Introducción de Salvaneschi, Enrica y Endrighi, Silvio, en la versión italiana de esta obra, *Filologia della letteratura mondiale*, Ed. Book, Castel Maggiore, 2006.

presintió la insuficiencia de sus instrumentos de análisis. Así que les dio algunos consejos a los jóvenes estudiosos de la literatura, consejos tanto negativos como positivos. Por un lado, les sugirió evitar el uso de conceptos generales como Renacimiento o Barroco, y también eludir las aproximaciones monográficas basadas en la obra de un solo autor. Por el otro lado, les recomendó buscar detalles específicos que pudieran servir como puntos de conexión (*Ansatzpunkte*).

Con estos consejos, Auerbach estaba refiriéndose al método que había inspirado su gran libro, *Mimesis*. Pero en 1952, las reflexiones que él había propuesto hacía poco menos de una década, en la conclusión de *Mimesis*, fueron desarrolladas en una dirección distinta. Si la relevancia central de la tradición literaria europea ya no podía servir como referente seguro de nada, entonces el problema de la generalización pasaba a primer plano, aunque fuese implícitamente. Generalización, ¿pero comenzando desde dónde y con qué propósito?

Hace algunos años, en un ensayo titulado “Conjeturas sobre la Literatura Mundial”, que muy curiosamente no hace mención a Auerbach, Franco Moretti se planteó audazmente estos problemas.⁷⁵ Así, enfrentándose con el desafío representado por una cantidad ingente de textos, que ningún estudioso que trabaja en el campo de la literatura comparada podría llegar a dominar alguna vez, Moretti sugirió una solución drástica, la de la lectura de segunda mano. Entonces, los estudiosos comprometidos con esa aproximación comparatista de la literatura, construirían preguntas generales desde las cuales procesarían los insumos provistos por los otros estudiosos que trabajan dentro de perspectivas más circunscritas, y dedicados al análisis de una literatura nacional específica. De esta manera, el estudio comparativo de la literatura mundial debería estar basado no en la lectura cercana sino en la lectura distante.

Esta propuesta, planteada en un tono deliberadamente provocador, se apoyaba en un argumento extraído del ensayo de Marc Bloch, con el que comencé este artículo, el texto “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”. Así que una comparación entre los dos principales pasajes argumentales, primero el de Moretti, y después el de Bloch, puede ser de utilidad para nosotros. Aquí está el pasaje de Moretti:

Escribiendo acerca de la historia social comparada, Marc Bloch acuñó en alguna ocasión un encantador ‘slogan’, como él mismo lo llamó: “hacen falta años de análisis para tener un día de síntesis”, y si uno lee a Braudel o a Wallerstein se da cuenta inmediatamente de lo que Bloch tenía en mente. El texto que es estrictamente obra de Wallerstein, su ‘día de síntesis’, ocupa una tercera o una cuarta parte, o a veces hasta la mitad de la página, mientras que el resto son citas (mil cuatrocientas, en el primer volumen de *El Moderno Sistema-Mundo*). Años de análisis, de los análisis de otra gente, que la parte de la página de Wallerstein sintetiza en un sistema.⁷⁶

“La antigua sentencia es siempre verdadera: años de análisis para un día de síntesis”, escribió Bloch. Y se refería a un pasaje de la Introducción que Fustel de Coulanges escribió en su libro *La Galia Romana*, publicado en 1875. En una nota al pie de página, Bloch escribió la cita exacta: “Para tener un día de síntesis, son necesarios antes

⁷⁵ Moretti, Franco, “Conjectures on World Literature”, *New Left Review*, 1, enero – febrero de 2000, pp. 54–68, Arac, Jonathan, “Anglo-Globalism?”, *New Left Review*, 16, Julio – agosto de 2002, pp. 35–45, en donde se sugiere una lectura paralela de los ensayos de Moretti y Auerbach.

⁷⁶ Moretti, Franco, “Conjectures on World Literature”, *Op. Cit.*, pp. 56-57.

años de análisis”. Pero ningún señalamiento del propio inventor de esta máxima célebre puede ser tan importante como lo es el comentario posterior del mismo Bloch:

Pero esta máxima se cita con demasiada frecuencia, sin añadirle una corrección que resulta totalmente necesaria: el “análisis” sólo puede ser utilizado por la “síntesis”, si desde el principio aquél la ha tenido en cuenta y ha tratado de ponerse a su servicio desde el propio comienzo.⁷⁷

La importante puntualización de Bloch apunta en dirección contraria a la lectura que de él hace Moretti.⁷⁸ Uno no debería, al realizar una investigación monográfica, limitarse a acumular ladrillos, como lo piensan los positivistas, que tal vez después sirvan para construir un edificio que no existe en la propia mente, sino sólo en la mente del arquitecto (o del profesor de literatura comparada). Por el contrario, las pruebas y evidencias deben ya ser recolectadas de acuerdo con un cuestionario que desde el inicio apunta hacia una aproximación sintética. En otras palabras, se tienen que abordar y resolver casos, que sean capaces de conducirnos hacia las generalizaciones. Pero dado que la mayoría de las pruebas han sido recolectadas, filtradas o abordadas por investigadores anteriores, que han partido de preguntas diferentes de las nuestras, entonces la historia de la historiografía debe ser incorporada dentro de la investigación histórica. Mientras más grande es la distancia respecto de las fuentes primarias, mayor es el riesgo de quedar atrapados en las hipótesis propuestas o por los intermediarios, o por nosotros mismos, como actualmente sucede. En otras palabras, nos arriesgamos a encontrar sólo aquello que estamos buscando, pero nada más.

Esa lectura deformada del pasaje de Bloch es especialmente sorprendente, dado que el mismo Moretti, en un brillante ensayo publicado simultáneamente al de “Conjeturas sobre la Literatura Mundial”, mostraba que la única manera de darse cuenta del desafío que representa la enorme e inmanejable masa de textos publicados y olvidados, es trabajando con un estudio de caso, en el análisis de primera mano sobre una limitada serie de textos, identificados a través de una pregunta específica. Este segundo ensayo, titulado “El matadero de la Literatura” (en alusión a un aforismo de Hegel), trata de un dispositivo literario que Conan Doyle, casi inconscientemente, colocó en el corazón de sus novelas policíacas: los indicios.⁷⁹ Muchos años antes, yo mismo escribí un ensayo titulado “Indicios”, que trataba de Sherlock Holmes y de otros temas desde una perspectiva bastante diferente.⁸⁰

Si no me equivoco, ambos ensayos, el de Franco Moretti y el mío, implican el dispositivo conocido como “*mise en abyme*”: dado que los indicios, en tanto tema, son analizados por medio de una aproximación que también está basada en indicios, entonces los detalles terminan por repetir o replicar el todo.⁸¹ Pero los indicios requieren una lectura de primera mano, así que el responsable de la síntesis final no puede delegar esta tarea en otros. Además, una lectura cercana y analítica es compatible con una enorme cantidad de

⁷⁷ Bloch, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, *Op. cit.*, p. 143.

⁷⁸ El pasaje de Bloch es citado de primera mano, pero sin la valoración que le sigue inmediatamente, en Moretti, Franco, ‘Prefazione 1999’, en *Il romanzo di formazione*, Ed. Einaudi, Turín, 1999.

⁷⁹ Moretti, Franco, “The Slaughterhouse of Literature”, *Modern Language Quarterly*, 61, 2000, pp. 207–227.

⁸⁰ Ginzburg, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, en *Tentativas, Op. Cit.*, pp. 93 – 155.

⁸¹ Dällenbach, Lucien, *Le récit spéculaire: essai sur la mise en abyme*, Ed. du Seuil, París, 1977.

pruebas y evidencias. Quienes están familiarizados con la investigación de Archivo, saben que uno puede hojear innumerables expedientes e inspeccionar rápidamente el contenido de incontables cajas, antes de llegar a un alto repentino, atrapados por un documento que se podría escudriñar durante años. Al igual que una gallina (espero que nadie se moleste por tal comparación) que pasea de acá para allá, echando un vistazo alrededor, antes de arrancar abruptamente un gusano hasta entonces oculto en la tierra. Una vez más, regresamos al *Ansatzpunkte*: aquellos puntos específicos que, como Auerbach argüía, pueden proveer las semillas necesarias para un programa de investigación detallado, que está provisto de un potencial de generalización, o en otras palabras, pueden proveer un caso. Y en este sentido, los casos anómalos son especialmente prometedores, puesto que las anomalías, como Kierkegaard anotó en alguna ocasión, son más ricas desde un punto de vista cognoscitivo que las normas, ya que las primeras incluyen invariablemente a las últimas, pero no al revés.⁸²

9. Durante un cierto número de años, los casos han sido el objeto de una atención creciente, que está parcialmente relacionada con los debates en curso sobre la microhistoria: un término cuyo prefijo ‘micro’ alude, como ha sido repetidamente enfatizado (aunque quizá nunca suficientemente) al microscopio, a la mirada analítica y no a las dimensiones, presuntas o reales, del objeto de estudio.⁸³ Pues también la microhistoria, basada en la investigación analítica (por supuesto, de primera mano), apunta hacia la generalización, término cuya comprensión, usual y erróneamente, se da dada por descontada. En cambio, nosotros pensamos que es necesaria una más amplia reflexión que explore el vasto rango de sus variedades, basadas en diferentes puntos de partida (preguntas o respuestas), diferentes tipos de analogía (metonímica, metafórica) y así sucesivamente.⁸⁴

Se podría objetar que en un mundo globalizado no hay lugar para la microhistoria. Pero yo quisiera argumentar lo contrario. Pues la recepción internacional de la microhistoria puede ser interpretada fácilmente desde una perspectiva política. La primera oleada de interés en la microhistoria, después de su nacimiento en Italia, se manifestó en Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Esta fue seguida por una segunda ola, más vinculada con las periferias o las semiperiferias: Finlandia, Corea del Sur, Islandia.⁸⁵ La microhistoria ha brindado la oportunidad de derribar las jerarquías preexistentes, gracias a la relevancia intrínseca —demostrada *a posteriori*— del objeto estudiado que estaba bajo

⁸² Cf. Schmitt, Carl, *Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*, Ed. Dunckler & Humblot, Munich y Leipzig, 1934, p.33. Muchas gracias a Henrique Espada Lima, que me hizo conciente de la fuente de esta referencia, que yo me había apropiado inconcientemente.

⁸³ La mejor introducción al tema es todavía el capítulo “Kasus”, en Jolles, André, *Einfache Formen*, Halle, 1930.

⁸⁴ Jakobson, Roman, “Due aspetti del linguaggio e due tipi di afasia”, en *Saggi di linguistica generale*, Ed. Feltrinelli, Milán, 1966, pp. 22–45.

⁸⁵ Algunas referencias bibliográficas son, Chasob, Kwak, *Mishisa ran muoshinga*, Ed. Purun Yoksa, Séul, 2000, Ginzburg, Carlo, Ólafsson, David y Magnússon, Sygurdur, *Molar og mygla: Um einsögu og glataðan tíma*, Ed. Reykjavíkur Akademian, Reykiavík, 2000, Magnússon, Sygurdur, “The Singularization of History: Social history and Microhistory within the Postmodern State of Knowledge”, *Journal of Social History*, 36, 3, 2003, pp. 701 – 735, Muir, Edwin and Guido, Ruggiero, *Microhistory and the Lost People of Europe*, Ed. John Hopkins University Press, Baltimore, 1991, Peltonen, Matti, “Carlo Ginzburg and the new microhistory” *Suomen Antropologi*, 20, 1995, pp. 2 – 11, Peltonen, Matti, “Clues, Margins, and Monads: The Micro-Macro Link in Historical Research”, *History and Theory*, 40, 3, 2001, pp. 347 – 359, Revel, Jacques, *Jeux d’échelles: la micro-analyse à l’expérience*, Ed. Gallimard-Seuil, París, 1996.

escrutinio. Esto es completamente diferente de lo que ha sido llamado “Anglo-globalism”, es decir el privilegio imperialista involuntario de los estudios de literatura comparada escritos en inglés, basados en otros estudios generalmente escritos en inglés, que abordan textos literarios generalmente escritos en otras lenguas distintas del inglés.⁸⁶

La confianza en que la microhistoria puede derribar jerarquías políticas e historiográficas, hunde sus raíces en un pasado distante. No es la tribu “x” la que es relevante, dijo Malinowski en alguna ocasión, sino las preguntas dirigidas a la tribu “x”. Con un espíritu similar, Marc Bloch argumentó que la historia local debe ser encarada a través de preguntas que tengan implicaciones generales. A la luz de lo que he estado diciendo, la convergencia entre antropología e historia parecerá obvia. Porque en un mundo como el nuestro, en el cual algunos historiadores, reaccionando en contra de la pseudouniversalidad del *Homo religiosus* de Mircea Eliade, enfatizan la dimensión etnocéntrica, romana y cristiana, de la palabra “religión”, en esta situación, los estudios de caso vinculados a sus contextos específicos parecen prometedores, en la medida en que nos permiten acceder a nuevas generalizaciones, generando así nuevas preguntas y nuevas investigaciones.⁸⁷ Las respuestas *emic* generan preguntas *etic*, y viceversa.

No quiero terminar mis reflexiones cantando alabanzas a la microhistoria. Y no estoy interesado en etiquetas, pues considero que una mala microhistoria es simplemente una mala historia. Ya que ningún método puede protegernos de nuestras limitaciones y de nuestros errores. Así que cuando le hablamos a la próxima generación, debemos de ser francos y admitir nuestros defectos, mientras le explicamos aquello que, en contra de todas las probabilidades, estuvimos tratando de hacer. Entonces la próxima generación nos escuchará y hará algo diferente, como siempre ha acontecido. Pues como decía Leonardo da Vinci, ‘Triste es el caso del discípulo que no supera a su Maestro’.

* * *

⁸⁶ Esta crítica ha sido iniciada por Arac, Jonathan, “Anglo-Globalism?”, *Op. Cit.*, pp. 35 – 45. En su respuesta, Moretti no toca este tema, en “More Conjectures”, *New Left Review*, 20, marzo – abril de 2003, pp. 73 – 81 (la nota 8 trata sobre el lenguaje usado por los críticos, y no de la aproximación de segunda o tercera mano hacia los textos traducidos, supuestamente desarrollados por el trabajo meta-crítico en una perspectiva comparativa).

⁸⁷ Momigliano, Arnaldo, “Questioni di metodologia della storia delle religioni”, en *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1987, pp. 402 – 407, Smith, Jonathan, *Relating Religion: Essays in the Study of Religion*, Ed. Chicago University Press, Chicago, 2004.

Capítulo 5. Revelaciones Involuntarias. Leer la historia a contrapelo.⁸⁸

La invitación que me han hecho para inaugurar la “Cátedra Marc Bloch”, instituida por la Universidad de San Carlos de Guatemala, me honra profundamente. De modo que agradezco aquí a quienes me han invitado. En cambio, respecto de aquél que a través de esta Cátedra es hoy homenajeado, mi gratitud es más antigua y diferente.⁸⁹

Mi deuda intelectual respecto de Marc Bloch comenzó hace mucho tiempo, cuando yo era todavía estudiante. A él, y en particular a su libro *Los Reyes Taumaturgos* debo, como lo he recordado en varias ocasiones, el impulso decisivo para dedicarme al oficio de historiador. Y sobre sus reflexiones de método, publicadas póstumamente bajo el título *Apología para la historia o El Oficio de Historiador*, he decidido regresar ahora: lo que constituirá para mí un nuevo capítulo de una reflexión que me ha acompañado, de muchas maneras, durante mucho tiempo.

I

1. Comenzaré subrayando un hecho que es muy claro para los estudiosos: el libro *El oficio de historiador* que leemos hoy, es distinto del que ha sido leído durante decenios, en varios idiomas y en todo el mundo. Porque las investigaciones de un académico italiano, Massimo Mastrogregori, han demostrado las lagunas y los defectos de la primera edición, realizada por Lucien Febvre, y han abierto el camino a una nueva edición crítica, llevada a cabo por Etienne Bloch, hijo del historiador, y publicada en 1993, para después ser traducida reiteradamente⁹⁰. Así que hoy disponemos no sólo de una versión más adecuada del *Métier* incompleto, sino también de una serie de textos intermedios que nos permiten entrar, por decirlo así, dentro del taller del propio historiador.

Pero se trata de un taller o laboratorio todavía en construcción. Pues hace años, la historiadora holandesa Marleen Wessel encontró entre las cartas de Lucien Febvre un texto inédito de Marc Bloch: algunas pocas páginas comenzadas el 22 de septiembre de 1939 en Molsheim, en Alsacia, inmediatamente después del estallido de la guerra. Por segunda vez en su vida, Bloch, que había sido movilizado teniendo más de cincuenta años, se encontraba en el frente de guerra. Y oprimido por la inacción de aquella que fue después definida como “la guerra boba”, Bloch decidió escribir una “historia de los franceses” (no de Francia), a la cual quería preceder con algunas “Reflexiones para el lector curioso de método”. En esas páginas, concebidas entonces como Prefacio a un libro que no fue nunca escrito, Marleen Wessel identificó el germen del libro *Métier d'historien*⁹¹. Por ello las

⁸⁸ Este texto, *inédito* hasta hoy en cualquier lengua, es la versión ligeramente ampliada de la Conferencia Inaugural de la *Cátedra Marc Bloch*, Cátedra instituida por la Escuela de Historia de la Nacional y Autónoma Universidad de San Carlos de Guatemala, que fue inaugurada el 10 de noviembre de 2014, precisamente con esta brillante Conferencia de Carlo Ginzburg.

⁸⁹ Agradezco a María Luisa Catoni y a Franco Bacchelli por sus preciosas sugerencias respecto de este texto.

⁹⁰ Véase Massimo Mastrogregori, “Le manuscrit interrompu: *Métier d'historien* de Marc Bloch”, en *Annales E. S. C.*, 1989, pp. 147-159; y Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, edición crítica a cargo de Etienne Bloch, París, 1993.

⁹¹ Véase M. Mastrogregori, “Due scritti inediti di Marc Bloch sulla metodologia storiografica”, en la *Rivista di storia della storiografia moderna*, 1988, núm. 2-3, pp. 152-180, y en particular las páginas 169-180; Marleen Wessel, “Réflexions pour le lecteur curieux de méthode. Marc Bloch et l'ébauche originelle du *Métier d'historien*”, en *Génèses*, núm. 3, 1991, pp. 154-161; y véase también Marc

incluyó, justamente, en la edición holandesa del *Métier* de la que ella fue responsable, (aunque esas páginas, a su vez y extrañamente, no están incluidas en la edición crítica francesa del año de 1993)⁹².

En estas “Reflexiones”, emerge por primera vez un tema destinado a regresar en todas las versiones, y poco a poco cada vez más elaborado, del *Métier d'historien*. Los testimonios del pasado, escribe Bloch, se dividen en “dos categorías fundamentales”: algunos testimonios “son intencionales; y los otros nos enseñan sin haberlo buscado, e incluso a pesar de ellos mismos”. Y más adelante continúa:

“El primer grupo incluye todos los escritos voluntariamente destinados a informar o a edificar a sus lectores”: por ejemplo las Crónicas, las Vidas de los Santos, las Memorias en las cuales los hombres políticos trataron de justificar sus propias acciones frente a la posteridad. En el segundo grupo encontramos los libros de cuentas de los mercaderes, las plegarias transcritas por los clérigos, los fragmentos de vajillas tiradas por los habitantes en los palafitos: es decir testimonios heterogéneos, observa Marc Bloch, que tienen en común un elemento: el de haber terminado por contribuir al conocimiento de un cierto pasado, sin desearlo: “mucho mejor que muchas narraciones, esos hechos profesionales o cotidianos nos han dado elementos para reconstituir una estructura económica, una mentalidad religiosa, o una civilización material”.

El progreso más notable de la investigación histórica “durante los últimos siglos”, ha consistido, continúa Bloch, “en otorgarle una parte cada vez mayor a esos testimonios involuntarios”. Un documento comercial, un fragmento de barro, un nombre de persona o de lugar, constituyen señas (“empreintes”) humanas de un valor no inferior a las Crónicas más vivaces: “todo está en saber extraer de ellas la vida”. Y aquí Bloch da un paso adelante, que complica, profundizándola, la distinción de la cual había partido: a las propias “obras narrativas”, tendemos cada vez más a preguntarles “otra cosa distinta a la que ellas pretenden decirnos”. La Crónica medieval o las *Memorias* de Saint-Simón nos interesan también, cierto, por los eventos que nos cuentan, pero más todavía por las revelaciones que esos textos nos aportan, inconscientemente, sobre el bagaje mental de los monjes, o sobre la psicología de un duque y noble”.

Y aquí, súbitamente, Bloch establece el parangón entre el historiador y el detective: “El detective perspicaz, cuando interroga a los actores del drama, espera de sus respuestas no tanto una exposición aceptable de los hechos, sino más bien los elementos que le permitirán reconstruir, a partir de un esfuerzo personal de inteligencia, la verdad. A los ojos del historiador también, incluso la mejor conducida y la más sincera de las deposiciones, tienen sobre todo un simple valor de indicio”⁹³.

2. Hace muchos años escribí un ensayo sobre los indicios, en el cual equiparaba al historiador con un detective (Sherlock Holmes), con un *conocedor* (el historiador de arte Giovanni Morelli), y con el fundador del psicoanálisis (Sigmund Freud, que se había inspirado en Morelli)⁹⁴. En aquel ensayo cité *Los Reyes Taumaturgos*: pues no habría

Bloch, *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, edición de A. Becker y Etienne Bloch, París, 2006, pp. 505-515.

⁹² Véase Marc Bloch, *Pleidoii voor de geschiedenis of geschiedenis als ambacht*, edición a cargo de Marleen Wessel, Nijmegen, 1989, pp. 203-212.

⁹³ Véase Marleen Wessel, “Réflexions...”, pp. 158-159.

⁹⁴ Véase Carlo Ginzburg, “Spie. Radici di un paradigma indiziario”, en el libro *Crisi della ragione. Nuovi modelli nel rapporto tra sapere e attività umane*, edición a cargo de A. Gargani, Turín, 1979, pp. 59-106; Id., *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1989,

podido citar las “Reflexiones para el lector curioso de método”, que en aquel momento eran todavía inéditas⁹⁵. Pero la convergencia del tema de los indicios no era fruto de un simple azar: si no hubiese leído a Bloch (lo que de él se había ya publicado) no habría podido escribir aquello que escribí hace treinta y cinco años. Y hoy, aquello que escribí entonces, me ayuda a analizar más de cerca la distinción formulada por Bloch, entre testimonios voluntarios e involuntarios, así como sus implicaciones principales.

Las “Reflexiones” de 1939 han sido retomadas, casi literalmente, en otro escrito de Bloch, también publicado solo hace algunos años: se trata de las notas preparatorias para el Curso desarrollado en octubre de 1940 en Clermont Ferrand, adonde había sido transferida la Universidad de Estrasburgo. Su hijo Etienne, que asistió a ese Curso, nos informa que aquellas notas se refieren solo a las primeras dos lecciones; el 18 de octubre fue publicado un Decreto del Gobierno de Vichy, que prohibía a los Profesores judíos la actividad de la enseñanza. El título que tiene ese conjunto de notas, “Cómo y por qué trabaja un historiador” habría debido convertirse, según las intenciones de Marc Bloch, en el subtítulo de su *Métier d'historien*⁹⁶. Bloch, en ese momento, había dejado ya de lado el proyecto de su historia de los franceses, y lo que entonces ocupaba su mente, en aquel momento angustioso para su país, para los que le eran queridos, y para él mismo, eran las reflexiones sobre el método histórico. De las implicaciones políticas de este tema, Bloch era plenamente consciente. Pero la reflexión distanciada, era también una manera de dominar la angustia.

Un análisis de las variantes entre las varias redacciones, nos muestra la mente de Marc Bloch en el momento de trabajar: para dar un mínimo ejemplo, las “obras narrativas” de 1939 se convierten, un año después, en las “fuentes narrativas” entre comillas, lo que señala una toma de distancia que se convierte en todavía más clara en la redacción final, en donde se afirma “las fuentes narrativas –para emplear, en un francés un poco barroco, la expresión consagrada”⁹⁷. A una primera redacción del *Métier*, que podemos datar en 1941, sigue una más amplia, sobre la cual Bloch trabajó hasta los primeros meses de 1943⁹⁸. Entonces la argumentación se convierte poco a poco en cada vez más rica, aunque siguiendo aún las líneas trazadas desde 1939. Y en la última versión, la importancia de la distinción entre testimonios voluntarios e involuntarios, viene recuperada con gran energía:

“Entre las Vidas de los Santos de la Alta Edad Media, tres cuartas partes de ellas, por lo menos, son incapaces de enseñarnos nada sólido sobre los piadosos personajes de los que pretenden reconstruir el destino. Pero preguntémosles por el contrario sobre las maneras de vivir o de pensar particulares, de las épocas en las que fueron escritas, y que son cosas que la hagiografía no tenía el menor deseo de exponernos. Entonces encontraremos estos textos como algo de un valor inestimable. Pues en nuestra inevitable

incluido también en el libro de A. Gilly, Subcomandante Insurgente Marcos, C. Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, México, 1995, pp. 75-128. Y también en el libro *Tentativas*, Ed. Universidad Michoacana, México, 2003.

⁹⁵ Marleen Wessel citó mi artículo “Spie”, a propósito del pasaje sobre los indicios: Marc Bloch, “Opmerkingen voor de methodologische geïnteresseerde lezer”, en el libro *Pleidoii voor de geschiedenis*, p. 208, nota 5.

⁹⁶ Véase Marc Bloch, *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, pp. 823-842 (“Comment et pourquoi travaille un historien”). Sobre la fecha, cfr. las páginas 824 y 842. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Presentación a la edición en español”, al libro de Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, edición crítica preparada por Etienne Bloch, México, 1998, p. 41.

⁹⁷ Véase Marc Bloch, *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, p. 892.

⁹⁸ Véase Etienne Bloch, Introducción a la *Apologie pour l'histoire*, pp. 39-46 (“La datation de l'oeuvre et les étapes de la rédaction”).

subordinación respecto del pasado, no nos hemos dado cuenta de que, condenados siempre a conocerlo exclusivamente por las huellas que él dejó, logramos de cualquier modo saber sobre él, mucho más de lo que él mismo creyó correcto dejarnos conocer. Esta es, bien considerada, una enorme revancha de la inteligencia sobre el dato”⁹⁹.

3. El peso dado en los últimos siglos a los testimonios involuntarios ha abierto, dice Marc Bloch, nuevos sectores de la investigación histórica: desde la estructura económica hasta la mentalidad religiosa, pasando por la civilización material. (Aquí se entrevé el programa de los *Annales*, y sus repercusiones sobre la historiografía internacional de las décadas sucesivas). Pero detrás de esta afirmación, se puede percibir otra en negativo: la de que la historiografía llamada tradicional, —política, eclesiástica, militar—, se concentraba sobre todo en los testimonios voluntarios. No obstante, desde hace un cierto tiempo los historiadores han aprendido a buscar el elemento involuntario dentro de los propios testimonios voluntarios. Y es esto lo que Bloch define como una “gran revancha de la inteligencia sobre el dato”.

Hace algunos años, en el Prefacio de mi libro *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, he insistido en la importancia de este pasaje¹⁰⁰. Pero sobre este tema hay todavía mucho que decir. Y en primer lugar, ¿quiénes fueron los responsables de esta transformación profunda dentro de la investigación histórica? En las “Reflexiones” de 1939, Bloch atribuía, en un tono irónicamente encubierto, la “crítica razonada del testimonio” a “algunos modestos eruditos. Sus nombres eran Papenbroech, Mabillon, Beaufort, y ellos no habrían sido sin duda los menos sorprendidos, al saber que al dedicarse a estudiar las Vidas de oscuros Santos [Papenbroech] o los aburridos Diplomas de los Reyes Merovingios [Mabillon] o las *Conciones* de Tito Livio [Beaufort], que eran el pan cotidiano de tantos escritorzuelos de diversas escuelas, lo que ellos estaban descubriendo, simplemente, era todo un nuevo método de conocimiento”¹⁰¹.

Papenbroech, Mabillon, Beaufort: estos mismos nombres aparecen en el texto de “Las reflexiones sobre las falsas noticias o rumores de la guerra” de 1921, un ensayo en el cual Bloch tomaba el ejemplo de la experiencia vivida durante la Primera guerra mundial, para razonar sobre la transmisión de los testimonios, presentes o pasados¹⁰². Sobre la importancia de esas páginas, para las reflexiones generales de Bloch sobre el método histórico, he llamado la atención hace muchos años¹⁰³. Bloch lo tenía muy presente, cuando otra guerra mundial, es decir la Segunda guerra mundial, lo obliga a reflexionar nuevamente sobre el oficio de historiador¹⁰⁴. En la redacción final del *Métier*, el nombre de Beaufort desaparece, mientras que al de Mabillon se le da un mucho mayor papel, inesperado y sorprendente. Porque escribe Bloch que el año de 1681, año en el cual el Monje Benedictino

⁹⁹ Véase Marc Bloch, *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, p. 893.

¹⁰⁰ Véase Carlo Ginzburg, *Il filo e le tracce. Vero, falso, finto*, Milán, 2006, pp. 9-10. En aquel momento no recordaba que Marleen Wessel me había señalado la importancia de este pasaje, en una carta que está fechada “Ámsterdam, el 9 de diciembre de 1987”: le agradezco vivamente hoy, después de tantos años.

¹⁰¹ Véase Marleen Wessel, “Réflexions...”, p. 159.

¹⁰² Véase Marc Bloch, *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, p. 293-316.

¹⁰³ Véase Carlo Ginzburg. “A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch” en *Studi Medievali*, s. 3, VI, 1965, p. 335-353, especialmente pp. 310-312. Véase también F. Pitocco, *Crisi della storia, crisi della civiltà europea. Saggio su Marc Bloch e dintorni*, Milán, 2012, pp. 6-14.

¹⁰⁴ Véase en particular la manera en que esto es retomado, casi literalmente, en el texto de Marc Bloch, incluido en *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, pp. 923-924.

Mabillon publicó su tratado *De re diplomática*, para responder al escepticismo del jesuita Papebroech sobre los Diplomas Merovingios, constituye “una gran fecha, en verdad, dentro de la historia del espíritu humano”¹⁰⁵. Lo que significa que lo que hizo posible el nacimiento de la historiografía moderna fue, según Bloch, la elaboración de los métodos fundados sobre el estudio diversificado de testimonios involuntarios: en una palabra, la Anticuaria.

4. Hace más de medio siglo, el término de “Anticuaria” se encuentra ligado de manera indisoluble al célebre ensayo de Arnaldo Momigliano “La Historia Antigua y el Anticuario”, que apareció en 1950 en el *Journal of the Warburg and the Courtauld Institutes*¹⁰⁶. En 1938, las leyes raciales impuestas por el régimen fascista italiano, habían obligado a Momigliano, que tenía entonces alrededor de treinta años, a dejar la Universidad de Turín, donde enseñaba, y a buscar refugio en Inglaterra. En enero de 1949, presentó una primera versión de su ensayo al Instituto Warburg: una institución que nació en torno de la Biblioteca de Aby Warburg, afortunadamente transportada desde Hamburgo hacia Londres en mayo de 1933, en los comienzos del régimen nazista¹⁰⁷. La gran erudición de Momigliano no ocultaba, sino que acentuaba el carácter polémico de su ensayo. Desde dos siglos atrás a la fecha de la escritura de ese ensayo, los anticuarios eran considerados como pedantes inocuos, y como el blanco de una benévola burla. Pero Momigliano redescubrió el significado de esta tradición de estudios, y la impuso al estudio y a la atención de los estudiosos, (una atención que se encuentra todavía viva, y hoy quizá más viva que nunca). La historiografía moderna, es esta la tesis sostenida por Momigliano, había nacido de la confluencia entre los métodos de la anticuaria y la *historia filosófica* a la Voltaire. El ensayo termina entonces así:

“El anticuario salvó la historia del escepticismo, aún cuando él no escribía historia. La preferencia por los documentos originales, la sagacidad en el descubrimiento de las falsificaciones, la habilidad para recolectar y clasificar las fuentes, y sobre todo el amor ilimitado por la cultura, son las contribuciones principales del anticuario a la ‘ética’ del historiador. Nosotros honramos la memoria de Jean Mabillon, no solamente por su obra *De re diplomática*, sino también por su *Traité des études monastiques*, en el cual recomendaba: ‘mantener el corazón libre de las pasiones, y sobre todo de la pasión de criticar’¹⁰⁸.

5. En el ensayo de Momigliano, que fue publicado en 1950, faltaba una referencia al *Oficio de Historiador* de Bloch, que había aparecido un poco antes, en los inicios del verano de 1949¹⁰⁹. Dentro de la densísima reconstrucción de la tradición anticuaria propuesta por

¹⁰⁵ Véase Marc Bloch, *L'Histoire, La Guerre, la Résistance*, p. 906.

¹⁰⁶ Véase Arnaldo Momigliano, “Ancient History and the Antiquarian”, en *Journal of the Warburg and the Courtauld Institutes*, núm. XIII, 1950, pp. 285-315, reimpresso en el libro *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1979 [la primera edición es de 1955], pp. 66-106 (yo cito de la traducción italiana, “Storia antica e antiquaria”, incluida en el libro *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, pp. 3-45). Se encuentran muchos materiales y ejemplos dignos de reflexión, en los ensayos compilados en el libro *Momigliano and Antiquarianism. Foundations of the Modern Cultural Sciences*, de P. N. Miller editor, Toronto, 2007: véase en particular el ensayo de I. Herklotz, “Momigliano’s ‘Ancient History and the Antiquarian’: a Critical Review”, pp. 127-153, no siempre convincente pero rico de agudas observaciones, y relevante para la perspectiva desarrollada aquí.

¹⁰⁷ Véase, *Sui fondamenti...*, p. 42.

¹⁰⁸ *Ibid.*

¹⁰⁹ Véase Massimo Mastrogregori, *Il manoscritto interrotto di Marc Bloch*, Ed. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa – Roma, 1995, p. 88.

Momigliano, y la insistencia de Bloch sobre la importancia de la anticuaria para los estudios históricos, no existe, hasta que se demuestre lo contrario, ninguna relación directa. Pero una convergencia sí existe, aunque me parece que no ha sido nunca discutida. Para la mirada de ambos historiadores, la anticuaria se configuraba como una respuesta decisiva frente al escepticismo del “pirronismo histórico”, que rechazaba como poco fiables a los historiadores de la Antigüedad¹¹⁰. Pero al final de las “Reflexiones sobre las falsas noticias o los rumores de la guerra”, de 1921, Bloch había observado que el escepticismo respecto de los testimonios “no afecta más que a cosas muy superficiales. Porque la historia jurídica, o económica, o religiosa, no es afectada por ese escepticismo; es entonces muy posible, que lo que es lo más profundo en la historia, puede ser también lo que ella tiene de más seguro”¹¹¹. Y la reflexión sobre los “testimonios involuntarios”, desarrollaba esta misma afirmación en una dirección nueva.

El vínculo de Bloch, (y en general de la historia social), con la tradición anticuaria, no escapó a la atención de Momigliano. Pues en la Introducción a las *Sather Lectures*, pronunciadas en la Universidad de Berkeley en 1961-62, Momigliano observó que Tucídides, que era considerado en el siglo XIX el padre de la historiografía, no podía ya ahora ser considerado como tal:

“Libros como *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga, o los *Caracteres Originales de la Historia Rural Francesa* de Marc Bloch, y quizás también *La nueva mente de Inglaterra* de Perry Miller, no pueden ser presentados como puros y simples desarrollos del mismo tipo de historiografía a la Tucídides. Sus precedentes en la Antigüedad, deben más bien buscarse en el ámbito de la investigación anticuaria y erudita, así como en la tradición de la historiografía que rompe con Tucídides”¹¹².

Este pasaje permaneció inédito durante décadas: porque las *Sather Lectures* solo fueron publicadas póstumamente, bajo el título *Los Fundamentos Clásicos de la*

¹¹⁰ Véase I. Herklotz, (que no menciona a Bloch), quien rechaza la conexión entre Anticuaria y pirronismo histórico, citando también un ensayo mío (“Momigliano’s ‘Ancient History and the Antiquarian’”, pp. 236 y subsecuentes, pp. 149-150, nota 42). En la versión ampliada del ensayo mío citado, que Herklotz no podía todavía conocer, he discutido el texto *De historica facultate* de Francesco Robortello, que confirma la tesis de Momigliano, pero anticipándola en un siglo (C. Ginzburg, *Il filo e le tracce*, pp. 23-27; y véase también Ibíd., pp. 88-90, sobre la Mothe le Vayer y Jean Chapelain). L’analogía entre pirronismo y fascismo, que P. N. Miller atribuye sin prueba alguna a Momigliano (“Momigliano, Antiquarianism”, p. 27) es completamente absurda.

¹¹¹ Cfr. Carlo Ginzburg, “A proposito della raccolta...”, pp. 340-341 (también para la relación con el discurso que presentó Bloch a los estudiantes del Liceo de Amiens, en 1914, y que apareció póstumamente en la revista *Annales E. S. C.* en 1950).

¹¹² Véase Arnaldo Momigliano, *The Classical Foundations of Modern Historiography*, con un Prefacio de R. Di Donato, Berkeley y Los Ángeles, 1990, p. I. Aquí se vuelve explícito aquello que Momigliano había afirmado una década antes, es decir, que la Anticuaria ha desaparecido y luego reapareció con otras vestimentas: “...entonces la idea de las ‘Antiquitates’ ha desaparecido, porque desapareció la idea correspondiente de una historia política fundada sobre fuentes literarias. Después, los historiadores han reconocido que los argumentos tradicionales de la investigación anticuaria, podían ser transformados en capítulos de la historia de la civilización, con todo el necesario aparato erudito que los acompañaba” (*Sui fondamenti...*, pp. 41-42). Esta reaparición de la Anticuaria se le escapó tanto a I. Herklotz (“Momigliano’s ‘Ancient History and the Antiquarian’”, pp. 143-144) como también a P. N. Miller (“Momigliano, Antiquarianism”, ibíd., pp. 29, y 52), llevándolos a no entender adecuadamente, respecto de un punto decisivo, el significado del ensayo de 1950. Sobre este punto es muy útil el ensayo de B. Bravo, “Felix Jacoby, Arnaldo Momigliano e l’erudizione antica” en el libro *Aspetti dell’opera di Felix Jacoby*, bajo la responsabilidad de C. Ampolo, Pisa, 2009, 2ª edición, pp. 227-257.

Historiografía Moderna, pero solamente en el año de 1990. En los propios escritos publicados, Momigliano se refirió siempre a Bloch en contextos invariablemente elogiosos, incluso improntados por una irónica *reserva*, como en la observación “de los historiadores que nosotros respetamos, desde Herodoto y Tucídides hasta Eduard Meyer y Marc Bloch”¹¹³. Pero sobre Bloch y la anticuaria, Momigliano no intervino nunca más, incluso cuando habría sido obvio hacerlo: por ejemplo en el ensayo de 1974, titulado “Las reglas del juego en el estudio de la historia antigua”¹¹⁴. Esas reglas son diez, y lo que Momigliano presenta, es precisamente un decálogo dedicado no solo a los historiadores antiguos, sino a todos los historiadores en general. Pero al final, el tono que antes había sido aquí y allá bruscamente irónico, se convierte en un tono solemne:

“El historiador comprende hombres e instituciones, ideas, fes, emociones, necesidades de individuos que no existen más. Pero comprende todo esto porque los documentos que tiene frente a sí, debidamente interpretados, se presentan como situaciones reales. El historiador comprende a los muertos del mismo modo en que comprende a los vivos. Aprende a transformar las fuentes en vida del pasado, desde Herodoto, Guicciardini, Burckhardt y Marc Bloch, mucho más fácilmente que a partir de los manuales de método histórico”¹¹⁵.

Quien lea esta última frase, no puede dejar de recordar que Bloch escribe textos de historia, pero también textos de método histórico, aunque nunca bajo una forma manualística (un género que, por lo demás, él detestaba)¹¹⁶. Pero en la lista que Momigliano colocó como Apéndice a su propio ensayo, bajo el título de “Algunos libros de método histórico, a partir de una elección arbitraria”, y que son 26 títulos en total, las reflexiones metodológicas póstumas de Marc Bloch, no son mencionadas. No obstante, me parece que estas están consideradas, implícitamente, en un pasaje que precede en algunos párrafos al que acabo de citar: “el historiador encuentra en la carta al hombre que la ha escrito, en el decreto al cuerpo legislativo del que ese decreto ha emanado, en ciertas y muy precisas circunstancias; encuentra en la casa a aquellos que la habitan, y en la tumba, la fe del grupo al cual el difunto pertenecía. El historiador interpreta documentos como indicios de los hombres que han desaparecido. Él encuentra el significado del texto y del objeto que tiene frente a sí, porque lo comprende como si perteneciese todavía a aquella situación pasada, a la cual de hecho realmente pertenece. El historiador transfiere todo aquello que sobrevive, hacia el mundo que ya no existe más. Y esta capacidad de interpretar el documento como si no fuese un documento, sino un episodio real de la vida pasada, es lo que finalmente hace, propiamente, al historiador”¹¹⁷.

¹¹³ Véase A. Momigliano, “Storicismo rivisitato”, 1974, incluido en *Sui fondamenti...*, p. 456.

¹¹⁴ Véase A. Momigliano, “Le regole del gioco nello studio della storia antica”, en *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, pp. 477-486. Respecto de las versiones precedentes, (véase por ejemplo el libro *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, vol. I., Roma, 1980, pp. 13-22), falta la dedicatoria “A la querida memoria de Aldo Ferrabino, en recuerdo de casi cincuenta años de divergencias metodológicas”. Esta dedicatoria reaparece en otra compilación de escritos de Momigliano, que es *Storia e storiografia antica*, Bologna, 1987, pp. 15-24.

¹¹⁵ Véase A. Momigliano, “Le regole del gioco...”, p. 486, [he eliminado el anglicismo de la última frase, para hacerla más comprensible. Carlo Ginzburg].

¹¹⁶ “La preponderancia de un triste manual” (M. Bloch, *Apologie pour l'histoire...*, p. 124). Massimo Mastrogregori en *Il manoscritto interrotto di Marc Bloch*, p. 97, observa que sin embargo, la *Apologie pour l'histoire* ha terminado, a veces, siendo utilizado y considerado como uno más entre muchos otros manuales.

¹¹⁷ Véase A. Momigliano, “Le regole del gioco...”, p. 485. P. N. Miller cita este pasaje, como un ejemplo de la superación de la distinción entre *Historia* y *Antiquitates*, (“Momigliano, Benjamin and

“El historiador transforma las fuentes en vida del pasado”, escribió Momigliano. Un documento comercial, un fragmento de barro, un nombre de persona o de lugar, son “huellas”: “todo consiste en saber extraer de ellos la vida”, había escrito Bloch en aquellas “Reflexiones para el lector curioso de método” que Momigliano no podía leer, porque en aquellos tiempos eran todavía inéditas. La carta, el decreto, la casa, la tumba, enlistadas por Momigliano son, (habría dicho entonces Bloch), testimonios involuntarios. El anticuario nos ha enseñado a analizarlos como documentos; por eso el historiador alimentado por la Anticuaria, transforma esos documentos en indicios (“empreints”), de una vida real ya desaparecida.

6. La convergencia entre Momigliano y Bloch sobre este punto me parece, como he dicho, evidente. Inexplicable en cambio, es el prolongado silencio de Momigliano sobre Bloch y sobre su redescubrimiento de la Anticuaria. Pero la reflexión sobre este tema debe continuar, retomando nuevamente la distinción formulada por Bloch, entre testimonios voluntarios e involuntarios. Y más precisamente, la idea de que testimonios involuntarios pueden también ser reencontrados al interior de los testimonios voluntarios. Esta idea, y la práctica que ella presupone, (aunque estas dos cosas deben ser rigurosamente diferenciadas), deriva de una historia mucho más larga y más complicada de todo lo que Bloch había afirmado. Una historia, y quizá incluso dos historias, que en el curso de los siglos se entrecruzaron reiteradamente: la primera de ellas basada en Homero, y la segunda basada en la Biblia.¹¹⁸ Dos escrituras sagradas, podríamos decir, forzando ligeramente este paralelismo. Pues incluso la concentración en torno a la verdad de textos tan diversos entre sí, hace emerger la posibilidad de leerlos en contra de sus intenciones originales (o las que han sido consideradas tales). Así que reflexionar sobre esta paradoja, dentro de una perspectiva comparada, tal vez podrá agregar algún elemento a la especificidad de la tradición cultural de la Europa occidental (y la razón de este último adjetivo se hará evidente más adelante).

II

1. De todo este largo itinerario, expondré aquí solo algunos pocos episodios, porque mi investigación se encuentra todavía en sus inicios. Pero antes, debo recordar algunos elementos propedéuticos. Como se sabe, Homero tuvo en la antigua Grecia —en la educación y en la sociedad griegas— una ubicación absolutamente única. Herodoto lo definió como el fundador de la genealogía de los dioses griegos.¹¹⁹ De modo que versos de *La Iliada* y *La Odisea*, eran citados en los lugares más impensados, como en los banquetes o en los tribunales, a veces a modo de broma y otras veces de modo muy serio, según las distintas circunstancias. Y si se exceptúan algunas pocas voces disidentes, los poemas homéricos eran considerados literalmente como *verdaderos*. Así, en un caso típico, los espartanos, mediadores en la controversia entre megarenses y atenienses, por la posesión de la Isla de Salamina, adujeron dos versos de Homero (*Iliada*, ii, 557-558) como prueba de que en el pasado la isla había sido un dominio ateniense. Y Aristóteles, que recordó este

Antiquarianism, after the Crisis of Historicism”, en *Momigliano and Antiquarianism*, pp. 345-346), pero esta afirmación no está desarrollada.

¹¹⁸ De estas dos historias parte el gran libro de Eric Auerbach, *Mimésis* (1946), aunque dentro de una perspectiva distinta de la aquí explorada.

¹¹⁹ “Hesíodo y Homero crearon (*poiesantes*) la genealogía de los dioses para los Griegos” declaró Herodoto (2, 53), en una afirmación de la cual reivindicó, quizá con un rasgo de orgullo, la paternidad.

hecho en su libro *Retórica* (1375 b 13) comentó: los testimonios antiguos, como los de los poetas, comenzando por Homero, son los más dignos de fe, incluso porque no pueden ser alterados (*Retórica*, 1375 b 14 – 1376 a 1).

Pero cuando Aristóteles escribía estas palabras, su maestro Platón había ya lanzado un violento ataque en contra de Homero en el diálogo *La República*.¹²⁰ En los poemas de Homero, declaró Platón, son atribuidos a los dioses y a los héroes injusticias y comportamientos inmorales de todo tipo, y además, se inculca en los niños y en los adultos el miedo frente a la muerte y frente al más allá.¹²¹ Por lo tanto, en la ciudad ideal imaginada por Platón, no hay lugar para Homero, y la lectura de sus poemas debe estar prohibida. A este ataque respondió Aristóteles en su *Poética*, y en particular en su capítulo 25, subrayando que Homero era un poeta, y que la poesía tiene sus propios fines, que son distintos de los objetivos de la política.

Pues la poesía imita las cosas no solo como son o como deberían de ser, sino también como la gente dice que han sido. Y además Homero es excelente siempre, incluso cuando miente, es decir, incluso cuando sus personajes actúan de manera ilógica o paradójica.¹²² Y en otra obra, las *Cuestiones Homéricas* (de la cual sólo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos, tal vez reelaborados por los escolásticos) Aristóteles examinó una serie de pasajes de *La Iliada* y de *La Odisea* que los críticos habían condenado por considerarlos contradictorios o inmorales.¹²³ Aristóteles responde a esas críticas utilizando los instrumentos más diversos, que van desde la crítica textual (planteando la hipótesis de que ciertos pasajes habrían sido transmitidos de manera distorsionada) hasta la medicina, y hasta la verosimilitud psicológica. Y entre los versos discutidos por Aristóteles, sea en la *Poética*, sea en las *Cuestiones Homéricas*, había dos de *La Iliada* (X, 152-153) que dicen: “derechas las lanzas, eran enterradas por las puntas”. Sobre lo que Aristóteles comentó “esta era precisamente la costumbre de aquellos tiempos, como lo es incluso ahora entre los Ilirios”.¹²⁴

Entonces, según Aristóteles, los poemas de Homero, hechos (y es este el sentido del verbo griego *poieo*, del cual deriva la palabra “poeta”), hechos con fines específicos,

¹²⁰ *La República* fue redactada hacia los años 390 – 360 antes de nuestra era, mientras que la *Retórica* alrededor del año 330 antes de nuestra era.

¹²¹ Platón, *Repubblica*, libros II, III, X (utilizo la edición con una Introducción, con traducción y con notas de Mario Vegetti, publicada en Milán en 2007).

¹²² Aristóteles, *Dell'arte poética*, edición a cargo de C. Gallavotti, Milán, 1987, p. 97 (capítulo 25, 1460 a 19 – 1460 a 26): “Pero Homero ha enseñado también a los otros, muy bien, como se cuentan falsedades de un modo adecuado, y este modo es el del paralogismo” (y véase también 1454 b 26 – 1454 b 30). Cfr. igualmente C. Gallavotti, “Parlogismi di Ulisse nella *Poetica* di Aristotele” en *La parola del passato*, núm. 23, 1968, pp. 244-261. La alusión es a *La Odisea*, XIX, vv. 326-478 (Y véase también Eric Auerbach, *Mimésis*, que sin embargo se detiene sobre la digresión pero no sobre el reconocimiento).

¹²³ Cfr. *Aristotelis Opera*, vol. 3, *Librorum deperditorum fragmenta*, collegit et annotationibus instruxit O. Gigon, Berolini et Novi Eboraci 1987, p. 526-539, fr. 160 R. Para el comentario véase H. Hintenlang, *Untersuchungen zu den Homer-Aporien des Aristoteles*, Munich, 1961, p. 17-22, B. Breitenberger (que hace referencia también a fragmentos no incluidos en la edición a cargo de O. Gigon), en Aristoteles, *Fragmente zu Philosophie. Rhetorik, Poetik, Dichtung*, übersetzt und erläutert von H. Flashar, U. Dubielzig, u B. Breitenberger (*Aristoteles Werke in deutscher Uebersetzung*, Band 20, *Fragmente Teil 1*), Berlín, 2006, y para el pasaje antes citado véase pp. 399-400. También hay mucho material en *Homer's Ancient Readers. The Hermeneutics of Greek Epic's Earliest Exegetes*, editado por R. Lamberton y J. J. Keaney, Princeton, Nueva Jersey, 1992.

¹²⁴ Aristotele, *Dell'arte poética*, p. 103 (61 a 1-3).

imitan las cosas como son, o como se dice que fueron, o como deberían ser, y en cualquiera de los casos imitan una realidad que ya no existe más. Pero estas distinciones han tenido un efecto decisivo sobre nuestro modo de leer a los poetas, e incluso sobre nuestro modo de leer en general, hasta el día de hoy. Más en particular, Aristóteles ha inaugurado la filología homérica, reforzando así el puesto central, único, de Homero dentro del canon griego. Y aquí el término ‘canon’ debe ser entendido en sentido literal. Porque investigaciones recientes demuestran que en Alejandría, en el siglo II antes de Cristo, la exégesis de la Biblia, y más precisamente de la Torah, de los cinco libros de Moisés, tomó reiteradamente como modelo la exégesis de Homero, inspirada en Aristóteles.¹²⁵

2. Respecto a la idea de Marc Bloch de la que he partido, la de buscar en un texto los ‘testimonios involuntarios’, nos encontraríamos aparentemente frente a universos mentales muy diferentes, si no es que incluso opuestos. Ya que considerar los poemas de Homero o la Torah como textos sagrados o semisagrados, parecería excluir a priori la posibilidad de encontrar en ellos elementos ‘involuntarios’, es decir, ‘ajenos a una comunicación deliberada’. Pero la canonización de un texto, como ha sido ya recordado, es seguida normalmente de comentarios sin fin.¹²⁶ Y en un caso específico, el comentario al verso de *La Iliada* “derechas las lanzas, eran enterradas por las puntas” (X, 152-153) propuesto por Aristóteles al decir “esta era precisamente la costumbre de aquellos tiempos, como lo es incluso ahora entre los Ilirios”, abrió el puente a una lectura que extraía elementos marginales del texto para insertarlos en un contexto nuevo. Aristóteles no había sido, ciertamente, el primero en encontrar en Homero los testimonios de usos y costumbres ligados a un pasado ya desaparecido. Dentro de una perspectiva anticuaria, análoga a la suya, se habían movido ya Tucídides y, quizá, también Platón.¹²⁷ Pero la intensidad y la variedad de los instrumentos hermenéuticos con los cuales Aristóteles lee a Homero no tenían precedente. Porque ellos sacaban a luz la distancia que había entre *La Iliada* y *La Odisea*, y las preguntas, nuevas e imprevisibles, planteadas por el lector del presente.

3. Este puente entre el ‘en aquellos tiempos’ y el ‘ahora’ se convirtió en algo más profundo en el contexto histórico marcado por la progresiva afirmación del cristianismo, y

¹²⁵ Véase P. S. Alexander, “‘Homer the Prophet of All’ and ‘Moses our Teacher’: Late Antique Exegesis of the Homeric Epics and of the Torah of Moses”, en *The Use of Sacred Books in the Ancient World*, L. V. Rutgers, P. W. van der Horst, H. W. Havelaar, L. Teugels (editores), Leuven, 1998, pp. 127-142, y más en general, *Homer, the Bible, and Beyond. Literary and Religious Canons in the Ancient World*, M. Finkelberg y G. G. Stroumsa (editores), Leiden-Boston, 2003. El ensayo de Alexander ha sido desarrollado en un libro muy notable de M. Niehoff, *Jewish Exegesis and Homeric Scholarship in Alexandria*, Cambridge-New York, 2011. Había sido anticipado en gran parte el cuadro trazado por G. G. Stroumsa, en “Homeros-Hebraios: Homere et la Bible aux origines de la culture européenne (17e-18e siècles)”, en *L’Orient dans l’histoire religieuse de l’Europe. L’invention des origines*, Turnhout, 2000, editado por M. A. Amir-Moezzi y J. Scheid, pp. 87-100 (ahora en una versión en inglés en G. G. Stroumsa, *A New Science*, pp. 49-61, y en particular p. 49).

¹²⁶ En la Introducción a *Homer, the Bible, and Beyond. Literary and Religious Canons in the Ancient World*, p. 6, los editores (M. Finkelberg y G. G. Stroumsa) contraponen, citando a M. Halbertal, la ‘cerrazón textual’ del *corpus* homérico y la ‘apertura hermenéutica’.

¹²⁷ Sobre el componente anticuario de las *Cuestiones Homéricas* cfr. I. Herklotz, “Momigliano’s ‘Ancient History and the Antiquarian’”, p. 131, Véase también R. Weil, *L’archéologie de Platon*, París, 1959. Y sobre los posibles ecos en Aristóteles de una lectura de Tucídides (en particular de sus páginas ‘arqueológicas’), cfr. Carlo Ginzburg, *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, Milán, 2000, pp. 58-67.

más precisamente, marcado por la derrota de quienes habían tratado de contraponer radicalmente la nueva religión (la cristiana) a la vieja religión (la hebrea). Porque incluir las sagradas escrituras de ambas religiones —es decir, el Viejo y el Nuevo Testamento— en un libro único significaba crear dificultades, tensiones y contradicciones. Así que ¿cómo superarlas? Las estrategias puestas en acción para esto, aun cuando muy diversas, no se excluían recíprocamente entre sí.

De este modo, en el caso, decisivo, de San Agustín, su lectura alegórica de la Biblia, que es la que ha llamado más la atención, ha oscurecido su muy original esfuerzo para recuperar el significado de la letra del texto.¹²⁸ Esta técnica se puede ver en acción en un caso particularmente embarazoso: el de la poligamia de los Patriarcas del Viejo Testamento. Esta última debe ser interpretada, dice San Agustín en su libro *De la Doctrina Cristiana*, “en un sentido no sólo estricto e histórico, sino también figurado y profético”. Pero el parangón que sigue inmediatamente a esta afirmación se refiere solamente al sentido “estricto e histórico”, es decir literal:

“Entre los antiguos Romanos era vergonzoso vestir una túnica con mangas y larga hasta los pies, mientras que en cambio ahora, para aquél que es de buena condición, es vergonzoso cuando se pone la túnica, no tenerla con esas mismas características [...]”.¹²⁹

Análogamente, observa San Agustín, cuando se lee la Biblia “es necesario considerar atentamente que cosas se adaptan a las personas, a los lugares, a las circunstancias, para no desaprobado sin consideración algunas presuntas acciones vergonzosas”.¹³⁰

San Agustín, profesor de Retórica, lee el Viejo Testamento teniendo presente una categoría fundamental de la retórica antigua: “aquello que es apropiado” (en griego, *to prepon*). Pues el orador debe adaptar su propio discurso a públicos muy diversos, a circunstancias diferentes, y también a tiempos y a lugares distintos.¹³¹ De modo que la flexibilidad de la retórica abre una perspectiva moral e intelectual de una amplitud asombrosa. Por eso, escribe San Agustín:

“Cuando lectores inexpertos y que no están habituados a otras costumbres, se topan con narraciones de tales hechos [como el de la poligamia de los Patriarcas], si no fuese por su vinculación con la autoridad de las Escrituras, los juzgarían como hechos vergonzosos, sin darse cuenta de que su propio modo de comportarse dentro del matrimonio, en sus banquetes, en sus modos de vestir y en todas las otras costumbres del vivir cotidiano les parecen vergonzosos a otros pueblos y a otras épocas”.¹³²

En otras palabras, el Viejo Testamento nos habla de una sociedad diversa de la nuestra, fundada sobre costumbres distintas de las nuestras. San Agustín coloca en el mismo plano a la poligamia y a los modos de vestir, en cuanto señas de una ajenidad cultural que debe ser comprendida, y no condenada apresuradamente a la luz de nuestros propios criterios. Paradójicamente, aquello que había hecho posible esta clara toma de distancia frente a una aproximación que hoy definiríamos como etnocéntrica, fue la

¹²⁸ Véase Carlo Ginzburg, *The Letter Kills. On Some Implications of 2 Corinthians 3, 6*, en *History and Theory*, núm. 49, 2010, pp. 71-89 (texto del cual retomo aquí algunos pasajes).

¹²⁹ *Ivi*, p.199, *De doctrina christiana*, III, 13.20.

¹³⁰ San Agustín, *L'istruzione cristiana*, cit., p. 197 (*De doctrina christiana*, III, 12.19).

¹³¹ M. Pohlenz, *To Prepon. Ein Beitrag zur Geschichte des griechischen Geistes*, en “Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen”, en *Philologisch-Historische Klasse*, XVI, 1933, pp. 53-92.

¹³² San Agustín, *L'istruzione cristiana*, cit., p. 199, en traducción ligeramente modificada (*De doctrina christiana*, III, 14.22).

pretensión de la religión cristiana de ser *verus Israel*, el verdadero Israel, es decir la confirmación verdadera de la religión hebrea. Pero se trataba de una idea nueva e impactante, que Aristóteles habría encontrado incomprensible: y es la de que una cosa que ha sido verdadera en el pasado, pueda ser englobada y superada por otra cosa aún más verdadera hoy.¹³³ Y el término ‘superada’ alude de manera deliberada a la ‘superación’ de Hegel, a la *Aufhebung*. Así que la noción que hoy nos es familiar, de la perspectiva histórica, emerge de hecho con San Agustín y con el cristianismo, para llegar después hasta Hegel y también a los distintos lectores de Hegel.¹³⁴

4. La poligamia de los patriarcas, que el Viejo Testamento daba por descontada, no lo era ya más para San Agustín: se había convertido en una costumbre inaceptable en el presente, aunque estuviese completamente justificada en el pasado. La distancia que se ha creado entre el texto sagrado y su lector, nos reenvía por analogía a la distancia entre Homero y Aristóteles, quien reconoce en los versos de *La Iliada* sobre las puntas de las lanzas clavadas en la tierra, en el campo de los Aqueos, el testimonio de una costumbre que es todavía identificable aunque sólo entre algunas pocas poblaciones, como por ejemplo la de los Ilirios. Así que en el caso de Aristóteles estamos frente a una lectura anticuaria, a la que hoy llamaríamos una lectura antropológica (aunque la antropología deriva de la anticuaria, como lo demostró Arnaldo Momigliano).¹³⁵ En el caso de San Agustín, la óptica anticuaria es instrumental, aunque no por ello menos importante. Porque cuando aquí se da cuenta de que el texto canónico (Homero, o en otro caso, la Biblia) daba por descontada alguna cosa que hoy (es decir, en el tiempo de Aristóteles o el de San Agustín) no lo es más, se cumple un paso decisivo hacia una lectura crítica, y además potencialmente desacralizada. Un paso, o tal vez incluso dos: porque la pregunta sobre aquello que está en el texto (aunque se trate solamente de elementos marginales) provoca otras preguntas sobre aquello que no está en el texto, pero que no está porque ha sido dado por descontado.

Esta última observación ha sido formulada por un gran historiador, profundamente implantado en la vida política de Florencia de su propia época: Francesco Guicciardini, amigo e interlocutor de Maquiavelo. En uno de sus *Recuerdos* (que son reflexiones privadas, publicadas solamente después de su muerte), Guicciardini lamentó que todos los historiadores hubiesen dejado “de escribir muchas cosas que en su propio tiempo eran evidentes, precisamente porque las presuponían como algo evidente”. En la historia de los romanos, de los griegos y de todos los otros pueblos, faltaban de hecho noticias sobre sus estructuras de organización política, sobre sus instituciones militares, y sobre otros temas similares que en aquellos tiempos eran evidentes, y que por eso mismo nunca eran mencionadas¹³⁶.

¹³³ Carlo Ginzburg, “Distanza e prospettiva: due metafore”, en *Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza*, Milán, 1998, pp. 171-193.

¹³⁴ Sobre las raíces cristianas de la dialéctica hegeliana cfr. E. De Negri, *La teología di Lutero. Rivelazione e dialettica*, Florencia, 1967.

¹³⁵ Arnaldo Momigliano, “Prospettiva 1967 della storia greca”, en *Sui fondamenti...*, p. 429 (en donde se habla de ‘sociólogos’, pero por implicación también de antropólogos. Y véase también las pp. 430-31).

¹³⁶ Véase F. Guicciardini, *Ricordi*, edición crítica a cargo de R. Spongano, Florencia, 1951, p. 155, nota 143, citado por I. Herklotz, “Momigliano’s ‘Ancient History and the Antiquarium’”, pp. 150-151, nota 49. Véase también la obra *Consigli e avvertimenti in materia di repubblica e di privato*, París, 1576.

A este silencio de los historiadores sobre todos estos puntos, es a lo que los anticuarios trataron de buscar remedio, explotando una documentación heterogénea: inscripciones, monedas o textos literarios¹³⁷. Aquí, la divergencia entre historia y anticuaría es clarísima. Pero el esfuerzo en cierto sentido paradójico, de los anticuarios, de recuperar testimonios de la realidad ignorados o silenciados, dado que se daban por descontados, buscándolos no ya en los propios escritos de los historiadores orientados hacia la búsqueda de la verdad, sino por ejemplo, en textos literarios que eran escritos de ficción, nos reenvía a Bloch y a sus “testimonios involuntarios”. Y estos se encuentran en el centro de un diálogo de Jean Chapelain, *De la lecture des vieux romans*, que se supone sucedió en París en 1647 (pero que fue publicado solo póstumamente, en 1728, cuando el autor había muerto hace más de medio siglo)¹³⁸.

5. En el diálogo *De la lecture des vieux romans*, sin duda provocado por un acontecimiento real, reencontramos el tema que hemos seguido hasta aquí, a través de textos diferentes, lejanos en el tiempo y en el espacio: el tema de la distancia entre texto y lector. Pero mientras que en los ejemplos precedentes se trataba de textos canónicos, aquí se trata exactamente de lo contrario. El autor, Jean Chapelain, literato y poeta entonces famoso, cuenta que de pronto fue sorprendido por dos amigos, cuando se encontraba leyendo la novela medieval *Lancelot*. Uno de esos amigos, el erudito Gilles Ménage, le preguntó ¿qué cosa puede encontrar un hombre dotado de buen gusto como usted, en un libro que los partidarios de los modernos, que critican el culto por la Antigüedad, consideran con desprecio? ¿Es que acaso *Lancelot* sería, le pregunta Ménage sarcásticamente, un nuevo Homero o un nuevo Tito Livio?

En aquel momento, dentro de la escena literaria parisina, emergía la “querrela de los antiguos con los modernos”. Entonces Ménage, partidario de los antiguos, encontraba inverosímil que un partidario de los modernos pudiera apreciar un “miserable cascarón vacío”, como *Lancelot*. La Edad Media como categoría historiográfica no había sido todavía inventada, y esto es tan verdadero, que Chapelain acuña una periodización paradójica, declarando entonces que *Lancelot* “fue compuesto en la etapa de las tinieblas de nuestra Antigüedad moderna”. Es un libro escrito por un “bárbaro”, “sin ninguna lectura, más que aquella del propio libro del mundo”, admite Chapelain. Se trata entonces de una historia inventada (“fable”), como lo son también las historias de Homero, aún cuando Homero es “noble y sublime”, mientras que *Lancelot* es “rústico y servil”. Pero a pesar de todo esto, *Lancelot* es:

“una narración fiel, si no de lo que sucedía entre los Caballeros y los Reyes de aquellos tiempos, sí por lo menos, de aquello que se estaba persuadido que podía suceder, a partir de los vestigios de cosas similares, que se acostumbraban practicar en los siglos anteriores”.

¹³⁷ Véase la obra *La Ilíada*, capítulo VII, pp. 472 y subsecuentes, citadas por Gaio, *Institutiones*, vol. III, 141, como testimonio de la práctica del trueque (cfr. J. Reinach Editor, París, 1950, p. 118 y subsecuentes). El pasaje de Gaio había sido señalado a través del *Digesto* (...): lo retoma por ejemplo A. D'Alessandro, en su libro *Genialium dierum libri sex*, Colonia, 1539, p. 210.

¹³⁸ Retomo aquí, ampliándola, una parte de mi ensayo “Parigi 1647: un dialogo sulla finzione e sulla storia”, incluido en *Il filo e le tracce. Vero, falso, finto*, Milán, 2006, pp. 78-93.

Chapelain conoce bien el libro de la *Poetica* de Aristóteles, y lo cita indirectamente, al observar que *Lancelot* narra “lo que se estaba persuadido que podía suceder”¹³⁹. Pero Chapelain transforma, tácitamente, el término de “verosímil” de Aristóteles en un verosímil histórico, ligado además a un pasado específico¹⁴⁰. Este deslizamiento, transforma entonces a la novela medieval en “una representación ingenua, y por así decirlo una historia cierta y exacta, de las costumbres que eran dominantes en las Cortes de aquellos tiempos”. ¿Entonces *Lancelot* si sería, como Tito Livio, el gran historiador de la Roma antigua?, insinúa provocadoramente su amigo Ménage. Chapelain responde, en un cierto sentido sí: “porque tanto el autor de *Lancelot* como Tito Livio, podrían ser comparados por la veracidad de los hábitos y de las costumbres sobre las cuales, tanto el uno como el otro, nos dan imágenes perfectas: el primero [Tito Livio], de los tiempos en los cuales ha escrito, y el otro [*Lancelot*], de aquellos en los que este libro fue escrito”.

De este modo, podemos decir que *Lancelot* es una especie de Tito Livio *a pesar de sí mismo*, aunque al mismo tiempo es una cosa distinta. Esto mismo declara Ménage, sacando las conclusiones de la argumentación de Chapelain: el autor de *Lancelot* es “el historiador de su propio tiempo”, sobre todo porque:

“se encuentra aquí el complemento de los *Annales* que nos han quedado de aquellas épocas, los cuales nos informan sobre el nacimiento y la muerte de los Príncipes y de los accidentes que han acontecido en sus Reinos, mientras que este libro de *Lancelot*, de la manera en que nos es descrito, nos familiariza con dichos Príncipes y Reyes, y nos muestra el fondo de su alma”.

6. Esta polémica contra la aridez de las Crónicas, nos suena hoy bastante familiar. Pero el lado constructivo de las reflexiones de Chapelain es más rico, porque es mucho más imprevisible. Pues es claro que Chapelain se mueve ya en la perspectiva dibujada por Bloch casi tres siglos después, de una historia que busca, dentro de los testimonios voluntarios como la novela de *Lancelot*, los elementos y los rasgos de testimonios involuntarios:

“una representación ingenua, y por así decirlo, una historia cierta y exacta de las costumbres”.

En tiempos más cercanos a los nuestros, esa “historia de las costumbres” se habría transformado quizá en historia social, quizá en historia de la mentalidad, o quizá en ambas: pero las etiquetas tienen aquí poca importancia. Lo que realmente es importante, es una idea de historia que se funda, sobre todo, en testimonios que no han sido contaminados por la voluntad de quien los produce, y que por lo tanto, pueden ser mucho más ciertos: por eso, como lo escribe Bloch, “lo que hay de más profundo en la historia, bien podría ser también lo que ella tiene de más seguro”¹⁴¹.

7. Como se ha visto en su diálogo, Chapelain hace explícitos, con gran lucidez, los presupuestos tácitos de una praxis difundida entre los anticuarios: citar versos de los poetas antiguos, o en otros casos de novelas medievales, como documentos reveladores de las

¹³⁹ Véase Aristóteles, *Poetica*, capítulo 25 (1460 b 10): el poeta imita las cosas “como eran, o como han sido, pero también *como se dice o como se cree que han sido*, aunque también como deberían de ser”, [subrayado mío, Carlo Ginzburg].

¹⁴⁰ Véase el ensayo mío citado, “Parigi 1647...”, p. 82, nota 16.

¹⁴¹ Véase Marc Bloch, “Réflexions d’un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”, en Id., *L’Histoire, La Guerre, la Résistance*, p. 297.

costumbres y de las instituciones jurídicas del pasado¹⁴². En su propia demostración, Chapelain habría podido tomar como ejemplo, en lugar del oscuro *Lancelot*, los poemas de Homero, que fue honrado en la Antigüedad, pero que después se había convertido en el blanco de las críticas de los modernos, pero no hizo eso. En esta dirección, sí avanzó en cambio, en 1664, Claude Fleury, que era entonces un joven abogado de 24 años en el Parlamento de París, (más tarde se convirtió en Cura, y escribió una célebre Historia de la Iglesia muy elogiada por Voltaire). Probablemente, Fleury conocía el diálogo de Chapelain, que era entonces inédito. Y también las *Reflexiones sobre Homero* permanecieron inéditas por más de medio siglo; fueron publicadas sólo después de la muerte de su autor, primero de manera anónima, y después atribuyéndolas falsamente a Alexander Pope, que era un célebre traductor de Homero, y él mismo, también poeta¹⁴³.

Fleury comienza registrando el descrédito en el cual ha caído Homero. Sus detractores le reprochaban tener un estilo “completamente simple y grosero”; además, decían que ciertos elementos particulares del modo de vivir de los hombres que él describe, les parecían “bajos y rústicos, hasta el punto más extremo”. Nosotros sabemos bien que la Antigüedad exaltó a Homero, y que “sus obras eran respetadas entre los griegos, casi tanto como es respetada la Biblia entre nosotros”¹⁴⁴. Una observación aparentemente neutra, que introduce, no obstante, una serie de paralelos entre Homero y la Biblia. Y su estilo es similar: las comparaciones orientales de los poemas de Homero, se asemejan a las del *Cantar de los Cantares*, y a las parábolas del Evangelio. Además, parece que Homero nació en Asia, aunque no sabemos dónde, y que vivió en los tiempos del Rey Salomón. Así, dice Fleury, en Homero vemos que:

“la misma manera de vivir que existía entre los griegos y los troyanos, es similar a la que nosotros vemos en la Biblia entre los israelitas: es decir, la de reyes pastores y trabajadores, aunque los griegos aparecen como menos cultivados”.

Así, quien encuentra ridículo que en los poemas de Homero los reyes se ocupen de la cocina, y que su riqueza consista en la posesión de muchas bestias, observa Fleury, olvida que Homero ha vivido hace casi tres mil años. Y en aquellos tiempos, los hombres vivían de una manera simple y natural, y Homero

“no podía adivinar cómo vivirían los hombres que nacerían treinta siglos después que él; y aún cuando lo hubiese adivinado, habría debido adaptarse a las costumbres de su tiempo”¹⁴⁵.

La palabra clave de este pasaje es “adaptarse” (“s’accommoder”). San Agustín había también hablado de *accommodatio* a propósito de la Biblia, para expresar la idea de que Dios, en los libros sagrados, habla una lengua que sea accesible al hombre¹⁴⁶. Pero el

¹⁴² Véase Chantereau Le Févre, *Traité des fiefs et de leur origine*, París, 1662, (que he citado extensamente en mi ensayo ya referido, “Parigi 1647...”), p. 83, nota 21).

¹⁴³ Véase N. Hepp, *Deux amis d’Homère au XVIIe siècle, textes inédits de Paul Pellisson et Claude Fleury*, París, 1970, que publica la versión manuscrita de las *Reflexiones sobre Homero*, precedidas de una muy útil Introducción. El joven Fleury podría haber tenido una copia del *Diálogo*, a partir de uno de los interlocutores de Chapelain, que era Gilles Ménage, y del cual en 1661, Fleury era secretario (cfr. p. 24, nota 2). Véase también del mismo N. Hepp, *Homère en France au XVIIe siècle*, París, 1968. Y sobre todo lo que sigue, véase G. G. Stroumsa, “Homeros Hebraios”, y desde otro punto de vista, mi ensayo “Provincializing the world: Europeans, Indians, Jews (1704)”, en la revista *Postcolonial Studies*, vol. 14, núm. 2, 2011, pp. 135-150.

¹⁴⁴ Véase Hepp, *Deux amis...*, pp. 137-138.

¹⁴⁵ Véase Hepp, *Deux amis...*, pp. 153 y 146-147.

¹⁴⁶ Sobre la noción de *accommodatio*, véase A. Funkestein, *Theology and the Scientific Imagination from the Middle Ages to the Seventeenth Century*, Princeton, 1986, pp. 208-289 (un texto

uso del término “adaptarse” referido a Homero, aun cuando sea en un contexto hipotético (“y aún cuando él lo hubiese adivinado, habría debido”), insinúa la idea de que también en el caso de la Biblia, era imposible prever el modo en el cual ella misma sería leída más de treinta siglos después. Este paralelismo implícito abre el camino a una tesis inesperada, que es la de que en los poemas de Homero, se encuentran referencias a las costumbres y al modo de vivir que los lectores de aquella época daban por descontados, pero que son preciosos hoy para los lectores actuales de la Biblia: “aquello que los antiguos no tenían necesidad de aprender, porque era algo que se les enseñaba en otro lugar, a saber una infinidad de particularidades de la manera de vivir de su época, y que son de una gran utilidad ahora, para la comprensión literal de la Biblia”.

Esta afirmación es repetida, con un énfasis todavía mayor, al final de las observaciones de Fleury. Allí Fleury dice que Homero

“es uno de los mejores intérpretes de las Escrituras, para aquellos que no tratan de buscar en él, solamente, el sentido literal de sus textos”¹⁴⁷.

Por lo tanto, las informaciones involuntarias que nos da Homero, hacen de él, independientemente de su voluntad, uno de los mayores intérpretes de la propia Biblia. Fleury desarrolla, se podría decir, la argumentación formulada por Chapelain a propósito del texto de *Lancelot*. ¿Pero con qué consecuencias? ¿Acaso con la de que los poemas de Homero deberían de terminar siendo considerados un libro sagrado, como lo han sido ya en el pasado, en un cierto sentido, por los antiguos griegos, o no sucedía más bien lo contrario? ¿Es que acaso deberíamos leer la Biblia tan solo como un texto oriental, que en cuanto a su estilo y a su contenido, nos reenvía a un contexto histórico compartido con Homero, y que entonces debería terminar atenuando el carácter único de la Biblia en su calidad de texto sagrado?

8. Fleury terminó de escribir sus *Reflexiones sobre Homero* en 1665. Cinco años más tarde, apareció en Ámsterdam un libro anónimo titulado *Tratado Teológico Político*, en el cual su autor, Baruch de Spinoza, impugnaba de manera radical el carácter sagrado de la Biblia. Es probable que Fleury haya leído ese libro escandaloso, pero si lo hizo, ignoramos sus reacciones¹⁴⁸. Aunque ciertamente, en una obra ulterior, *Las Costumbres de los Israelitas*, que apareció en 1681, Fleury, después de una rápida referencia a la inspiración divina de la Biblia, la lee no como un texto sagrado, sino como un verdadero tesoro de informaciones anticuarias. Los lectores eran invitados a “abandonar las ideas particulares sobre nuestro país y de nuestra época, para mirar a los israelitas dentro de sus circunstancias, y dentro de las épocas y los lugares en los que vivían, para compararlos con los pueblos vecinos, y para entrar así dentro de su propio espíritu y dentro de sus reglas de conducta”¹⁴⁹.

Seguían capítulos sobre la comida, el vestido, las costumbres matrimoniales, la agricultura, la guerra, el comercio, y naturalmente también sobre la religión: se trata de una lectura contextual de la Biblia en cuanto libro oriental, que presuponía también la lectura de

fundamental). El pasaje de San Agustín, es citado en las páginas 223-224 (un problema que he desarrollado en mi ensayo “Distancia y prospectiva”, incluido en el libro *Ojazos de madera*, Ed. Península, Barcelona, 2000).

¹⁴⁷ Véase Hepp, *Deux amis...*, pp. 153, 146-147, 159-60, 163.

¹⁴⁸ Sobre este punto, debe verse el *Catalogus librorum bibliothecae... D. Claudii Fleury*, Parisiis, 1724 (en la Biblioteca Nacional de Francia).

¹⁴⁹ Véase C. Fleury, *Les Moeurs des Israélites*, Bruselas, 1700, p. 8.

Homero, el que es muchas veces mencionado.¹⁵⁰ Y en un cierto punto, Fleury siente incluso la necesidad de declarar esta dependencia de su propia lectura, de manera explícita y casi solemne:

“Porque la autoridad de Homero, (hay que decirlo de una vez), me parece muy grande en todo esto. Él vivió en los tiempos del profeta Elías en la costa del Asia Menor: de modo que todo lo que describe, de las costumbres de los griegos y de los troyanos, tiene una relación maravillosa con aquello que las Escrituras nos enseñan sobre las costumbres de los hebreos y de otros pueblos orientales, salvo el hecho de que los griegos, en la medida en que eran menos antiguos, eran también menos cultivados”¹⁵¹.

Fleury retomaba literalmente sus apuntes juveniles sobre Homero, pero para definir la relación entre Homero y la Biblia, su convergencia, agregaba un adjetivo ambiguo, el de “merveilleux”. ¿Quiere decir esto milagroso? ¿Significa más bien maravilloso? Le tocaba decidir esto al lector.

9. La lectura en clave anticuaria de Homero había abierto el camino hacia una lectura anticuaria de la Biblia.¹⁵² En 1700 fue publicado en Helmstedt, en Sajonia, un volumen intitulado *Antiquitates ex universa Scriptura S[acra] selectae*, que compilaba las lecciones impartidas por Joachim Hildebrand, profesor de Teología y Antigüedad Cristiana en la Universidad local, y quien había muerto algunos años antes. Pero el autor del Prefacio, el docto especialista en cuestiones judías Christoph Heinrich Ritmeier, demostró no compartir las convicciones de Fleury (que ciertamente conocía) sobre el gran número de informaciones contenidas en la Biblia, relativas al modo de vivir de los antiguos judíos. La Sagrada Escritura, observó Ritmeier, narra los acontecimientos de manera concisa, dando muchas cosas por descontado, porque se trataba de cosas que eran evidentes para aquellos a los cuales se dirigía.

De la misma manera, un historiador que escriba la historia de su propio país, no perderá el tiempo describiendo sus instituciones y sus costumbres. Y es esto lo que explica porqué sobre la historia de Roma, y sobre sus costumbres y sus instituciones públicas, aprendemos mucho más de los autores griegos (lo que es una alusión a Polibio y a Dionisio de Halicarnaso) que de los propios autores romanos.¹⁵³ Por eso en la Biblia, muchas cosas se nos escapan a nosotros que somos occidentales, continuaba Ritmeier, porque nosotros ignoramos el carácter, el temperamento y las costumbres de los pueblos orientales. Así que para comprender el Viejo y el Nuevo Testamento deberíamos conocer los ritos de los judíos:

¹⁵⁰ Véase Cl. Fleury, *Les Moeurs...*, pp. 29-30, 153-154, 216, 246-47, 273-74 y 339-340.

¹⁵¹ Véase Cl. Fleury, *Les Moeurs...*, pp. 100-101, con una referencia al Marmo Arundel: cfr. J. Selden, “Marmora Arundelliana”, [1628], en *Opera omnia tam edita quam inedita*, II, Londres, 1726, pp. 1438-1586, y en particular pp. 1451 y 1514.

¹⁵² Cfr. E. Feith, *Antiquitatum Homericarum libri IV*, Lugduni Batavorum 1677, que en el capítulo “de rite nuptiarum” (1. II, cap. XVI) reenvía a Mateo, XXII, 11-14: pero se trata de un caso aislado, aun cuando la Biblia es citada al principio de la obra entre los textos de autoridad.

¹⁵³ J. Hildebrand, *Antiquitates ex universa Scriptura S. selectae*, Helmstadt, 1700, Praefatio (de Ch. H. Ritmeier), pp. 2-3. Aquí Ritmeier retomaba, sin citarlo, a Pier Vettori, en sus *Explicationes suarum in Ciceronem castigatum*, Parisiis, ex officina Roberti Stephani, 1538, pp. 22-23 (a propósito de *Fam.* VIII, 11). Este pasaje es señalado por I. Herklotz, “Momigliano’s ‘Ancient History’”, pp. 138 y 151 nota 50, reenviando a A. Grafton, *Joseph Scaliger: A Study in the History of Classical Scholarship*, 2 vols., Oxford, 1983-1993, I, p.56 y también nota 60. Pier Vettori habría verosímelmente conocido —quizá hablando con el propio Guicciardini—, el pasaje de los *Ricordi* citado por el mismo Herklotz en la página 138.

y es esto lo que recomendaba el doctísimo Isaac Casaubon, en una carta dirigida a otro famoso erudito, Joseph Scaliger.¹⁵⁴

10. Se trata entonces de dos contextos diferentes. De un lado, el contexto vertical, diacrónico, sugerido por Ritmeier y por Casaubon, y en el cual la tradición judía (los ritos, las costumbres, los comentarios) era movilizaba para clarificar el significado de ciertos pasajes oscuros de la Biblia. Del otro lado, el contexto horizontal, sincrónico (o el pretendidamente tal) utilizado por Fleury para el mismo objetivo: Homero, considerado contemporáneo del Rey Salomón, es definido como uno de los mejores intérpretes de la Biblia. La divergencia entre estas dos estrategias era evidente. Y sin embargo, ambas se emparentaban a partir de la exhortación que Fleury había formulado al comienzo de su texto *Las costumbres de los Israelitas*, es decir, “abandonar las ideas particulares sobre nuestro país y de nuestra época, para mirar a los israelitas dentro de sus circunstancias, y dentro de las épocas y los lugares en los que vivían, para compararlos con los pueblos vecinos, y para entrar así dentro de su propio espíritu y dentro de sus reglas de conducta”.¹⁵⁵

Es este un pasaje que había ya mencionado antes. Lo reproduzco de nuevo para señalar el lugar en el cual lo he encontrado por primera vez: el libro de Amos Funkestein titulado *Teología e Imaginación Científica, desde la Edad Media hasta el siglo XVII* (Princeton, 1986). El pasaje de Fleury (su nombre solo aparece dentro de la nota), es citado al interior de un párrafo titulado “Los precursores de Vico”¹⁵⁶.

No trataré de dar aquí una idea general del libro *La Ciencia Nueva* de Giambattista Vico, publicado en 1725, luego reimpresso en una forma muy diferente en 1730, y finalmente, con pocas variantes, en 1744. Recordaré en cambio, muy brevemente, el destino paradójico de su autor: un pensador aislado, formado fuera de las corrientes más vivas del pensamiento europeo de su tiempo, incluso por razones lingüísticas (Vico no sabía francés, ni mucho menos inglés), que fue redescubierto más de medio siglo después de su muerte, y que poco a poco comenzó a ser traducido, comentado y discutido en todo el mundo. Entre aquellos que lo leyeron y lo admiraron, encontramos personajes muy diferentes, que van desde Carlos Marx hasta James Joyce. No obstante, *La Ciencia Nueva*, un libro que ha cambiado nuestro modo de mirar la historia humana, continúa siendo en muchos sentidos un enigma.

En un ensayo agudísimo, Arnaldo Momigliano observó:

“Vico atribuía demasiada importancia al Viejo Testamento, y demasiado poca importancia al Nuevo Testamento, para resultar interesante a los italianos que fueron sus propios contemporáneos”¹⁵⁷.

En efecto, en *La Ciencia Nueva*, esta extraordinaria travesía a través de la historia universal, escrita por un hombre que se proclamó siempre como una persona profundamente católica, el nombre de Jesús no aparece prácticamente nunca. (No creo que esta ausencia haya sido señalada, y mucho menos analizada). En cambio, es central la importancia que en este texto se asigna al “Viejo Testamento”: ¿pero alimentada por cuáles

¹⁵⁴ J. Hildebrand, *Antiquitates...*, pp. 2-4. Véase también A. Grafton y J. Weinberg, *Isaac Casaubon, the Jews, and a Forgotten Chapter in Renaissance Scholarship*, Cambridge, Massachusetts-Londres, 2011.

¹⁵⁵ Véase C. Fleury, *Les Moeurs des Israélites*, Bruselas, 1700, p. 8.

¹⁵⁶ Véase A. Funkestein, *Theology...*, p. 210.

¹⁵⁷ Véase Arnaldo Momigliano, “‘Bestioni’ ed ‘eroi’ nella *Scienza nuova* di Vico”, 1966, incluido en *Sui fondamenti...*, pp. 204-229, en particular p. 208.

lecturas? Momigliano ha escrito que “estamos probablemente mejor informados sobre los libros leídos por Vico, que sobre los libros leídos por cualquier otro escritor italiano de todos los tiempos, incluido el propio Dante”¹⁵⁸. A las muchas obras de Anticuaria que Vico leyó y consultó, ¿podríamos agregar también *Las Costumbres de los Israelitas*, de Fleury? Si no me equivoco, Vico no lo menciona nunca; ciertamente no habría podido leerlo en su versión original, porque no sabía francés, pero sí podría haber consultado la traducción italiana, que apareció en Venecia en el año de 1712¹⁵⁹. Pero se trata solamente de una hipótesis. Ciertamente, el hilo que hemos seguido hasta este momento al interior de la tradición anticuaria, —la búsqueda de lo verdadero dentro de lo ficticio, es decir, el camino indicado por Chapelain en su Diálogo, luego retomado por Fleury—, corresponde a la definición misma que el propio Vico dio de la “Ciencia Nueva” descubierta por él:

“Las tradiciones vulgares, deben haber tenido notorias explicaciones de lo verdadero, que nacieron y se conservaron en pueblos enteros, durante largos espacios de tiempo. Entonces, esta será la tarea de esta nueva ciencia: la de reencontrar esas explicaciones de lo verdadero, las cuales con el paso de los años, y con los cambios de las lenguas y de las costumbres, se fueron poco a poco recubriendo de lo falso”¹⁶⁰.

11. ¿Recubiertas de lo falso o de lo ficticio? ¿O de ambos? Los románticos que redescubrirán a Vico a principios del siglo XIX, reencontrarán en *La Ciencia Nueva* los temas que les apasionaban: la historia de las naciones en sus propios orígenes, o la verdad más allá de las ilusiones. Por su lado, los marxistas que leyeron *La Ciencia Nueva* a finales del siglo XIX y en adelante, reencontraron allí las grandes leyes de la historia y un esbozo de la crítica de la ideología.

Que sus textos sean leídos a la luz de las preguntas del presente, es parte del destino de todos los clásicos. Pero quien quiera comprender adecuadamente el contexto intelectual del cual emerge Vico, deberá ante todo dirigirse a una página escrita por Alessandro Manzoni en 1822. En aquel momento, Vico estaba siendo redescubierto en Italia, pero no todavía en Europa (en donde lo será, gracias al compendio del libro de *La Ciencia Nueva*, traducido al francés por el gran historiador Jules Michelet)¹⁶¹. En estas fechas, Manzoni no había todavía escrito su obra *Los Prometidos*, la novela histórica que lo volvió famoso, primero en Italia y después en Europa¹⁶². La página que voy a citar ahora es parte de su texto *Discurso sobre algunos puntos de la historia lombarda en Italia*, un escrito que acompaña a una tragedia en verso, de argumento medieval, titulada *Adelchi*.

¹⁵⁸ Véase Momigliano, “‘Bestioni’...”, p. 211.

¹⁵⁹ Véase Cl. Fleury, *Costumi degli Israeliti e de' Christiani... opera... trasportata dal francese da Selvaggio Canturani* (se trata de un seudónimo del monje carmelita Arcangelo Agostini: sobre esto, véase la entrada de G. E. Ferrari, en el *Dizionario biografico degli italiani*, vol. I, p. 460). De otra traducción llevada a cabo por Selvaggio Canturani, y leída por Vico, hablaré en otro ensayo de próxima publicación.

¹⁶⁰ Véase G. Vico, *Principi di Scienza Nuova*, edición bajo la responsabilidad de A. Battistini, Milán, 2011, p. 134, párrafos 149-150.

¹⁶¹ *Principes de la Philosophie de l'Histoire, traduits de la Scienza Nuova de J. B. Vico, et précédés d'un discours sur le système et la vie de l'Auteur*, por Jules Michelet, París, 1827. Y véase, por otra parte, *Mémoires de Vico, écrits par lui même, suivis de quelques opuscules, lettres, etc., précédés d'une introduction sur sa vie et ses ouvrages par M. Michelet*, Bruselas, 1837.

¹⁶² Además de la primera redacción, que permaneció bajo la forma de un simple esbozo (*Fermo e Lucia*), tendremos dos ediciones muy diversas entre sí, de este texto de los *Novios Prometidos*, publicadas respectivamente en 1827 y en 1840-42.

Aquí Manzoni imagina que un genio dotado de “perspicacia y de perseverancia” busca “en las Crónicas, en las cartas, en los documentos de particulares, los rasgos de la vida de la población italiana”. Y que descubrirá que, “el pequeño número de escritores de esos tiempos, o incluso de tiempos cercanos, no han querido ni podido distinguir, dentro de lo que sucedía frente a sus propios ojos, los puntos históricos más esenciales, los que realmente era importante transmitir a la posteridad. Ellos han señalado algunos hechos, pero las Instituciones y los usos, el estado general de las naciones, todo aquello que para nosotros sería lo más novedoso, lo más curioso, era en cambio, para ellos, parte de las cosas más naturales, de las más simples, lo que les parecía que valía muy poco la pena de ser narrado”.

Se trata de un sentimiento de desilusión que hoy conocemos bien. Pero, dice Manzoni, existe un remedio que es posible:

“No obstante, existe un arte de sorprender con certeza algunas revelaciones muy importantes que han escapado a la pluma del escritor, y de alcanzar a través de ellas, por medio de inducciones fundadas, algunos de nuestros conocimientos positivos”¹⁶³.

Este arte de sorprender las revelaciones que habrían escapado a la pluma del historiador, observa Manzoni, ha sido practicado recientemente, con resultados importantes fuera de Italia, pero sus raíces últimas son italianas. Manzoni indica dos. De un lado Muratori, el gran erudito que recolectó y estudió una enorme cantidad de documentos de todo género. De otra parte su contemporáneo Vico, que se ubicó en una región más elevada, pero también más arriesgada, tratando de identificar las leyes generales de la evolución histórica. En función de este objetivo, Vico examinó algunos escritores

“sometidos a prejuicios, que no estaban convencidos de sus ideas, de una memoria que algunas veces era muy poco fiel, como testigos de hechos generales de la más alta importancia, los que solo en esta condición son juzgados como dignos de su examen”.

Porque luego, rechazando las ideas de esos escritores, Vico

“busca la verdad dentro de aquello que ellos pretendían transmitir como hechos venidos de muy lejos, y rechazando sus conclusiones, él establece ciertas reglas para lograr establecer otras conclusiones, mejor fundadas [y extraídas] de sus revelaciones involuntarias”¹⁶⁴.

¹⁶³ La importancia de este pasaje ha sido señalada por O. Niccoli, *Profeti e popolo nell'Italia del Rinascimento*, Bari, 1987, p. 11.

¹⁶⁴ Véase A. Manzoni, *Discorso sopra alcuni punti della storia longobardica in Italia*, con un Prefacio de D. Mantovani, y en una edición bajo la responsabilidad de I. Becherucci, Milán, 2005, pp. 69-71: “El pequeño número de escritores de esos tiempos, o incluso de tiempos cercanos, no han querido ni podido distinguir, dentro de lo que sucedía frente a sus propios ojos, los puntos históricos más esenciales, los que realmente era importante transmitir a la posteridad. Ellos han señalado algunos hechos, pero las Instituciones y los usos, el estado general de las naciones, todo aquello que para nosotros sería lo más novedoso, lo más curioso, era en cambio, para ellos, parte de las cosas más naturales, de las más simples, lo que les parecía que valía muy poco la pena de ser narrado. No obstante, existe un arte de sorprender con certeza algunas revelaciones muy importantes que han escapado a la pluma del escritor, y de alcanzar a través de ellas, por medio de inducciones fundadas, algunos de nuestros conocimientos positivos. Este arte, en el cual algunos extranjeros han hecho desde hace algún tiempo estudios más detenidos, y de los cuales han dejado de tiempo en tiempo algunos monumentos dignos de observación, este arte, si no me equivoco, hasta nuestros días es muy poco ejercitado entre nosotros”; pp. 74-75: “Él miró a estos escritores como testigos sometidos a prejuicios, que no estaban convencidos de sus ideas, de una memoria que algunas veces era muy poco fiel, como testigos de hechos generales de la más alta importancia, los que solo en esta condición son juzgados como dignos de su examen. Bastante incrédulo, y despreciando las ideas

12. Entre las “revelaciones involuntarias” de Vico, (interpretado por Manzoni), y los “testimonios involuntarios” de Marc Bloch, el paso, a pesar de la distancia temporal, es pequeño. Pero no creo que la contigüidad implique necesariamente un nexo directo. Porque quizá Marc Bloch no leyó el discurso de Manzoni sobre la historia de los lombardos, y tal vez tampoco pensó en *La Ciencia Nueva* de Vico. Pero no obstante, para ambos, Vico y Bloch, era obvia la importancia del texto *De re diplomatica* de Mabillon, y también de la Anticuaria en general; pero para Bloch se trataba de un redescubrimiento cargado de nuevos significados, (porque quien en el siglo XX, busca la verdad en los testimonios involuntarios, no podría no haber pensado en los trabajos de Freud)¹⁶⁵. Pero en la coincidencia, también esta involuntaria, entre Vico y Bloch, existe quizá todavía otra cosa más. Vico buscó lo verdadero dentro de lo falso y lo ficticio, pero reconociendo con gran energía la fuerza de lo primero y de lo segundo, (un elemento, este último, que está ausente en la no obstante agudísima lectura que de él hace Manzoni). Por su parte, en su obra maestra *Los Reyes Taumaturgos*, Bloch lleva a cabo una empresa similar: la de desmitificar una leyenda, es decir, la del poder atribuido a los Reyes de Francia y de Inglaterra, de curar la enfermedad de las escrófulas, pero al mismo tiempo, analizando en profundidad el poder activo y actuante de este leyenda¹⁶⁶.

Seguir estos dos caminos significa leer la historia a contrapelo. Alguno habrá reconocido en la frase que he elegido como subtítulo para esta Conferencia mía, una alusión a las célebres *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin. Pues en uno de los momentos más oscuros de la historia del siglo XX, inmediatamente después de haberse firmado el pacto Molotov-Ribbentrop, en la vigilia del estallido de la Segunda Guerra Mundial, Walter Benjamin reflexionó sobre la historia y sobre el conocimiento histórico, así como lo hizo un poco más tarde, aunque en un espíritu muy diferente, también Marc Bloch. Diferente pero tal vez no incompatible. Porque ¿qué cosa significa, de hecho, leer la historia a contrapelo? Si la producción de los testimonios históricos, y sobre todo de los testimonios voluntarios, refleja en gran medida las relaciones de producción (y más en general, las relaciones de fuerza) al interior de una sociedad determinada, leer la historia a contrapelo significa buscar, en esos testimonios, los trazos de la opresión. Para hacer esto, es necesario, reconstruir, de una parte, la óptica desde la cual los testimonios históricos han sido producidos, y de la otra, sus efectos, que son el resultado de intenciones explícitas o implícitas, aun cuando en el largo plazo se trata casi siempre de efectos no deseados ni

que ellos planteaban como su propio juicio, busca la verdad dentro de aquello que ellos pretendían transmitir como hechos venidos de muy lejos, y rechazando sus conclusiones, él establece ciertas reglas para lograr establecer otras conclusiones, mejor fundadas [y extraídas] de sus revelaciones involuntarias”. La versión citada más arriba, es la traducción francesa de A. Manzoni, “Discours sur quelques points de l’histoire des Lombards en Italie”, *Bibliothèque Universelle des Sciences, Belles-Lettres et Arts*, redactada en Génova, 1831, tomo II, XVI año, literatura, tomo XLVIII, fascículo II, pp. 225-252 (y en especial p. 247, 248-249), y 337-367; tomo III, pp. 1-29. Esta traducción francesa podría haber sido leída por Jakob Burckhardt, que en la Introducción a la *Griechische Kulturgeschichte (Historia Cultural de los Griegos)*, I, Basel, 1956, p.5, parece recuperar este pasaje de Manzoni sobre las “revelaciones involuntarias”. Muchas de las implicaciones de este pasaje de Burckhardt, serán aclaradas por Manfred Posani Loewenstein, en una Tesis de Habilitación que está por ser discutida, muy pronto, en la Scuola Normale Superiore di Pisa.

¹⁶⁵ Véase G. B. Vico, *Principi di una scienza nuova*, parágrafo 485, p. 266.

¹⁶⁶ He abordado este punto en mi Prefacio a la traducción italiana del libro de Bloch, *I re taumaturghi. Studi sul carattere sovranaturale attribuito alla potenza del re, particolarmente in Francia e in Inghilterra*, Turín, 1973, publicado en español en la revista *Argumentos*, núm. 26, México, 1997.

previstos. Pero limitarse solo a esto, no es suficiente¹⁶⁷. Porque en un mundo como el nuestro, impregnado de mitos y de mentiras, la invitación a leer los testimonios entre líneas, para ser capaces de captar las “revelaciones involuntarias”, es más que nunca actual: enseña a reconocer la fuerza de los mitos y de las mentiras, pero también a desenmascarar tanto los unos como las otras.

*

*

*

¹⁶⁷ Estas páginas prolongan una discusión, que dura ya muchos años, con Simona Cerutti, discusión de la cual he aprendido muchísimo: véase el ensayo de ella, “A rebrousse-poil. Dialogue sur la méthode”, en la revista *Critique*, de junio-julio de 2011, pp. 564-575, en el número 769-770, dedicado al dossier “Sur les traces de Carlo Ginzburg”, y también mi ensayo “Our Words, and Theirs: A Reflection on the Historian’s Craft, Today”, en el libro *Historical Knowledge. In Quest of Theory, Method and Evidence*, editado por S. Fellman y M. Rahikainen, Cambridge, Cambridge Scholars Publishing, 2012, pp. 97-119, que ha sido publicado en español en la revista *ContraHistorias*, núm. 19, México, 2012.

Apéndice. Reseña Crítica de la edición italiana del libro Trabajo y Técnica en la Edad Media, de Marc Bloch.¹⁶⁸

De Marc Bloch habían sido traducidos hasta ahora, en Italia, *La Sociedad Feudal*, (Turín, 1949) y *Apología para la Historia u Oficio de Historiador* (Turín, 1950), mientras que esta selección que estamos comentando ahora, publicada por la Editorial Laterza de Bari, le da al público italiano, por primera vez, un panorama o cuadro general (aunque inevitablemente resumido, como lo advierte Gino Luzzatto en su Prefacio) de la actividad “menor” de Marc Bloch (menor tan sólo en cuanto a la simple magnitud de los textos, pero no en cuanto al trabajo involucrado, ni a la agudeza de lo que ellos representan), que acompaña casi siempre, anticipando o recuperando los temas y las líneas de investigación, de sus obras consideradas como “mayores” (*Los Reyes Taumaturgos*, Estrasburgo, 1924; *Los Caracteres Originales de la Historia Rural Francesa*, Oslo, 1931; y *La Sociedad Feudal*, París, 1939-1940).

Se trata en esta selección, de escritos originados en momentos diferentes — Ensayos, Reseñas Críticas, Recensiones, Comunicaciones a diferentes Congresos—, y que fueron publicados casi todos en los *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, la revista fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, con excepción del primero, *Para una Historia Comparada de las Sociedades Europeas*, de 1928 y publicado en la *Revue de Synthèse Historique*, y del último, *Cómo y por qué terminó la Esclavitud Antigua*, que se encontró incompleto entre los papeles póstumos de Bloch, y que fue publicado también póstumamente en 1947, en los *Annales. Economies, Sociétés, Civilizations*.

Sin duda, la publicación de esta colección de ensayos ayudará a replantear en términos más adecuados una discusión seria en torno a la obra y a la figura de Marc Bloch. Pues mientras que el interés cada vez más vivo de la mayoría de las historiografías europeas, dan testimonio de la “actualidad” de las líneas que Bloch abrió a la investigación, y que abarcan mucho más allá de la historia medieval (en este sentido, es muy significativa la evaluación hecha por Arnaldo Momigliano en el Congreso de Ciencias Históricas que se desarrolló en Roma en 1955, y que puede verse en su volumen VI, en las *Relazioni*, Florencia, 1955, p. 24), en Italia, por el contrario, la discusión en torno a la obra de Marc Bloch se ha mantenido, salvo poquísimas excepciones, en el nivel de una perezosa y muy estéril controversia metodológica, aunque más frecuentemente, en el simple plano de la ausencia absoluta de cualquier discusión.

En general, tal vez puede haber perjudicado a la comprensión de la obra de Marc Bloch, el hecho de estar ligada a un clima cultural particular que sería inexacto definir como “positivista” (sobre este punto, cfr. las reservas expresadas por el propio Bloch en su *Apologie pour l'Histoire*, p. 30, frente a una interpretación rígidamente positivista de la historia), pero que, de cualquier modo, sí es profundamente extraño a las posiciones asumidas por gran parte de la historiografía italiana de los últimos decenios. (En torno de esta recíproca incomprensión entre la historiografía italiana y la historiografía francesa, puede considerarse como un documento típico la carta de V. de Caprariis a Lucien Febvre,

¹⁶⁸Este texto de Carlo Ginzburg es una Reseña Crítica del libro de Marc Bloch, *Lavoro e Tecnica nel Medioevo*, Ed. Laterza, Bari, 1959, y fue publicada en el ‘Bollettino Bibliografico’ de la *Nuova Revista Storica*, año XLIII, fascículo 1, 1959. Al momento de redactar esta reseña crítica, Carlo Ginzburg tenía tan sólo veinte años, lo que no fue un obstáculo para que a esa edad conociera y dominara el conjunto de la obra de Marc Bloch en el enorme grado en que se refleja en este texto, lo que le permitía también, desde esa temprana época de su vida, tomar posición e intervenir agudamente en los debates de interpretación de la obra blochiana de esos mismos tiempos.

publicada en *Lo Spettatore Italiano*, año 3, núm. 2, de febrero de 1950, pp. 32-36). Nos referimos aquí no solamente a la historiografía más ligada a posiciones idealistas, sino también a la historiografía marxista de la segunda posguerra, cuyo marxismo, filtrado a través de los textos de Gramsci, es algo muy lejano de aquel contexto positivista que sin duda ha influido en la cultura que rodea a la obra de Marc Bloch.

En Italia, por parte de la historiografía marxista (cuyo interés por la obra de Marc Bloch, incluso fuera de los confines de nuestro país, está confirmado por la muy reciente publicación en la Unión Soviética de una traducción rusa de los *Caracteres Originales de la Historia Rural Francesa*, precedida de un Prefacio de A. D. Ljublinskaja, que se puede leer en su versión traducida al francés en la revista *Annales*, año 14, núm. 1, de enero-mayo de 1959, pp. 92-105), tenemos un estudio de Giuliano Procacci (publicado en la revista *Belfagor*, año 7, núm. 6, 1952, p. 662 y subsecuentes), que no carece de observaciones útiles, como por ejemplo el señalamiento de la sugestiva cercanía (observación que aquí está hecha dentro de un contexto explícitamente polémico) de ciertos aspectos de la historiografía blochiana con algunas posiciones del revisionismo marxista, lo que según Procacci es “un caso análogo, en ciertos aspectos, al de la escuela económica-jurídica que floreció en Italia a inicios del siglo” (p. 670).

Sin embargo, el ensayo resulta viciado desde la raíz, por una preocupación derivada de una extrema ortodoxia marxista, que lo reduce demasiado frecuentemente a un monótono elenco de supuestos “errores” de Bloch, el que, en esta concepción, sería culpable en sustancia de no ser totalmente, y en todos los momentos y por todas las razones, un secuaz del materialismo dialéctico: “lo que se le escapa [a Bloch] es el carácter dinámico y motor de la lucha de clases” (p. 669); “[...] en la interpretación de Bloch] la sociedad feudal está... disociada del modo de producción en el cual ella se funda, convirtiéndose así en una mera superestructura desenganchada de su base. El criterio para una comprensión unitaria de la historia, falta entonces en este sentido” (p.667), etc.

El criterio que ha guiado ésta selección publicada por la Editorial Laterza, es el de ofrecer al lector italiano algunos de los ejemplos más significativos de la actividad de Marc Bloch en los diferentes campos de investigación, al mismo tiempo que presentar un grupo de ensayos articulados en torno a un único problema. Encontramos así, al lado del ensayo *Para una historia comparada de las Sociedades Europeas*, que debería servir en cierto sentido como marco metodológico de la colección entera, (aunque subrayando que se trata de una metodología siempre enraizada en las “cosas”, en la investigación concreta y minuciosa) otros ensayos sobre el problema de la historia agraria, de la historia de la técnica (entre los cuales se incluye el famoso texto *Advenimiento y conquista del molino de agua*), o de historia monetaria (el fundamental ensayo sobre *El problema del oro en la Edad Media*), por ejemplo.

Sin duda, como lo señala Gino Luzzatto, no es difícil reconstruir, más allá de la aparente dispersión de estos temas de investigación, su unidad sustancial. Porque más allá de la hasta cierto punto obvia unidad “metodológica” en sentido amplio, se puede también reconocer la polémica llevada a cabo por Bloch, especialmente dentro de los *Annales*, en contra de una historiografía construida en “compartimentos estancos”, en la que ciertas afirmaciones (como por ejemplo la de “la estructura de las instituciones que rigen a una sociedad se puede explicar, en última instancia, sólo desde el conocimiento de su entero ambiente humano” (*La Sociedad Feudal*, p. 111)) que a primera vista podrían aparecer como obvias e incluso banales, en cambio y a la luz de la rica y compleja reconstrucción histórica lograda por Bloch, adquieren todo su verdadero significado (sobre lo cual, puede verse por ejemplo la estructura de un libro como *La Sociedad Feudal*, o el puesto que

ocupan, dentro del conjunto completo de la obra de Marc Bloch, investigaciones tan aparentemente “extravagantes” como su libro *Los Reyes Taumaturgos*).

Porque el esfuerzo de Marc Bloch es el de darnos una historia que, siguiendo la definición de Fustel de Coulanges, sea una “ciencia de las sociedades humanas”, (definición que Bloch acepta y que hace propia, aunque con una corrección que es característica: “... esto es, posiblemente, reducir un poco al exceso, dentro de la historia, la parte del individuo; pero el hombre en sociedad y las sociedades no son dos nociones exactamente equivalentes”). Coherente con esta afirmación, Bloch tiende a acentuar, dentro del nexo entre historia económica e historia social, al segundo término (véase a este respecto, el artículo que es la base de la Encuesta sobre la Nobleza, publicado en *Annales d'histoire économique et sociale*, vol. VII, 1936, especialmente la página 242, y aunque el artículo está firmado “Los Directores”, muy seguramente fue redactado por Bloch [pues en la página 239, en la nota 1, existe un pequeño indicio de esto cuando un “nosotros” se convierte en un “yo”], consideración que no es para nada inútil, dado que la posición de Bloch de un lado, y la de Lucien Febvre del otro, no son siempre totalmente coincidentes, aun cuando no se trata de verdaderas y estrictas divergencias, sino más bien y en general, de matices).

En este sentido, resulta típica la afirmación, y sobre todo la conclusión, del ensayo sobre *El problema del oro en la Edad Media*: “la historia económica de la moneda medieval —digamos aún mejor, su historia humana—, está todavía por escribir... de otra parte, esta historia económica no estaría en capacidad de alcanzar su verdadero objetivo, si no se decide al mismo tiempo a ser una historia social: es decir, si no acepta recordar que una sociedad humana se compone de grupos diversos, cuyos modos de vida opuestos se expresan también en el contraste de sus respectivos hábitos monetarios” (*Trabajo y Técnica...*, p. 135). Y se puede recordar, a propósito de esta expresión de “historia humana”, el pasaje muy frecuentemente citado de la *Apología para la historia*: “hace mucho tiempo que nuestros grandes ancestros, un Michelet, un Fustel de Coulanges, nos habían enseñado a reconocer que el objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre. Digámoslo mejor: los hombres..., porque detrás de los trazos sensibles del paisaje, de las herramientas y las máquinas, detrás de los escritos en apariencia más fríos, y detrás de las instituciones aparentemente más separadas por completo de aquellos que las han creado y establecido, son los hombres lo que la historia quiere comprender y captar”.

Se han señalado también los criterios que determinaron la elección de los ensayos compilados en este libro de *Trabajo y Técnica en la Edad Media*. Para nosotros, la elección resulta más que satisfactoria, aún cuando pueda considerarse discutible la idea de reunir en un mismo texto ensayos totalmente terminados y orgánicos, como *El problema del oro en la Edad Media* o *Advenimiento y conquista del molino de agua* con, por ejemplo, una reseña publicada sobre el tema de los “Paisajes agrarios” (cfr. *Trabajo y Técnica...*, p. 139-179), que aún cuando es rica en observaciones preciosas (entre otros temas, Bloch examina críticamente el volumen de Roger Dion, *Ensayo sobre la formación del paisaje rural francés*, revisando en polémica con el autor, algunas tesis expuestas antes en *Los caracteres originales de la historia rural francesa* sobre el problema de los regímenes agrarios hoy vigentes dentro de los campos de la zona francesa del Midi), presenta, ligada como lo está a la condición más contingente de lo que es una reseña, un interés sin duda menor para el lector italiano que no es especialista.

Tal vez habría sido más representativo de las investigaciones de Bloch sobre la historia agraria francesa, el amplio ensayo (pero quizá es demasiado amplio), *La lucha por el individualismo agrario en la Francia del siglo XVIII*, (en *Annales d'histoire économique et*

sociale, vol. 2, 1930, pp. 329-383, y después 511-556), que habla de la crisis decisiva que maduró en los campos franceses como consecuencia de la abolición de la servidumbre colectiva, y de la lenta difusión de las plantas forrajeras, temas sobre los cuales ofrece un cuadro preciso y apasionante.

De otro lado, habría sido deseable una traducción menos apresurada, más fluida y más cercana al texto. Porque frecuentemente el traductor ha dejado escapar digresiones o breves frases del texto francés (así por ejemplo en la página 54, después de la frase “una nueva etapa en el sentido de la especialización artesanal” continúa el texto del original francés: “la herramienta crea el oficio”; o en la página 74, después de “la teoría jurídica francesa... no inclinaba tal vez...” habría que agregar: “no sin cierto esquematismo”; en la página 75, después de “... el juego del genealogista!” continúa en el texto francés original: “la ausencia de testimonios masivos, parece de cualquier manera cierta en este punto”; en la página 89, después de la frase “... 76 francos franceses de hoy” habría que agregar “Algunas piezas de oro divisional —la mitad de un sous, un tercio de sous--, circulaban también”; en la página 130, después de “... la activa Zecca de Tournai”, continúa el texto original “Los recursos del Oriente no eran los únicos que ellos se esforzaban en captar”; en la página 145, después de “... no esconde ningún misterio”, debería de agregarse “Para creer esto, sería necesaria una extraña capacidad de ilusión”; en la página 163, luego de “un sugestivo ensayo de D. Faucher, provee la directriz de investigación”, sigue en el texto francés “El acento está puesto con mucha fuerza sobre el sustrato físico del paisaje humano”; en la página 239, después de “... recababan bellas herramientas de este comercio”, habría que añadir: “Igualmente los príncipes eslavos ya convertidos”, y un largo etcétera de pequeñas correcciones.

Más lamentables son algunos descuidos (por ejemplo, en la página 62, la palabra francesa *domaine*, en el sentido de reserva señorial o de *pars dominica* contrapuesta a la *tenure*, es traducido como “propiedad del Estado”, o en la página 81, la frase “Mientras los religiosos cantan los salmos de la penitencia, con la ayuda frente al Altar Mayor de personas con los pies desnudos”, se nos presenta como la traducción de lo que en francés dice más bien: “No obstante que, con los pies desnudos y frente al gran Altar, los religiosos..., etc.”; en la página 209 “esclavo *tenancier* traduce, en tres distintas ocasiones, y no se sabe por qué, el término francés de *esclave fermier*. Y también son más lamentables ciertas inexactitudes (en la página 74, “mecanismo ‘manorial’” es traducido como “mecanismo señorial”; análogamente, en la página 80, “el esfuerzo de todos los señores de los riachuelos y de los manoirs” —pues estamos en Inglaterra, como se ha dicho explícitamente—, es traducido con una cierta ligereza como “el esfuerzo de todos los señores de los ríos y de los señoríos”; en la página 153, en la nota, la palabra “chantier” (que debería ser traducida como depósito, o almacén, en este caso de leña o de carbón, es traducido como “cantera”). Y también se podría discutir la costumbre del traductor de dejar sin cambio el término *terroir*, que podría muy bien haber sido traducido al italiano con los términos de tierra, terreno, estructura del terreno, etc., según cada caso, como de otra parte si se hizo excepcionalmente en la página 142 (donde se dice “explotación... de la tierra”, para traducir “exploitation... du terroir”).

Se trata, en cualquier caso, de observaciones que no afectan para nada la utilidad de la publicación de estos ensayos, los que de otra parte no son siempre fácilmente accesibles, del ilustre historiador francés Marc Bloch.

Editorial Cuadernos de Sofía

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

CINCO REFLEXIONES SOBRE MARC BLOCH

CARLO GINZBURG

Este libro fue impreso en la Ciudad de Viña del Mar, Chile

A 01 de abril de 2021

SOBRE
CINCO
REFLEXIONES
MARC
BLOCH

CARLO
GINZBURG

Comprender el pasado a través del presente y el presente a través del pasado es la síntesis del pensamiento histórico. La historia vivida por la sociedad humana y el esfuerzo para describirla, pensarla e interpretarla une la erudición y el relato y a la vez nos conduce a que el mundo entero sea un pueblo, a veces ancho, otras veces, ajeno, parafraseando a Ciro Alegría. Marc Bloch y Carlo Ginzburg son horlas, como diría Guy de Maupassant, contemporáneos de tiempos diferentes. El extraordinario aporte historiográfico de Marc Bloch (torturado y ejecutado por la Gestapo en 1944) adquiere inédita actualidad, a través de las reflexiones del historiador nacido en Turín, tanto desde la perspectiva metodológica como del contenido histórico propio. Marc Bloch y Carlo Ginzburg, intelectuales que asumieron la responsabilidad de pensar la realidad desde perspectivas de quienes no se atrevieron a implicarse en los problemas de su tiempo, nos exigen e interpelan a modificar nuestra frágil conciencia colectiva. La historia y su historia es lo que encontramos en esta obra profunda, reflexiva y necesaria para quienes practicamos el oficio de historiar.

Bloch y Ginzburg / Ginzburg y Bloch frente a frente en tiempos en que la historia no ha muerto -como fue profetizada a finales del milenio pasado- y hoy es revivida a través de *Editorial Cuadernos de Sofía* en un libro considerado en estos tiempos de incertidumbre, una Obra Maestra, que para su equipo editor lo llena de orgullo.

Juan G. Mansilla Sepúlveda
Alessandro Monteverde Sánchez
Juan Guillermo Estay Sepúlveda
Mario Lagomarsino Montoya

Wallmapu / Chile, otoño de 2021

ISBN: 978-956-9817-47-2



9 789569 817472

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

Grandes Obras de Amandamaría

www.cuadernosdesofia.com